



Capital Social Juvenil

Intervenciones y acciones hacia los jóvenes



CAPITAL SOCIAL JUVENIL
Intervenciones y acciones hacia los jóvenes

CAPITAL SOCIAL JUVENIL
Intervenciones y acciones hacia los jóvenes

OSCAR DÁVILA
CARMEN GLORIA HONORES
IGOR GOICOVIC
JUAN SANDOVAL

Este libro corresponde a una síntesis del estudio «Evaluación de las intervenciones programáticas hacia los jóvenes», realizado por CIDPA a encargo del Instituto Nacional de la Juventud.

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 136.981
ISBN: 956-7636-07-9

© Instituto Nacional de la Juventud (INJUV)
Co-Edición: INJUV y Ediciones CIDPA, primera edición, diciembre 2003

Autores/as: OSCAR DÁVILA, CARMEN GLORIA HONORES,
IGOR GOICOVIC y JUAN SANDOVAL

Instituto Nacional de la Juventud (INJUV)
Agustinas 1564 Santiago de Chile
Sitio Web: WWW.INJUV.GOB.CL
Fono: (2) 620.47.00

CIDPA Viña del Mar
Luis Vicentini 96 Achupallas Viña del Mar Chile
Fono: (32) 86.00.42
Sitio Web: WWW.CIDPA.CL — WWW.CIDPA.ORG

Composición y Portada: GONZALO BRITO, Área de Comunicaciones CIDPA
Digitación: JIMENA CAMPOS
Impresión: Productora Gráfica Andros. Fono: (2) 555.87.33 Santiago
Se permite cualquier reproducción parcial o total indicando la fuente
HECHO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1	
CAPITAL SOCIAL, EMPRENDIMIENTO Y JUVENTUD	19
I. Capital social: el contexto	21
II. Capital social y emprendimiento juvenil: el estado actual del debate teórico y la investigación aplicada	37
III. Capital social: las orientaciones de política y programática en juventud	61
CAPÍTULO 2	
LA EVALUACIÓN E IMPACTO SUBJETIVO DE LAS INTERVENCIONES PROGRAMÁTICAS EN JUVENTUD SEGÚN LOS ACTORES	69
I. Nociones de capital social y políticas de juventud	71
II. Evaluación de proyectos y emprendimiento juvenil	87
III. Percepción del impacto en los jóvenes participantes	107
IV. Análisis y evaluación de resultados entrevistas semiestructuradas dirigidas a jóvenes	143
CAPÍTULO 3	
LA POSIBILIDAD DEL CAPITAL SOCIAL JUVENIL EN LA POLÍTICA SOCIAL DIRIGIDA A JÓVENES	167
I. Capital social y emprendimiento juvenil	169
II. Capital social y soportes programáticos	175
III. La relación entre capital social y política social juvenil	181
IV. Política social de juventud y nuevos desafíos	188
Referencias bibliográficas	197

PRESENTACIÓN

INVERTIR EN LOS y las jóvenes de hoy no es sólo una necesidad para garantizar el relevo de la fuerza de trabajo e incrementar el potencial productivo de las economías nacionales. Más que eso, es una urgencia para avanzar hacia sociedades más incluyentes en acceso al bienestar y a la participación ciudadana a través de mayor igualdad de oportunidades.

El ciclo etario de la juventud es decisivo para perpetuar o revertir la reproducción intergeneracional de la exclusión social. Es allí donde se define el eslabonamiento entre educación y empleo, la inserción en la sociedad de la información, la autonomización económica y habitacional, y la constitución de núcleos familiares nuevos; así como el establecimiento de redes sociales que les facilita su proceso de integración social.

La inclusión social de los jóvenes es, también, clave para imprimirle sustentabilidad a la democracia en nuestro país. Como lo señalan los datos de la cuarta encuesta nacional de juventud (2003) los jóvenes en su mayoría creen en la democracia, pero demandan mayor igualdad de oportunidades y equidad social. Por lo tanto, las distintas formas de exclusión socioeconómica y política podrían amenazar la gobernabilidad futura; y en esto los jóvenes pueden ser tanto víctimas como disruptores. En la medida que es el grupo social que sufre con más virulencia la crisis de expectativas —por la disociación entre escolaridad y empleo, entre alto consumo de imágenes y bajo consumo material, entre alto manejo de información y baja oferta de oportunidades—, la juventud puede resultar disruptiva en términos de convivencia social y democrática. Por el contrario, ampliar la participación juvenil e integrar a los jóvenes a las redes de promoción (educación oportuna, comunicación ampliada y trabajo productivo) cimienta la gobernabilidad democrática a futuro.

En este sentido, siendo los jóvenes un grupo relevante de trabajar desde la política pública, se han desarrollado estrategias programáticas de intervención sobre las problemáticas juveniles, que apuntan a dar respuesta a las demandas y necesidades propias de este segmento etario de la población que permita mayores niveles de inclusión social.

A fin de observar si la acción gubernamental ha generado los impactos deseados y ha sido eficiente en la asignación de sus recursos, nos ha parecido importante avanzar desde evaluaciones centradas en elementos tales como la pertinencia, cobertura y coherencia de dichas intervenciones hacia evaluaciones que permitan conocer en profundidad la perspectiva de los propios jóvenes usuarios de dichos programas en cuanto al impacto subjetivo que éstos han tenido sobre sus posibilidades de desarrollo, inserción y satisfacción de sus necesidades.

Entonces las preguntas que se buscaron responder mediante la investigación que realizó CIDPA para el Instituto Nacional de la Juventud fue ¿cuál es la percepción de los beneficiarios, del impacto subjetivo que la participación en programas sociales dirigidos a jóvenes ha tenido sobre ellos mismos? y ¿cómo se relacionan los objetivos, fundamentos y metodologías de trabajo aplicadas en los programas sociales dirigidos a jóvenes y el impacto subjetivo que éstos han tenido sobre sus usuarios?

El estudio que estamos presentando en esta oportunidad, ciertamente es un aporte sustantivo para el proceso que el INJUV se encuentra en la actualidad, cual es formular la política pública de juventud.

Lo anterior mediante la incorporación en la agenda pública del tema juventud y sus implicancias para el desarrollo y crecimiento del país, el que se está concretando en dos hechos fundamentales. El primero es la conformación —desde mediados del año 2003— de una Comisión Especial de Juventud en la Cámara de Diputados, cuyo objetivo es elaborar un documento con propuestas de lo que se puede hacer en materia legislativa en temas relacionados con los jóvenes. El segundo es la conformación de un comité gubernamental que actúa en el nivel político y el nivel técnico, cuyo objetivo son generar compromisos acerca de acciones innovadoras a ser implementadas a futuro en materia de juventud que logren mayores niveles de igualdad de oportunidades.

EUGENIO RAVINET MUÑOZ
DIRECTOR NACIONAL
INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD

INTRODUCCIÓN

DE UN DOBLE tránsito de discursos y percepciones intenta dar cuenta este texto: del discurso de los jóvenes participantes de los programas sociales dirigidos a ellos, en cuanto al impacto subjetivo percibido fruto de su participación; y a su vez, de la percepción evaluativa que éstos tienen hacia la oferta programática juvenil, tomando para ello los objetivos, fundamentos y metodologías de trabajo con los cuales se ha operativizado esta oferta de programas sociales juveniles.

Este estudio evaluativo denominado «Evaluación de las intervenciones programáticas hacia los jóvenes», donde a partir —principalmente— del discurso de los jóvenes, además de los diseñadores de programas y ejecutores de aquéllos; se encaminó también por la indagación y relación posible de hallar con la incorporación y análisis de la noción de capital social y la capacidad emprendedora juvenil, en perspectiva de su posible uso en el diseño de la oferta programática dirigida a jóvenes, como una forma de influir en los diseños programáticos y sus impactos subjetivos y objetivos en los participantes de estas experiencias colectivas.

Por otra parte, el estudio evaluativo se inscribió en la lógica de proveer de estas percepciones evaluativas, desde los diferentes actores involucrados en él, que pudiesen constituirse en insumos con pretensiones de impactar en el diseño y construcción programática de los fundamentos y orientaciones de la política social dirigida a jóvenes actualmente vigente. De allí que se utilizó un tipo de evaluación combinada, entre la evaluación de procesos y la evaluación de impacto; relevando algunos procesos vinculados al funcionamiento como a las dinámicas de los programas en evaluación; y precisando los impactos en términos de logro de ciertos objetivos contenidos en los programas, tanto en la comparación entre objetivos y resultados, como de percepciones del impacto subjetivo en los propios participantes de los programas considerados.

Desde un punto de vista metodológico, a nivel de sus objetivos, el estudio se planteó describir, sistematizar y evaluar el desarrollo e impacto del componente emprendimiento juvenil y capital social, utilizando para ello el modelo de evaluación de referentes específicos, teniendo como foco de evaluación el fomento y desarrollo de capacidades emprendedoras y/o potenciamiento del capital social en distintos programas sociales seleccionados. Para tal efecto, se construyó un

conjunto de variables y dimensiones, con sus respectivas definiciones operacionales, que permitieran abordar la evaluación.

a) *Percepción y evaluación de la pertinencia de los programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores*: la percepción sobre la coherencia entre necesidades y demandas personales en materia de emprendimiento juvenil y oferta programática o programa específico en el que se ha participado o está participando.

b) *Percepción y evaluación sobre la pertinencia de las metodologías empleadas en programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores*: la congruencia entre las metodologías de trabajo empleadas en los programas sociales dirigidos a jóvenes y el perfil de los participantes (perfil del emprendedor).

c) *Percepción sobre la adquisición de nuevos conocimientos*: la percepción de adquisición de nuevos conocimientos relacionados con la eventual puesta en marcha de las acciones innovadoras/tipo de emprendimiento a los que se orientan los programas sociales.

d) *Capital social percibido*: percepción y evaluación del fortalecimiento de las capacidades individuales e interpersonales vinculadas al fomento y movilidad del capital social personal, especialmente aquellas que sirven de base para el desarrollo de la capacidad emprendedora juvenil. Consideró las siguientes dimensiones: i) *Manejo del riesgo*: la percepción de contar o no con las capacidades individuales para manejar la incertidumbre propia de las situaciones de riesgo ante el futuro. ii) *Percepción de autoeficacia*: la capacidad individual de percibir que la consecución o logro de los objetivos autopropuestos está directamente relacionado con la acción individual o asociada. iii) *Conducta prosocial*: la valoración y predisposición individual a participar en la ejecución de conductas de colaboración y apoyo a los demás. iv) *Empoderamiento*: la percepción de contar con las posibilidades de ejercer un control sistemático sobre diferentes dimensiones de vida personal y social. v) *Percepción de vínculos y apoyo social*: la percepción individual de contar con un apoyo o protección permanente por parte de las redes y grupos cercanos. vi) *Creatividad*: la percepción individual de contar con las habilidades necesarias para un desempeño creativo en los distintos ámbitos de la vida social.

e) *Percepción y evaluación de los beneficios obtenidos en función de la participación en programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores*: la opinión sobre aquellas ventajas comparativas percibidas por los jóvenes participantes de los proyectos, en términos de las garantías que éste otorga (u otorgó) para la adecuada consecución

y sustentabilidad en el tiempo de la acción innovadora o emprendimiento.

f) *Percepción y evaluación de la utilidad obtenida en función de la participación en programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores*: la percepción sobre el propósito final, o meta principal asociada a la participación en programas sociales..

g) *Percepción de capital social colectivo*: percepción y evaluación de los soportes sociales con los que cuenta el individuo para concretar su proyecto de vida. En específico se trata de la percepción y evaluación que los jóvenes realizan sobre la institucionalidad pública, el vínculo social comunitario y la familia. Las dimensiones fueron: i) *Percepción y evaluación de la institucionalidad local y/o comunitaria*: la percepción de contar con un tejido institucional local sólido que colabora y/o atiende a las necesidades de la comunidad. ii) *Percepción y evaluación del vínculo social comunitario*: la evaluación de la calidad de las relaciones interpersonales y sociales más amplias entre vecinos, dentro de la comunidad a la que se pertenece. iii) *Percepción y evaluación de la familia en relación al proyecto vital personal*: la identificación y evaluación del rol que juega la familia en la materialización de las metas personales. iv) *Percepción y evaluación del Estado en relación al proyecto vital personal*: la identificación y evaluación del rol que juega el Estado en la materialización de las metas personales.

Los sujetos de estudio, de acuerdo a sus roles desempeñados, se definieron en tres categorías. La primera correspondió a los diseñadores de los programas y/o proyectos en evaluación durante el período temporal 2000/2002; la segunda a los ejecutores de los programas y/o proyectos en evaluación en el mismo período; y la tercera a los jóvenes, hombres y mujeres, entre 15 y 29 años de edad, participantes de los programas y/o proyectos en evaluación.

Las técnicas e instrumentos de recolección de datos utilizados en el estudio, para el caso de las fuentes secundarias, éstas se asociaron a la revisión, análisis y sistematización de información y antecedentes relativos a los diseños metodológicos y estrategias de intervención de los programas y/o proyectos en evaluación orientados al desarrollo de la capacidad emprendedora y adquisición de capital social por parte de los jóvenes destinatarios. Y también a las fuentes y antecedentes teóricos que identifican y describen los tipos de enfoques con los cuales se analiza la noción de emprendimiento y capital social; y las asociadas a la política social en su oferta programática que contempla el componente de la capacidad emprendedora y de capital social.

Las fuentes primarias y sus instrumentos, correspondieron a un conjunto de técnicas cualitativas y cuantitativas, representadas por fichas de identificación de las experiencias, entrevistas (individuales y grupales) a los actores involucrados en la evaluación y cuestionario estandarizado a una muestra de jóvenes participantes.

a) *Ficha de identificación y caracterización de los proyectos en evaluación*: instrumento de aplicación a los ejecutores de los proyectos, a partir de la cual se construyó un registro con las dimensiones más relevantes del diseño, implementación y evaluación de todos los proyectos sometidos a la evaluación. Abordó los ámbitos de sus objetivos, propósitos, población objetivo, diseño metodológico, estrategias de intervención y resultados alcanzados. Fue un instrumento complementario a la entrevista semi-estructurada a los ejecutores.

b) *La entrevista semi-estructurada a los diseñadores y ejecutores de programas*: entrevistas con temáticas de interés definidas previamente, donde se consideró el concepto de emprendimiento y capital social que el diseñador y ejecutor ha desarrollado para su proyecto específico; descripción de las metodologías de trabajo; estrategias de intervención; y resultados alcanzado en la población objetivo en función del foco de evaluación.

c) *Entrevistas grupales semi-estructuradas a jóvenes participantes de los proyectos*: el objetivo de estas entrevistas semi-estructuradas fue en la perspectiva de acercarse a las percepciones y evaluaciones que los propios sujetos construyen en torno al impacto subjetivo que representó el hecho de participar en este tipo de programas y/o proyectos que desarrollan la capacidad emprendedora y de adquisición de capital social.

d) *Cuestionario estandarizado*: destinado a los jóvenes que participan de los programas y/o proyectos. Se estimó, de acuerdo a los antecedentes disponibles, cubrir alrededor de un 20% del total de los proyectos seleccionados. El instrumento se aplicó mediante la modalidad de saturación, distribuidos en los proyectos contemplados. El cuestionario se organizó en torno a tres partes. La primera, destinada a una caracterización de algunas variables de individualización de los jóvenes participantes en el estudio. La segunda, a una breve exploración de la valoración/satisfacción subjetiva de los jóvenes como beneficiarios de un proyecto social específico. Y la tercera, destinada a evaluar la percepción de los jóvenes en las variables dependientes de *capital social percibido y emprendimiento, y la percepción de capital social colectivo*, evaluando específicamente la percepción subjetiva de

las capacidades individuales e interpersonales vinculadas al fomento y movilidad del capital social personal.

Cuadro 1
Programas seleccionados, instituciones y comunas

NOMBRE DEL PROGRAMA	INSTITUCIÓN DISEÑADORA	COMUNAS DE PROYECTOS
Desarrollo social, línea de proyectos autogestionados	FOSIS	Iquique, I Región La Calera, V Región Coronel, VIII Región
Mujer y Territorio	PRODEMU	Formación líderes y dirigentas sociales, Maipú, RM Uso internet y ciudadanía, Lo Prado, RM
Actividades Curriculares Libre Elección (ACLE)	MINEDUC	Concepción, VIII Región
Liceos Abiertos a la Comunidad	MINEDUC	Viña del Mar, V Región La Pintana, RM
Capacitación para el trabajo independiente	SENCE	Melipilla, RM Melipeuco, IX Región
Programa de Reinserción Laboral	Gendarmería de Chile	Programa hoy es mi tiempo, RM
Escuelas Comunales de Rock	SEGEJOB, DOS	Chillán, VIII Región
Fondo Nacional de Desarrollo de las Artes (Fondart)	MINEDUC, División de Cultura	Qurihue, VIII Región: «Identidad juvenil del secano costero». ONG El Conquistador San Rosendo, VIII Región: «Karro Cultural Linke Hofman»
Programa Capacitación para el Emprendimiento Laboral Juvenil	INJUV	Arica, I Región Valparaíso, V Región Temuco, IX Región
Servicio Rural Joven	INDAP	Petorca, V Región Coihueco, VIII Región
Ciudadanía y Gestión Local. Premio Nacional a la Innovación en Ciudadanía	FNSP	Jóvenes Aymaras, Putre, I Región Tierra Amarilla, III Región Consultorio Chicolco, Petorca, V Región Política comunal, Lota, VIII Región
Oficinas Municipales de juventud	Municipios	La Florida, RM Viña del Mar, V Región San Carlos Ñuble, VIII Región
Cultura Juvenil en Liceos	Interjoven	Copiapó, III Región
Emprendimiento Juvenil Comunitario	SERPAJ	Paipote, III Región La Florida, RM
Microemprendimientos Juveniles	Vicaría de Pastoral Social	Renca, RM

La selección definitiva de los programas y proyectos sociales, consideró algunas características en orden a una mejor distribución y representación de las experiencias en estudio. De allí que se seleccionaron 15 programas y 30 proyectos específicos de esos programas, correspondiendo según oferente a 10 programas públicos y 5 programas privados o semi-públicos. Según localización a nivel de proyectos: se consideraron proyectos en las regiones de Tarapacá, Atacama, Metropolitana, Valparaíso, Bío Bío y Araucanía. Según ejes temáticos: proyectos de género, etnia, cultura, productivos y microempresa, desarrollo social, local y comunitario, ciudadanía, cultura juvenil secundaria y ruralidad.

* * *

En cuanto a su estructura, el texto se articula en torno a tres capítulos, siendo en el Capítulo 1 «Capital social, emprendimiento y juventud» donde se presenta el marco teórico de referencia del estudio. El Capítulo 2 «La evaluación e impacto subjetivo de las intervenciones programáticas en juventud según los actores», describe y analiza las percepciones evaluativas de los actores involucrados en la investigación: diseñadores, ejecutores y beneficiarios. En el caso de los beneficiarios, se complementan abordamientos cualitativos a través del análisis de los proyectos seleccionados sobre la base de entrevistas colectivas a estos jóvenes participantes, con el tratamiento cuantitativo en los resultados del cuestionario estandarizado aplicado a los participantes. Finalmente, el Capítulo 3 «La posibilidad del capital social juvenil en la política social dirigida a jóvenes», se constituye en el capítulo conclusivo que analiza de manera integrada las diferentes constataciones y hallazgos durante el proceso de estudio.

* * *

No podemos dejar de expresar nuestros agradecimientos a todas las personas e instituciones que hicieron posible la realización de este estudio, que desde sus particulares ubicaciones y desempeños, fueron fundamentales para el buen desarrollo de esta iniciativa.

A Rosario Carvajal, Jorge Inzunza y Juan Claudio Silva, por su excelente disposición y eficiencia en las visitas a los proyectos y sus diálogos con los jóvenes y ejecutores.

A Leonora Reyes por su muy buen desempeño como entrevistadora con los diseñadores nacionales de los programas seleccionados.

A todos los diseñadores de los programas y ejecutores de los proyectos, por recibirnos y entregar sus reflexiones e informaciones sobre las iniciativas en las que trabajan.

Y a todos los y las jóvenes que desinteresadamente entregaron su tiempo y opiniones en las entrevistas individuales y grupales a las cuales fueron invitados.

Para todos ellos y ellas vayan nuestros agradecimientos y sentimientos de gratitud por su labor y aporte.

LOS AUTORES
VIÑA DEL MAR, FEBRERO 2004

Capítulo 1
CAPITAL SOCIAL,
EMPRENDIMIENTO Y JUVENTUD

I. CAPITAL SOCIAL: EL CONTEXTO

1. Jóvenes y globalización: del reconocimiento a la integración social

EN ESTA ÚLTIMA década ha pasado a ser un lugar común el señalar con mayor o menor nivel de certeza que nos encontramos insertos en un mundo que experimenta cambios cada vez más notables y, a la vez, más vertiginosos. En ese contexto, las certidumbres y las lógicas tradicionales de organización y funcionamiento de la sociedad aparecen definitivamente desplazadas. No obstante estos procesos han detonado una serie de conflictos y tensiones frente a las cuales los actores sociales se posicionan con dificultad. Es más, figuras jurídico institucionales ampliamente legitimadas históricamente, como el Estado nación, ven complejizados sus ámbitos tradicionales de intervención. De hecho, problemas contemporáneos como las dinámicas de circulación de los flujos financieros, la transnacionalización de la propiedad, los nuevos escenarios del comercio mundial, erosión, el narcotráfico y las migraciones ilegales, desbordan las fronteras de las estructuras estatales. Es precisamente en este contexto que la creciente interdependencia e integración que se produce a partir del desarrollo tecnológico instala una nueva categoría de análisis social: la globalización (cf. Fazio, 2000:12-13; Barrera, 2000:75-84 y Ottone, 1996:136). En este proceso la economía ha adquirido la centralidad que poseía la política

hasta la década de 1980, con lo cual los circuitos de poder asociados a la misma se alzan como los nuevos protagonistas del mundo contemporáneo. Estos fenómenos, desencadenados con mayor fuerza desde fines de la década de 1980, han sido caracterizados por Brunner como las expresiones visibles de una *civilización emergente*, siendo sus rasgos más característicos, la globalización de todas las áreas de la actividad humana; la vertiginosidad de los procesos sociales; la instalación de un medio ambiente *creado*; una relación más compleja entre cultura y naturaleza; y la creciente intervención de la inventiva humana en la evolución genética de la especie, lo que provoca nuevos conflictos morales (Brunner, 1997:23-24).

Para Fazio, seis son, básicamente, los aspectos que definen la globalización y su relación con el quehacer de la sociedad contemporánea: la unificación de las finanzas y de los mercados, la masificación de la comunicación digital, la desterritorialización de la cultura, los cambios operados en el tejido social, la difusión y legitimación del discurso neoliberal, y la erosión de los Estados y los cambios en los patrones estructuradores de las formas de hacer política. Cabe consignar, además, que los movimientos con los cuales se desarrollan estas tendencias difiere en ritmos y profundidad respecto de cada una de las regiones del planeta (Fazio, 2000:42). Mirada desde esta perspectiva, la globalización puede ser entendida a partir de tres procesos simultáneos, vinculados y ambivalentes: la interdependencia de las actividades humanas, la comprensión del espacio y la interpenetración de las sociedades. La globalización, en consecuencia, es un proceso, por tanto, no es un sistema estructurado ni es un resultado final. De ahí deviene el concepto de *incertidumbre* con el cual se le asocia (Barrera, 2000:92).

No obstante y pese a su vocación homogeneizadora en lo económico, político y cultural, determina fenómenos no sólo fragmentarios, sino también contradictorios y, eventualmente, antagónicos a su mismo desarrollo. Entre ellos, las profundas brechas socioeconómicas y culturales que atraviesan verticalmente y transversalmente a las sociedades se nos presentan como los aspectos más relevantes (Serbín, 1997:45).

Probablemente los cambios más visibles y que de una u otra manera más han impactado a la sociedad y a sus formas de comportamiento, son aquellos que aparecen asociados a la tecnología y a la comunicación. Efectivamente, los cambios tecnológicos asociados a las comunicaciones, especialmente la TV y la computación, han modi-

ficado de manera importante los patrones conductuales de la población. De la misma forma estos cambios han operado de manera importante en los procesos y sentidos de intervención social de las dos principales agencias de sociabilización temprana: la familia y la escuela. El impacto combinado de estos dos medios hace a los individuos y a las familias más centrados en sí mismos, más autosuficientes, psicológica y culturalmente, y a la sociedad civil y a la sociedad política menos atractivas y más distantes. Esto, sin lugar a dudas, ha devenido en una pérdida sostenida de capital social, en cuanto involucra un retraimiento de los sujetos respecto de sus comunidades o, visto de otra manera, ha conllevado un cambio radical de sus parámetros de ordenamiento (Barrera, 2000:86-87).

El conocimiento emerge, de esta manera, como un nuevo instrumento de desigualdad. De acuerdo a lo sostenido por Brunner, actualmente existen cerca de 900 millones de analfabetos los que se radican fundamentalmente en los países subdesarrollados. Mientras que el 85% de los científicos e ingenieros que trabajan en investigación y desarrollo y el 96% del gasto mundial destinado a investigación se encuentra en los países desarrollados. Cuatro países desarrollados controlan las $\frac{3}{4}$ partes de la tecnología y de la producción industrial de las telecomunicaciones (Brunner, 1997:30). De esta manera, la razón ilustrada, que instaló el saber como condición básica de humanización de la sociedad, cede su lugar al cálculo económico. En consecuencia la preocupación fundamental gira en torno a la consecución de ciertos fines económicos (razón instrumental).

En este contexto, las estructuras simbólicas del mundo de la vida se reproducen por la continuación del saber válido, de la estabilización de la solidaridad de los grupos y de la formación de sujetos capaces de responder a sus acciones. El proceso de reproducción enlaza las nuevas situaciones con los Estados del mundo ya existente, tanto en la dimensión semántica de los significados o contenidos (de la tradición cultural) como en la dimensión del espacio social (de grupos socialmente integrados) y en la del tiempo histórico (de la sucesión de generaciones) (Ramírez Martínez, 2000:81).

En este escenario el sujeto social, adscrito a nuevas lógicas productivas y demandado socialmente por nuevos incentivos y expectativas, vive e intenta resolver nuevas contradicciones personales y colectivas. Como señala Fazio, mientras «la constitución de la nación, gracias a los nuevos sistemas productivos y a los modernos sistemas de socialización, arrancó a los individuos de sus comunidades para

convertirlos en elementos funcionales con el espacio nacional, la globalización está significando un nuevo desencaje de los individuos de sus naciones para reubicarlos en un marco espacio temporal mundial» (Fazio, 2000:41-42). Como señala Brunner, nos encontramos en el tránsito de una sociedad de saberes estables a una sociedad de saberes en flujo y abundantes. De una economía articulada en torno a las máquinas a una economía construida sobre programas. De la industria de las cosas a la industria de las ideas (Brunner, 1997:24-25).

Pero un análisis incluso genérico de las tendencias históricas del desarrollo del capitalismo, nos permite concluir que la globalización, especialmente en su dimensión económica, ha operado más como un anhelo que como una concreción. La creciente brecha tecnológica ha venido a reforzar, en estos últimos veinte años, la tendencia a la subordinación de las economías periféricas, consolidando de esta manera la exclusión y la pauperización de amplios contingentes de personas en el planeta (Fazio, 2000:18-26). La exacerbación de la competitividad, si bien ha permitido alcanzar importantes niveles de crecimiento económico en muchos lugares del mundo, por otro lado se ha convertido en fuentes de más profundas inequidades (Ottone, 1996:136-137). El proyecto de integración de la globalización posee un carácter intrínsecamente reclasificador, concentrador y marginalizante que privilegia una minoría de actividades, sectores y ramas de la economía, de grupos, regiones y países, en detrimento de las que en conjunto constituyen mayorías nacionales y mundiales.

En América Latina, el proceso de globalización se ha presentado como un fenómeno eminentemente económico. Esto supone, de acuerdo con Serbín, ciertas condiciones de homogeneidad: aceptación de las directrices de los organismos financieros multilaterales y del modelo neoliberal; a la vez que provoca tendencias a la organización regional —MCCA, SICA, Caricom, Grupo Andino, Mercosur, Grupo de los Tres, etc.—. No obstante el déficit fundamental, a juicio del autor, se encuentra en la débil interlocución que se le asigna a la sociedad civil (ONGS). Sin esta interlocución no aparece viable una estrategia de modernización que tome en cuenta a aquellos sectores menos favorecidos que aparecen asociados a las experiencias de la sociedad civil (Serbín, 1997:44-55).

Las tendencias históricas de concentración del poder y la riqueza en un reducido grupo de sujetos (*oligarquía*), no sólo no han experimentado modificaciones significativas en el marco de la globalización, sino que por el contrario, de acuerdo a lo señalado por Con-

treras, las tendencias concentradoras se han acentuado. Al punto de convertirse en uno de los factores más desestabilizadores de las relaciones sociales, políticas y económicas en América Latina. Más aún, los regímenes de transición de la década de 1980-90 no han sido capaces de alterar o problematizar esta situación. La política social orientada hacia la equidad ha sido en general un fracaso, pues no ha logrado intervenir sobre los factores estructurales que explican la concentración de la riqueza y el poder en el período (Contreras, 2002:82).

Se plantea para la sociedad, y especialmente para los jóvenes, la urgencia de vivir el tiempo presente. No obstante, para ello, resulta fundamental hacerse cargo de las condiciones específicas que plantea la modernidad capitalista (Fazio, 2000:18). Quienes no logran acceder o responder adecuadamente a dichos requerimientos se exponen a quedar excluidos de los eventuales beneficios de la integración, e incluso corren el riesgo de ser estigmatizados por su aparente falta de voluntad integrativa. De esta manera la globalización y además como resultado de la multiplicación de las desigualdades y los conflictos que la misma genera, se instalan nuevos riesgos para la economía mundial y el sistema político internacional, tanto en los países avanzados como en los semiperiféricos y periféricos (Hernández Becerril, 2000:105).

La juventud aparece, en consecuencia, relevada como paradoja. Mientras por una parte se reconoce a los jóvenes como portadores de la esperanza (futuro), por otra se les identifica como problema (presente) (Touraine, 1996). No obstante, ambos modelos, construidos desde la adultez, tienden a situar a los jóvenes en la lógica del disciplinamiento —la dicotomía entre lo esperado y lo penalizado— en el marco de las lógicas de reproducción social que el sistema hegemónico le plantea a los sujetos. Esto es lo que Frazao, denomina como el *pacto narcisista*, es decir, la tendencia de la sociedad dominante (adulteja), a buscar entre los jóvenes un reflejo de lo que ella misma fue: disciplinada, uniforme, acrítica. De tal manera que la no consecución de dicho modelo, en el marco de sociedades particularmente inequitativas, deviene, primero, en mayor estigmatización y, luego, en más represión (Frazao, 1996:169-170). Así, mientras nuestra cultura estimula un espíritu extremadamente competitivo y con ello favorece los sentimientos agresivos que excitan la rivalidad, por otro lado convierte en tabú la agresividad misma. Nos habituamos a condenar los hechos de violencia —especialmente los protagonizados por los jóvenes—, tan frecuentes en los medios de comunicación de masas, pero

no somos capaces de promocionar modos satisfactorios de comportamiento en relación a la violencia (Tedesco, 1996:84-85).

Es más, para la mayor parte de la juventud contemporánea, la movilidad económica y social —piedra angular del pacto corporativo en la sociedad fordista— ya no constituye la promesa legítima que fue para anteriores generaciones. El mercado del trabajo ha experimentado cambios fundamentales. Ha desaparecido, en general, la estabilidad laboral. Mientras que la disminución global de empleos, como producto del desarrollo tecnológico, no ha experimentado recuperación. Desaparecen plazas de trabajo, pero no aparecen otras nuevas. Si es efectivo que los niveles de especialización laboral —y en consecuencia el fortalecimiento de los procesos formativos— han devenido en un incremento de las rentas en algunos sectores de la población, en particular en aquellos capaces de reproducir de mejor manera su capital cultural (Ottone, 1996:140-142). Las encuestas sugieren que los jóvenes de diversas clases sociales, razas, etnias y culturas creen que para ellos será más duro salir adelante de lo que fue para sus padres — y son abrumadoramente pesimistas sobre el destino de su generación y de su nación a largo plazo—. La tarea fundamental, en consecuencia, para los sistemas educativos es formar para reflexionar de manera diferente sobre el significado del trabajo en el mundo posmoderno. Definitivamente ya no es posible insistir con el mero adiestramiento (Giroux, 1996:146).

Al respecto, De Laire, siguiendo los estudios de Roland Barthes y Pierre Bourdieu, señala que el fenómeno estereotipo, como mecanismo de cristalización de las percepciones que la sociedad construye sobre los jóvenes, opera como un eficaz mecanismo de control social. En este sentido los jóvenes son interpretados como una masa homogénea dotada de orientaciones comunes; en consecuencia, frente a las lógicas de la fragmentación, propias de la modernidad neoliberal (políticas y sociales), se implementan simultáneamente procesos de integración bajo una racionalidad única que pone al centro al mercado (De Laire, 2001:176-183). Ello, sin hacerse cargo de que, al no pertenecer ya a ningún lugar o entorno fijo, la juventud habita crecientemente en esferas culturales y sociales cambiantes y caracterizadas por una pluralidad de lenguajes y culturas (Giroux, 1996:157).

Este tipo de problemáticas ha sido ampliamente tratada por la sociología y por la economía. Al respecto, Atria tomando en cuenta los trabajos de la CEPAL, sostiene que la combinación de bajos ingre-

tos laborales y escaso capital educativo, es el principal factor que se asocia a la presencia de la pobreza en los países latinoamericanos (Atria, 2000:99). Profundizando en esta idea, Atria plantea que un factor que ha mostrado ser decisivo en las trayectorias del logro de bienestar es el capital educacional del individuo; por consiguiente, la desigual distribución de las oportunidades educacionales debe ser vista como uno de los factores de mayor peso que impiden el avance hacia la equidad social (Atria, 2000:105).

De esta manera la integración social se convierte en un fenómeno mediado simbólicamente. En este proceso las adscripciones identitarias construidas por los sujetos se convierten en facilitadores u obstaculizadores de los procesos de integración social. La construcción de identidad, con su carga simbólico-cultural, es la que permite desarrollar la capacidad de elegir racionalmente (Mansilla, 2001:121-139).

No obstante, una de las principales agencias de socialización, y en consecuencia de integración social, como lo es la escuela, se manifiesta deficitaria frente a las demandas que plantea la *civilización emergente*. Existe consenso en que la escuela no está cumpliendo satisfactoriamente la función de formar a las futuras generaciones en las capacidades que requiere el desempeño ciudadano para una sociedad que se transforma profunda y rápidamente, pero no existe consenso acerca de cuáles son o deben ser dichas capacidades y cuál debe ser el alcance de su difusión; a pesar que la capacidad de producir y manejar conocimiento aparece como la variable central de los procesos de adecuación educativa (Tedesco, 1996:75).

La pérdida de sentidos con los cuales operaba la escuela en la lógica de reproducción del Estado nación, ha dejado a los educadores sin puntos de referencia. ¿Educar, para qué? Se configura como una de las preguntas de más difícil resolución. Las lógicas post Guerra Fría, de consolidación de hegemonía capitalista, instalan al mercado como único referente, tensionando los esfuerzos individuales y colectivos para lograr un mejor posicionamiento en el mismo (Tedesco, 1996:83).

La *competitividad auténtica*, como señala Ottone —para distinguirla de la *espuria*, fundada en la explotación de fuerza de trabajo barata— apunta a la idea de generar y expandir las capacidades endógenas necesarias para sostener el crecimiento económico y el desarrollo nacional dentro de un cuadro de creciente globalización e internacionalización. Entre esas capacidades, los recursos humanos calificados, así como el conjunto de las instituciones formativas y de produc-

ción y aplicación de conocimientos, son su componente más significativo. De allí la estrecha relación entre competitividad, educación, capacitación y ciencia y tecnología (Ottone, 1996:138).

De esta manera, las estrategias para el mejoramiento de la educación y el desarrollo científico-tecnológico deben convertirse en áreas de preocupación claves para que los países alcancen un patrón de crecimiento sostenido. La tendencia hacia la desigualdad, que se funda en la brecha creciente entre los ingresos del trabajo obtenidos por trabajadores calificados y no calificados, derivados de aumentos en la demanda por el primer grupo, como resultado de los cambios tecnológicos y del proceso de globalización, sólo puede ser abordada en la medida en que se acelere la calificación educacional de la población y, junto con ello, se reduzca la brecha salarial entre los distintos tipos de calificación (Salgado, 1998:168).

Estamos en presencia, como señala Giroux, de una *juventud fronteriza*. Un complejo social que se encuentra en el borde entre la modernidad —orden, disciplinamiento, familia, empleo regular— y la posmodernidad —diversidad, incertidumbre, angustia—. En este escenario la escuela moderna es un anacronismo incapaz de entender y aceptar las nuevas características de la condición juvenil. Se requiere, entonces, de una pedagogía posmoderna que aborde las actitudes, representaciones y deseos cambiantes de esta generación de jóvenes formada en esta nueva coyuntura histórica, económica y cultural (Giroux, 1996:163).

En un enfoque similar, Ottone plantea la necesidad de romper el ciclo histórico de la dialéctica de la negación y de la exclusión del otro —cultural, social, económica e ideológica—. En este sentido la responsabilidad de la escuela es generar condiciones para la adquisición de destrezas productivas, de capacidad crítica, de autovaloración en función del propio potencial, de conciencia de sí mismo como ciudadano, de apertura para la asimilación de información y valores. Ello sobre la base de una condición fundamental, el reconocimiento y respeto de las especificidades y particularismos regionales de América Latina (Ottone, 1996:144-147).

En estos contextos de mayor complejización de las relaciones sociales, la participación política y social comienza a adquirir nuevas dimensiones. El mercado y junto con él, el consumo nos introducen en la cultura material de nuestra época; en consecuencia, satisfacer nuestras necesidades de consumos —en el marco de grupos sociales con mayor bagaje educacional— debiera incentivar el asociacionismo y la

demanda. La mayoría de las dinámicas culturales se constituyen más del lado del mercado que del Estado; más desde la esfera privada que de la pública; usando como soportes redes descentralizadas más que iniciativas centralizadas; en un marco globalizado antes que dentro de fronteras nacionales política (Brunner, 1997:27-28). En este escenario, aspectos fundamentales como el capital social del cual son portadores los sujetos se convierte en un elemento esencial de cara a enfrentar las complejas demandas que plantea la sociedad contemporánea (Bourdieu, 1987:11-17).

2. Los jóvenes en el Chile de hoy: estado de su integración

La década de los noventa en adelante es testigo de nuevas maneras de ser joven, mediatizadas de manera importante por el desarrollo tecnológico incesante, los procesos de globalización derivados del mismo y la significativa adhesión al paradigma de la «sociedad del conocimiento», todo ello dentro de un contexto orientado fundamentalmente por la lógica de mercado impuesta desde los sistemas políticos. Este panorama ha impuesto nuevas formas de relacionamiento social y, por tanto distintas maneras de construir identidades, sentidos y proyectos de vida.

Este es el referente para una parte importante de la población, incluyendo a los y las jóvenes, puesto que muchas de las vivencias cotidianas se hallan teñidas por tales transformaciones, las que a su vez han generado cambios aún más concretos. Los más evidentes resultan ser aquellos ligados al ámbito educativo y al mundo productivo, considerados los canales clásicos de integración social, aunque también los producidos en la esfera de la ciudadanía. En lo concerniente a educación y trabajo predomina el concepto de «competencias», que daría cuenta del conjunto de capacidades, destrezas y habilidades que debería poseer el sujeto para adaptarse exitosamente a las demandas del mundo globalizado; mecanismo esencial para lograr mayor productividad y competitividad, pero en la contraparte se asocia a marginalidad y atraso para quienes no son capaces de adecuarse a las condiciones que plantea el nuevo escenario de relaciones sociales y económicas. De esta manera, si bien se trataría de una visión bastante restrictiva de la educación —cuyo reto es ser redefinida en términos de una postura más crítica y propositiva respecto del logro de un orden social más justo o efectivamente integrador de todos— plantea una dimensión que necesariamente debe estar presente en el análisis y

debate sobre orientaciones de política y programática dirigidas al segmento juvenil.

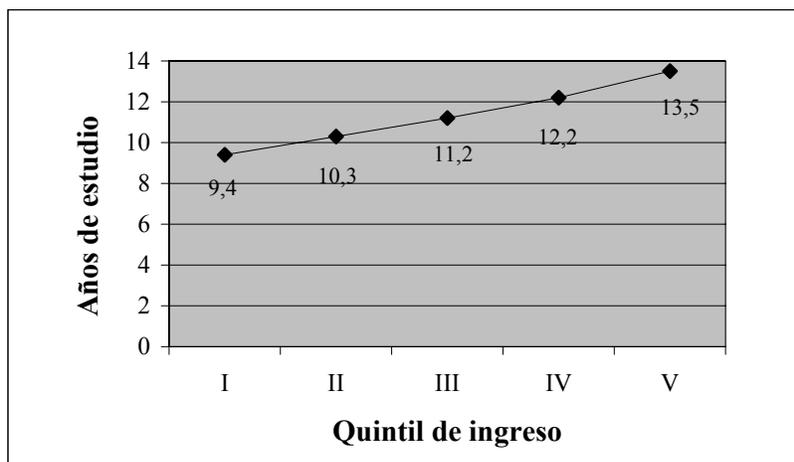
En el campo de la ciudadanía también se han generado transformaciones, las que no pocas veces dan la impresión que existe una cierta desafección y despreocupación de los ciudadanos por los asuntos o temas públicos. Esta imagen se asocia principalmente a los modos de ser juvenil. Sin embargo, dicho distanciamiento deviene más bien del desencanto que provoca el no saber cómo, dónde y cuándo participar, de la escasa identificación con los mecanismos e instancias tradicionales de participación y/o del deseo de legitimar nuevas formas de participar. Producir e instalar las condiciones para el desarrollo de una ciudadanía global y local considerando tales elementos, es entonces la tarea en construcción por estos días.

De esta manera, resulta interesante conocer qué sucede con los jóvenes chilenos, especialmente con aquellos que mayoritariamente se constituyen como usuarios de la oferta programática dirigida a ellos que en su mayoría proviene de sectores de escasos recursos. La propuesta es intentar dilucidar cuán integrados o no se hallan en cada uno de estos sistemas definidos como centrales —educación, trabajo y ciudadanía— y a partir de estos antecedentes, aportar al análisis y problematización sobre política y orientaciones programáticas dirigidas a dicho grupo etario.

En virtud de este panorama, un primer antecedente a relevar es que, pese a que la cobertura para la educación media se ha incrementado en más de un 90% (Mideplan, 2000), con diferencias significativas entre niveles socioeconómicos, el desenlace para jóvenes de uno u otro grupo no son los mismos, lo que de manera directa alude a disparidades en la calidad educativa al interior del sistema.

Bajo este lente, y según indica la Tercera Encuesta Nacional de Juventud 2000 (INJUV, 2002), educación y empleo constituirían experiencias de vida, en las que la variable socioeconómica jugaría un papel clave. Es así, que en general se constata la relación directa entre mayor nivel educacional y mejores opciones salariales, versus menor nivel educacional y posibilidades salariales más precarias, correspondiendo estas realidades a jóvenes de nivel socioeconómico alto y más bajo, respectivamente.

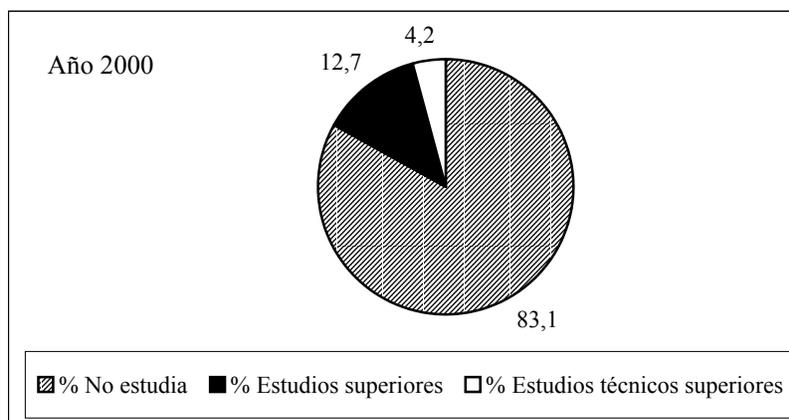
Gráfico 1
Años de estudio según quintil de ingreso



Fuente: Encuesta CASEN 2000 (MIDEPLAN, 2002).

En esta misma línea, la información sobre «promedio de escolaridad», verifica que las diferencias más destacadas se relacionan con el quintil de ingreso al que se pertenezca. Desde este punto de vista, la Encuesta CASEN 2000 (Mideplan, 2002) indica que los años de estudios aprobados aumentan progresivamente en la medida que los jóvenes se sitúan en los quintiles de ingreso superiores. De esta manera, estos últimos alcanzan en promedio 13,5 años de estudios, versus sus pares de estratos más bajos que sólo logran 9,4.

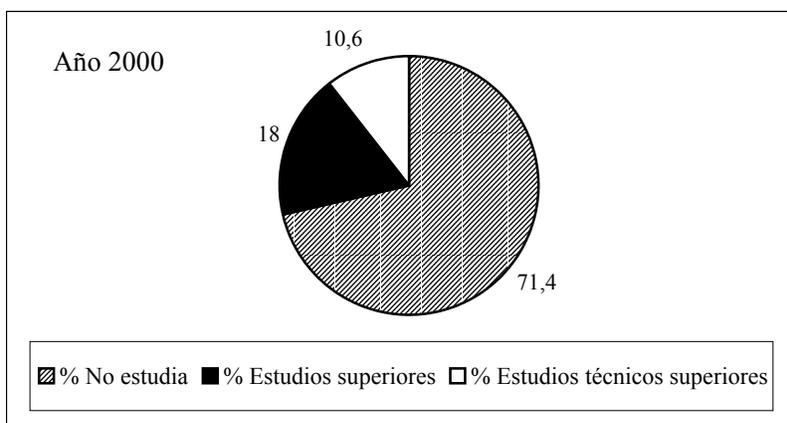
Gráfico 2
Destino escolar jóvenes que completaron enseñanza media en establecimientos municipalizados



Fuente: INJUV, 2002.

Desde una perspectiva más específica, la variable «destino educacional» post egreso de la enseñanza media, considerando el tipo de dependencia del establecimiento educacional donde ésta fue cursada, permite inferir de alguna manera, la calidad de los procesos de enseñanza aprendizaje que se estarían dando al interior del sistema educacional, al menos en función de las demandas que actualmente impone el mundo productivo. Es decir, daría cuenta de qué tipo de establecimientos educacionales estaría preparando mejor y peor a los jóvenes en las competencias establecidas como necesarias para enfrentarse con éxito al desafío de la inserción laboral.

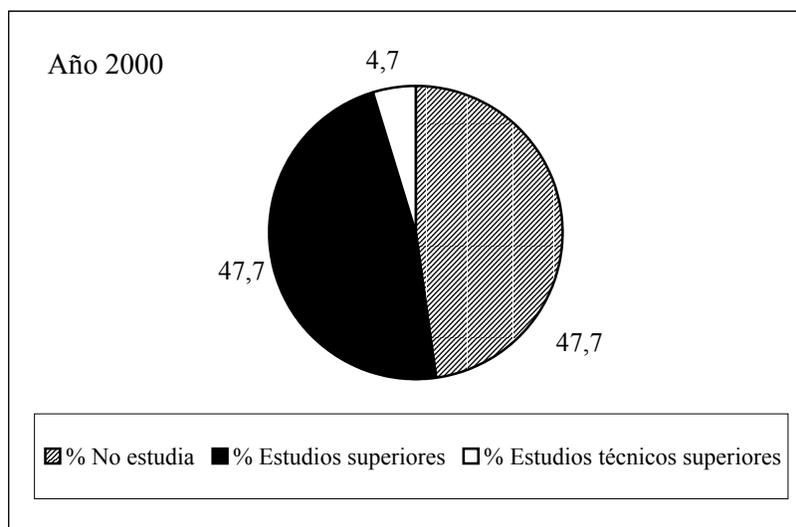
Gráfico 3
Destino escolar jóvenes que completaron enseñanza media en establecimientos subvencionados



Fuente: INJUV, 2002.

De esta manera, la distribución de la población juvenil muestra una tendencia que verifica que los jóvenes de menores ingresos, mayoritariamente concentrados en establecimientos municipalizados, no continúan estudios una vez que egresan de cuarto medio, en tanto que en el otro extremo, aquellos jóvenes que cuentan con más recursos económicos, en general estudiantes de establecimientos particulares, continúan en su mayoría estudios superiores o técnico superiores (INJUV, 2002).

Gráfico 4
Destino escolar jóvenes que completaron enseñanza media en establecimientos particulares pagados



Fuente: INJUV, 2002.

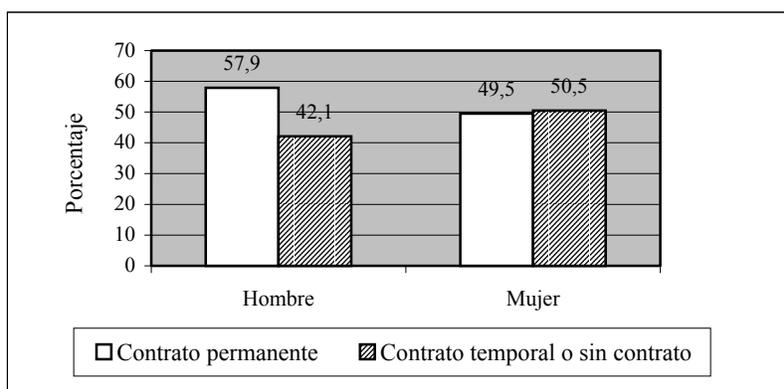
En este contexto, y aunque un óptimo nivel de escolaridad y competencias para la empleabilidad no constituyen plataformas de todo ciertas para la obtención de trabajos y niveles de ingresos que permitan una calidad de vida adecuada, siguen configurando factores de importante injerencia. En este sentido y según lo señalan los datos antes mencionados, los jóvenes de menos ingresos serían quienes en general proseguirían itinerarios académicos y/o laborales más precarios, que al corto y largo plazo instalan un verdadero círculo vicioso, que en la práctica hacen inviable su movilidad hacia nuevas posiciones económicas y sociales.

Desde el mismo punto de vista, en cuanto a la situación de desempleo juvenil actual, se verifica la tendencia de una tasa superior a la del resto de la población. Es así, que según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) para enero 2003, el porcentaje de jóvenes desocupados entre 15 y 19 años alcanzó un 26.5%, en el tramo 20 a 24 años llegó a 16.1% y entre aquellos de 25 a 34 años obtuvo un 9.3%.

En cuanto a las «condiciones del trabajo juvenil», se advierte que gran parte de los jóvenes lo hace con contrato permanente (55%),

el 22% sin contrato y el 23% con contrato temporal. No obstante, la situación de las mujeres jóvenes es más precaria que la de los hombres jóvenes, puesto que más de la mitad de ellas (50.5%) no tiene contrato laboral o sólo posee contrato temporal.

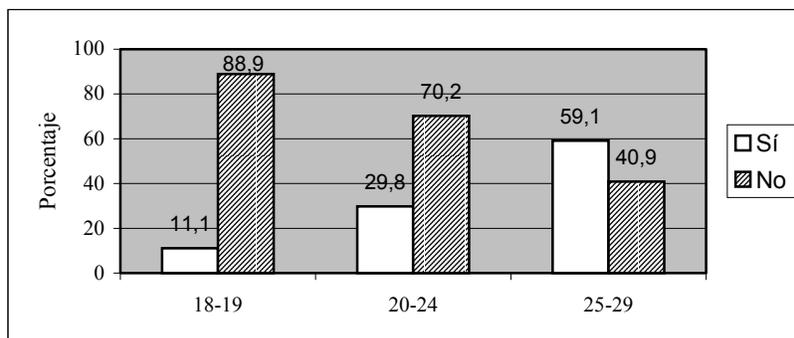
Gráfico 5
Situación contractual según sexo



Fuente: INJUV, 2002.

Respecto de la experiencia de ciudadanía, considerada en conjunto como la asunción de un rol activo en el área del ejercicio de los derechos y deberes individuales y colectivos, la administración de justicia y la vida comunitaria, se presenta como dato relevante la conceptualización que los y las jóvenes realizan del término, la que mayoritariamente se encuentra asociada a estar informado y tener opinión del acontecer nacional (52.9%).

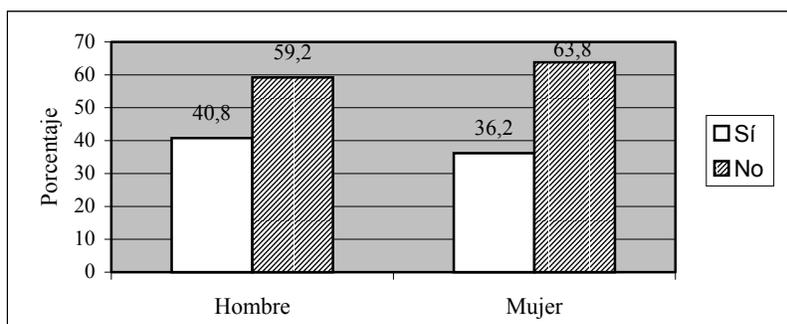
Gráfico 6
Jóvenes inscritos en los registros electorales según edad



Fuente: INJUV, 2002.

Dimensiones más activas del concepto, como la participación en eventos electorales (26.1%) o la incorporación a organizaciones sociales (12.6%), adquieren menor significancia. De hecho, el nivel de inscripción electoral alcanza menos del 40%. La situación de no inscrito aumenta en los tramos de edad inferiores, al igual que en los niveles socioeconómico medio y bajo. El menor porcentaje de inscripción se da entre los jóvenes de estrato socioeconómico bajo (INJUV, 2002).

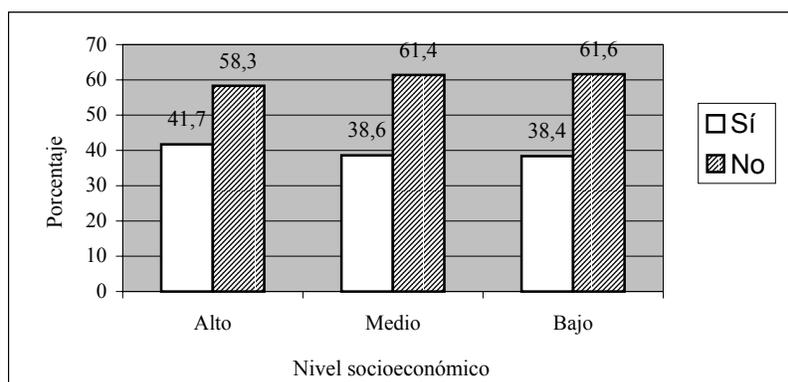
Gráfico 7
Jóvenes inscritos en los registros electorales según sexo



Fuente: INJUV, 2002.

Por otra parte, esta situación debe ser entendida en el marco de la escasa confianza hacia instituciones como los partidos políticos (2.7%) y el parlamento (3.0%). Además no se trata de que los jóvenes no sean comprometidos, sino que dicho compromiso en general no está vinculado a proyectos colectivos de país, o a ideales más abstractos en su experiencia cotidiana, sino que a dimensiones más concretas como la familia, ellos mismos, la pareja y los amigos (INJUV, 2002).

Gráfico 8
Jóvenes inscritos según nivel socioeconómico



Fuente: INJUV, 2002.

En este mismo escenario, y específicamente en el marco de la asociatividad juvenil, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) indica que «las organizaciones de jóvenes se caracterizan por su falta de institucionalización o inserción en estructuras formalizadas, y su no pertenencia a redes asociativas estables y sistematizadas» (PNUD, 2000:127). En esta misma línea, la Tercera Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2002) señala que la asociatividad juvenil tiende a producirse en torno a tareas concretas, que pueden tener un carácter coyuntural como organizar actividades recreativas, recolectar dineros, etc. En todo caso, en las agrupaciones que sí participan se encuentran mayoritariamente los clubes deportivos, los grupos religiosos y los grupos de juego o *hobbie*. Incluyendo la variable género, se presentan diferencias significativas, pues los hombres tenderían a participar más en organizaciones deportivas y culturales y las mujeres

en centros de padres y grupos religiosos. Entre los jóvenes de nivel socioeconómico alto predominan los que participan en grupos religiosos (41.6%), situación que declina en los sectores medios y bajos.

Por último, respecto de las formas o espacios más tradicionales de participación, los jóvenes, en general rechazan la inserción activa en partidos políticos (89.8%), centros de madres (91.6%) y juntas de vecinos (85.7%).

Hasta aquí se entrega una visión muy sucinta de lo que podríamos denominar, la situación de los «núcleos claves de la integración juvenil», como son educación, empleo y ciudadanía, aunque se considera fundamental, en términos del debate y propuestas de política y programáticas dirigida a jóvenes, la profundización y utilización efectiva de los recursos diagnósticos con los que ya en cierta medida se cuenta. Algunas de las interrogantes que podrían guiar la discusión en este sentido, serían las siguientes: en el ámbito educacional ¿qué tan preparados están los y las jóvenes chilenos, especialmente los de menores ingresos, para la denominada «educación continua» y/o para una inserción laboral satisfactoria? En lo laboral propiamente tal ¿qué opciones de trabajo efectivamente están teniendo estos jóvenes: qué oficios específicos están desempeñando, en qué condiciones y cuál es su nivel de ingresos? Finalmente en el área de la ciudadanía ¿qué derechos tienen y cuáles están efectivamente ejerciendo, qué características asume su participación social, en qué ámbitos están participando y qué cuotas de legitimidad han adquirido como actores sociales?

II. CAPITAL SOCIAL Y EMPRENDIMIENTO JUVENIL: ESTADO ACTUAL DEL DEBATE TEÓRICO Y LA INVESTIGACIÓN APLICADA

1. La noción de capital social: perspectivas teórico-conceptuales

Durante la última década, la noción de capital social ha cobrado gran fuerza y aceptación entre estudiosos, investigadores y académicos de diversas disciplinas, especialmente aquellas ligadas al debate sobre desarrollo económico y social. La idea fuerza con que el concepto se ha instalado en estos escenarios —pese a su insuficiente precisión teórica— ha sido la sociabilidad y sus consecuencias, especialmente aquellas positivas para el desarrollo de individuos, comunidades y naciones completas. Esto particularmente en el marco de un

Estado cuya responsabilidad colectiva se ha ido desplazando cada vez más hacia los individuos y frente a un clima de fuerte incertidumbre en el mercado, dos elementos centrales en torno a los cuales han girado las perspectivas sobre desarrollo humano sustentable, vigentes por estos días. En este contexto ha surgido y se ha relevado al individuo y al vínculo social como recursos, que en la forma de capitales, humano y social, respectivamente, podrían llegar a constituirse en las «nuevas» —aunque a veces peligrosamente únicas— palancas o actores protagónicos para el desarrollo.

La tesis del capital social sostiene que existen cuatro tipos de capital que contribuyen a la riqueza y desarrollo de un país: físico, natural, recursos humanos y social. «El capital social se define como ese activo que determina la manera en que los actores económicos interactúan entre sí y cómo se organizan para generar crecimiento y desarrollo» (Zumbado, 1998:177). Politólogos, antropólogos y sociólogos concuerdan en definirlo como «el conjunto de normas, redes, valores y organizaciones a través de las cuales los actores y sus grupos influyen y/o acceden al poder y sus recursos, y formulan y toman decisiones» (Zumbado, 1998:177). Desde la economía, el capital social permitiría explicar los mecanismos de funcionamiento de las redes sociales y las organizaciones, los mercados y los sistemas políticos y la manera de mejorarlos. También el capital social se puede asociar al rendimiento económico, político y social a través de los roles que juegan las instituciones, la jurisprudencia y los gobiernos existentes.

No obstante lo anterior, la revisión de la literatura teórica y empírica muestra la diversidad de perspectivas y significados que han sido asociados al concepto, dando cuenta de las dificultades comprensivas y metodológicas implicadas. En este sentido y principalmente en el último decenio, es posible constatar que su desarrollo teórico se ha circunscrito preferentemente al terreno de la operacionalización, y por tanto, a su uso instrumental. De acuerdo a este contexto, una primera precisión es reconocer la noción como un paradigma teórico emergente y por ende, en construcción.

Entonces, y siguiendo a Woolcock (1998, 1999), la elaboración de un marco conceptual riguroso y coherente sobre la noción de capital social requiere integrar los principales planteamientos emanados de las disciplinas en que tal concepto se ha desarrollado con mayor fuerza; éstas son la antropología y básicamente la sociología. Desde aquí establece como punto de arranque para situar la discusión y los elementos diseminados en la literatura teórica y aplicada, la mirada

de la sociología clásica que actúa como contexto inspirador de la noción y, la perspectiva de la nueva sociología, que vincula estrechamente el concepto a los enfoques sobre el desarrollo. A partir de ambos contextos que resultan ser inclusivos, es posible, según este autor, vislumbrar distintas comprensiones acerca de la noción, así como también la(s) lógica(s) subyacente(s) a tales conceptualizaciones. La idea es construir dicho encuadre referencial aportando elementos que permitan enriquecer la noción, en la perspectiva de la teoría y política del desarrollo económico.

Respecto a la perspectiva sociológica clásica o marco inspirador de la noción de capital social, cabe indicar que su génesis está fuertemente asociada a la idea y correspondiente énfasis dado a la *sociabilidad* y las consecuencias que ello le reporta al individuo y a los colectivos donde se encuentra inserto. En definitiva nace en el seno de este debate teórico incipiente, que en los orígenes de la disciplina aún no se perfila en estrecha conexión con una perspectiva de desarrollo o crecimiento de las comunidades y a una escala más compleja, de las naciones, énfasis que permea todo el debate y la construcción teórica —especialmente desde la sociología económica y laboral— en el que el concepto ha adquirido mayor popularidad. En tal sentido, es interesante señalar la manera en que la noción y sus significados aparecen en los planteamientos de los principales exponentes de esta perspectiva clásica, de los que se derivan cuatro definiciones de capital social: i) Del pensamiento de Marx y Engels emerge la noción de «solidaridad obligada», que alude a la idea de cómo las circunstancias adversas pueden actuar como fuentes de cohesión grupal. ii) Del pensamiento de Simmel nace la idea de «transacciones de reciprocidad» que se vincula a las normas y obligaciones sociales que emergen de las cadenas personalizadas de intercambio. iii) Del pensamiento de Durkheim y Parsons surge la noción de «internalización de valores», la que refiere a la idea de estima, imperativos morales y compromiso que preceden las relaciones contractuales y que dan cuenta de metas individuales diferentes de aquellas estrictamente instrumentales. iv) Del pensamiento de Weber, nace la noción de «confianza consolidada», la que alude a las iniciativas de instituciones formales y grupos particulares para asegurar el consenso interno por medio del establecimiento de instrumentos legales y la búsqueda de una unidad social sustantiva (citado en Miranda, 2000:16).

Pero como indica Portes (1999), señalar estos aspectos resulta insuficiente —aunque sí como marco referencial— para comprender

el concepto de capital social tal cual actualmente se define y, por qué y cómo ha alcanzado tanta popularidad en el diseño e implementación de la política pública y de los denominados programas de superación de la pobreza, en los que habitualmente se traduce ésta. A partir de ello es que las perspectivas que se inscriben dentro de la mirada sociológica contemporánea, constituyen el contexto más próximo y acotado desde donde es posible situar y caracterizar la construcción teórica de la noción de capital social.

En líneas generales, tal como señala Kliksberg y Tomassini (2000), el debate sobre el desarrollo se ha reabierto a inicios del nuevo siglo, planteando más interrogantes y perplejidades que respuestas sólidas. El diseño e implementación de política pública alrededor del mundo y específicamente los hechos reales, han evidenciado que el modelo de desarrollo como parámetro de progreso de las naciones —pese a los importantes avances tecnológicos y en otros campos, cuya consecuencia principal ha sido el incremento sustancial de las capacidades potenciales de generar bienes y servicios— no ha resuelto las graves inequidades de diverso tipo que se hallan diseminadas por todo el orbe. La perspectiva económica basada fundamentalmente en criterios técnicos teñidos por un enfoque que releva variables macro como el ingreso per cápita, el PNB y otros, no ha resistido el peso de la realidad, generando fuertes cuestionamientos que en una reflexión preliminar sobre el estado de la cuestión, se articulan en dos perspectivas explicativas.

La primera de ellas se refiere a la discusión sobre la insuficiencia del modelo de desarrollo respecto de las dimensiones que ha transformado en paradigmáticas, específicamente la económica. En este sentido, se destaca la inquietud por ampliar el pensamiento sobre el desarrollo, indagando acerca de otras dimensiones como la política, social, cultural y ambiental, intentando integrarlas en un *corpus* comprensivo que permita justamente mejorar los indicadores micro de éste, lo que llevado al terreno de las realidades locales (grupos, comunidades, localidades), es homologable a aquellos indicadores que reflejan la calidad de vida de los sujetos concretos, en ámbitos como el educativo, sanitario, laboral y en el plano de la ciudadanía. Esto por medio de una renovación en aquellas áreas vinculadas a la gestión pública, al fortalecimiento de la acción civil y al trabajo mancomunado de ambos en pro del bien común.

La segunda perspectiva plantea un cuestionamiento más profundo, definiendo que lo que se encuentra en crisis es la naturaleza misma y, por tanto el/los paradigma(s) subyacente(s) al concepto de

desarrollo propiamente tal, discutiéndose específicamente la noción e implicancias de la lógica de mercado aplicada a los más diversos tipos, por no decir a la mayoría de los *problemas humanos*. Desde esta mirada, la tesis es que ningún nuevo concepto o enfoque que tienda a introducirse como otra dimensión del desarrollo, sin una análisis crítico al modelo de desarrollo vigente, puede colaborar efectivamente al logro de mayor equidad económica y social, transformándose sólo en una quimera más de la modernidad, que entre otras cosas y dado lo paradójal que resulta —incluir la variable social y cultural en una lógica mercantilista entre cuyas premisas principales se encuentra el fomento de la competitividad y la homogeneidad cultural— puede incluso, y ya la investigación al respecto deja constancia de aquello, profundizar las desigualdades pre-existentes.

En este escenario y en el continuo que puede establecerse entre posturas y definiciones más cercanas a una u otra perspectiva —pese a que es importante precisar que el andamiaje teórico se ha construido preferentemente en la línea de la primera— se sitúan algunas de las miradas más recurrentes en la literatura sobre el tema.

A comienzos del siglo pasado es posible hallar la primera mención al concepto capital social. Ésta correspondió a Judson Hanifan (1916), educadora progresista y reformista social norteamericana, quien luego de observar y analizar el fenómeno de desvinculación social que se había gestado en su localidad de origen —Virginia del Oeste— situación que se manifestaba en el aislamiento paulatino de las familias respecto de la vida comunitaria y la pérdida progresiva de diversas tradiciones cívicas, enfatiza en sus escritos sobre la importancia de renovar el involucramiento de la comunidad para sustentar la democracia y el desarrollo. Es así como en el uso de la noción no hace referencia a la acepción recurrente del término capital,¹ sino que lo asocia a conceptos como la solidaridad, las redes sociales, la vecindad y el cooperativismo, todos ellos productos intangibles de la vida comunitaria que pueden mejorar las condiciones de vida generales de ésta. Hanifan señalaba que en la medida que un individuo se relaciona con otros, específicamente con sus vecinos, se creará una acumulación de capital social que puede satisfacer inmediatamente sus necesidades

1 La autora señala que con el término capital «No se refiere a la propiedad de bienes personales, sino más bien a lo que tiende a hacer que estos elementos tangibles sean parte de la comunidad: la amistad, la acogida y las relaciones sociales entre los individuos y familias quienes conforman una unidad social».

sociales, situación que le permitirá desplegar suficientemente su potencial social para el mejoramiento sustancial de las condiciones de vida en toda la comunidad. Además trata sobre los beneficios públicos y privados del capital social, señalando que la comunidad se beneficia a través de la cooperación de todos sus miembros, mientras que los individuos descubren en sus asociaciones con los vecinos, las ventajas de la solidaridad, la ayuda y la acogida.

Todos los estudios de Hanifan acerca del capital social se anticiparon virtualmente a las ideas nucleares de las interpretaciones posteriores de este concepto, sin embargo, aparentemente sus contribuciones no atrajeron la atención de otros estudiosos de las ciencias sociales, por lo que en esta primera mitad del siglo, la noción desapareció. Durante el resto de éste, y concretamente a partir de la década de los 70, el concepto se desarrolla con mayor fuerza.

A fines de esa década y durante los ochenta, las principales teorizaciones sobre la noción corresponden a Pierre Bourdieu (1980) y Glenn Loury (1977, 1981). Desde la sociología de la cultura, el primero de ellos utiliza los conceptos de *campo* y *habitus* en su esquema de interpretación de los mecanismos de reproducción de lo social, lo que ilumina el concepto de capital social que desarrolla posteriormente. Bourdieu considera que la sociedad está estructurada en diferentes campos, conformados por un capital común y por la lucha que se establece al interior de los mismos para apropiarse de tal capital. La noción de *habitus* le es útil para comprender el proceso por el cual lo social se internaliza en los individuos y condiciona sus prácticas, al dotarlos de esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción. Es así como la noción de *habitus* permite comprender la importancia y la influencia de la cultura en tanto elemento constitutivo del capital social sobre el comportamiento de los individuos. Los valores dominantes de la sociedad generan disposiciones a percibir, a actuar, a reflexionar que variarán según el lugar y la experiencia adquirida. Estas disposiciones son el soporte del capital social.

Desde esta línea base, el autor sistematiza el concepto desde un abordaje fundamentalmente instrumental, centrándose en los beneficios que reciben los individuos, en función de su participación en grupos y en la construcción deliberada de la sociabilidad con el objetivo de crear ese recurso. Indica que en la noción de capital social pueden distinguirse dos elementos: la relación misma que hace posible a los individuos reclamar acceso a los recursos que poseen sus asociados y el monto y calidad de esos recursos. A grandes rasgos, enfatiza

el carácter fungible de las diferentes formas de capital, por lo que la posesión de todo capital, incluyendo el capital social, siempre sería reductible a la generación de capital económico, aunque los procesos que dan origen a éste —capital social— no lo sean.

Por otra parte, el economista Glenn Loury si bien no produjo una conceptualización sistemática del capital social, se aproximó al término a partir de sus planteamientos críticos sobre las teorías económicas tradicionales, las que consideraba demasiado individualistas, pues su énfasis era exclusivamente el capital humano individual y la producción de un campo nivelado para la competencia sobre la base de esas aptitudes. Evidenció la contradicción entre el discurso político y la normativa legal de carácter igualitaria y las realidades de los sujetos comunes que no tenían el mismo acceso a oportunidades de todo tipo en el contexto de las sociedades en que imperaba este modelo económico. De esta forma identificó los recursos sociales útiles —en forma de capital social— para el desarrollo de capital humano y la influencia que ejercen sobre las relaciones familiares y comunitarias.

Finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, constituyen el período en que la construcción teórica del concepto adquiere real visibilidad en el debate sobre el desarrollo y, especialmente en el escenario de la teoría y política económica. Es así como reconociendo el trabajo desarrollado por Loury, James Coleman es el primero en profundizar el análisis sobre el rol del capital social en la generación de capital humano. Define el capital social por su función como «diversidad de entidades con dos elementos en común: todas consisten en algún aspecto de estructuras sociales y facilitan cierta acción de los actores —ya se trate de personas o actores corporativos— dentro de la estructura» (citado en Portes, 1999:246).

Lo que aporta esta conceptualización es que incorpora la estructura social en general, así como las normas que regulan la conducta interpersonal. Es decir, adhiere a un enfoque del capital social que releva el rol del asociacionismo tanto en su vertiente horizontal o de las relaciones interpersonales como aquella vertical, jerárquica o estructural. No emite juicios de valor al respecto, pero sí indica que su complementariedad facilita o entorpece diversas acciones a los actores. Distingue a la vez entre capital social individual y colectivo, asociando el primero al grado de integración social de una persona y su red de contactos sociales, lo que implica relaciones, expectativas de reciprocidad y conductas confiables que se pueden generalizar en un colectivo, produciendo también un bien de esas características.

En la década de los noventa uno de los autores que adquiere más notoriedad en este campo de estudio es Robert Putnam (1993, 1996, 2002), quien desarrolla el concepto de capital social especialmente a partir de su trabajo de dos décadas (desde 1970) sobre la reconstrucción democrática en Italia después de la segunda guerra mundial. Según este autor, la constatación más general de dicho trabajo, fue que las diferencias experimentadas entre la Italia del Norte y del Sur obedecían a la tradición cívica mucho más arraigada en la primera, lo que había posibilitado su reconstrucción y una fuerte tendencia al crecimiento y desarrollo a diferencia de la región del sur de la península. De aquí que para Putnam, el capital social está compuesto fundamentalmente por «el grado de confianza existente entre los actores sociales de una sociedad, las normas de comportamiento cívico practicadas y el nivel de asociatividad que caracteriza a esa sociedad. Estos elementos evidencian la riqueza y la fortaleza del tejido social interno de una sociedad» (Putnam, 1993). La confianza actúa como ahorrador de conflictos potenciales, las actitudes positivas en materia de comportamiento cívico contribuyen al bienestar general y el nivel de asociatividad indica que se trata de una sociedad con capacidades para realizar acciones cooperativas, construir redes, concertaciones y todo orden de sinergias en su interior.

Por su parte, Fukuyama, exponente del asociacionismo horizontal y vertical, integra varias teorías en sus planteamientos sobre el capital social. Su enfoque destaca lo que él denomina las *virtudes sociales* de una sociedad o grupo. Su propósito es explicar cómo a partir de ella se crea prosperidad económica, pues considera que la vida económica de una nación, simultáneamente refleja y modela el entorno. Indica que las instituciones políticas y económicas dependen de una sociedad civil dinámica y activa. A la vez señala que esta sociedad civil depende de los hábitos, valores y costumbres arraigados por sus características culturales. Enfatiza que la confianza es el atributo cultural más importante, «el bienestar de una nación, así como su habilidad para competir, están condicionados por una característica cultural dominante y singular: el nivel de confianza inherente en la sociedad» (citado en Zumbado, 1998:180).

Finalmente, dentro de los enfoques que se inscriben en una línea teórica que no adopta una fuerte postura crítica al modelo de desarrollo, se encuentra la mirada neo-institucional de North y Olson. Estos autores amplían los aportes de los demás teóricos del capital social, incluyendo a la definición y análisis de éste, las relaciones for-

males e institucionalizadas y, las estructuras como el gobierno, el régimen político, el estado de derecho, el sistema judicial y las libertades civiles y políticas. Los dos plantean que las instituciones tienen una injerencia importante sobre el ritmo y la pauta de desarrollo económico.

En esta misma línea, el Informe PNUD (2000), utilizando la concepción económica imperante, adopta una perspectiva que concibe el capital social como un «flujo», un recurso que estrechamente relacionado con la vinculación social, interesa conocer en el contexto socio-histórico actual. Como recurso es acumulable en el tiempo, es decir es incrementable en la medida que se hace uso de él y de lo contrario se devalúa. Su acumulación se realiza en función de círculos virtuosos donde la memoria de experiencias exitosas de cooperación, confianza y solidaridad fortalecen su renovación. Sin embargo, la acumulación de capital social también tiene riesgos, en tanto no necesariamente se halla asociada a concentraciones o distribuciones equitativas, pudiendo vincularse su presencia y calidad a sectores con mejores ingresos económicos y mayor capital educacional o a otro tipo de variables.

Al mismo tiempo y en perspectiva de la discusión a nivel nacional, Raczynski (2002) plantea el concepto de capital social en el contexto de las políticas de superación de la pobreza, asociándolo significativamente con el ámbito del vínculo social, básicamente con la calidad de éste. Señala que dentro de los activos o capitales necesarios de movilizar para superar la pobreza, está aquel ligado a las energías comunitarias y organizacionales. De esta manera, para la autora el diseño e implementación de una estrategia en esta área, debería expandir y potenciar la organización social y las capacidades colaborativas de los sectores pobres, además del trabajo conjunto entre dichos sectores y aquellos no pobres. El fundamento de este recurso se hallaría en la cultura, la historia y las características socioculturales de las situaciones de pobreza y la exploración en ellas de alternativas y oportunidades de desarrollo.

Por su parte Serrano (2002) propone, a partir de la revisión y discusión de las posturas más clásicas sobre capital social, una definición conceptual que concibe éste como «un conjunto de activos que obtienen las personas por participar en forma espontánea y colaborativa en organizaciones o colectivos en los que comparten propósitos comunes y que se encuentran regulados por normas implícitas o explícitas de cooperación. El capital social se genera en relaciones de proximidad y horizontalidad. Los activos que constituyen capital social

emanan de relaciones sociales basadas en la confianza, cooperación y reciprocidad. Estos activos son de beneficio directo para los participantes, para la comunidad y para la sociedad en su conjunto y pueden organizarse en tres tipos: económicos y materiales, los que permiten acceso a mejores niveles de bienestar; sociales y culturales, los que generan beneficios en el ámbito de la integración social; y políticos y cívicos, los que colaboran a alcanzar mayores cuotas de poder e influencia social» (Serrano, 2002:18).

En esta perspectiva, el capital social sólo corresponde a actividades asociativas que producen incremento de recursos y activos cuyo uso potencialmente puede ampliar el espectro de oportunidades personales. También plantea que «el disponer de capital social permite a las personas y colectividades superar *determinismos estructurales* y colabora a que las personas, a partir de sus relaciones sociales, puedan modificar o intervenir sobre sus condiciones sociales y de vida» (Serrano, 2002:20). Finalmente indica que el capital social supone la sumatoria e integración de recursos y oportunidades en un sentido horizontal y vertical. Es decir, debería ser un factor que potencie las motivaciones, aspiraciones y autonomía individual, a la vez que como factor que extiende los aportes de cada uno en la relación asociativa.

Del lado de la perspectiva explicativa que cuestiona el modelo de desarrollo en sí, una de las contribuciones importantes a la noción de capital social, es la que plantea Gilbert Rist (2000) quien destaca que éste, así como la noción de cultura, se han concebido como apéndices del desarrollo o variables a incluir en forma agregativa. Ello especialmente desde posturas de entidades como la ONU y UNESCO, entre otras. Para este autor lo cuestionable no son ambos conceptos como dimensiones del desarrollo de la sociedad, sino que el modelo de desarrollo actual donde se pretenden instalar. En este caso, el desarrollo se orienta precisamente en sentido contrario a los conceptos de cultura y capital social, en tanto fortalece las diferencias sociales al enfatizar la competitividad, el mercantilismo, el individualismo y todas aquellas características que presupone el modelo económico occidental. Este enfoque, según Rist, a la larga destruye identidades culturales y también capital social, pues de lo que se trata es que «a fin de cuentas es el fundamento teórico del modelo económico dominante. La cultura, la confianza, el capital social no son medios en miras del *desarrollo*, sino fines que serán alcanzados sólo a condición de modificar radicalmente el modelo de desarrollo basado en la lógica de mercado» (Rist, 2000:149-150).

Este es el marco global en el que se sitúa el debate teórico y aplicado actual —desde la sociología contemporánea— respecto de la noción de capital social, la que principalmente desde la década de los ochenta y con mayor fuerza a partir de los noventa, se ha erigido como una perspectiva de análisis pertinente y portadora de un amplio potencial para replantear el modelo de desarrollo y hacerlo más efectivo en términos de equidad e igualdad de oportunidades para la población mundial.

Como se puede observar, existen dos posturas extremas y aparentemente irreconciliables, donde se inscribe la teoría del capital social. No es objetivo aquí resolver, si es viable esa distancia, sin embargo, se considera necesario comenzar a explorar algunos caminos que permitan ampliar y enriquecer el debate sobre el tema. En este sentido, una mirada interesante es la que entrega Norbert Lechner sobre la transformación del capital social en el contexto de la modernización y la subjetividad. Este autor analiza los procesos de subjetivización o individualización como referente principal para comprender la noción de capital social, en virtud del escenario que otorga la modernidad, pero en una visión de complementariedad. Señala «tanto aquellos que apuestan decididamente por la modernización, asumiendo el malestar como un costo inevitable, como quienes hacen hincapié en las identidades atropelladas, sin considerar las oportunidades que brinda el proceso, tienen una visión unilateral y, por ende, ciega a las implicancias» (Lechner, 2002:3). Indica que los defensores de la globalización como perspectiva única frente al modelo de desarrollo vigente, así como también aquellos críticos absolutistas de este pensamiento, no proporcionan elementos explicativos sustantivos del capital social y los procesos de individualización íntimamente ligados a él. De aquí su postura que relaciona ambas perspectivas desde la complementariedad.

La noción de capital social remite a las relaciones sociales, por ello su vinculación con los procesos de subjetivización. Éstos se construyen y asumen ciertas características en relación a otros procesos sociales. Por este motivo, según Lechner, la transformación del capital social debe ser analizada desde dos puntos de vista: en relación a los cambios de la identidad individual y a la transformación de la sociedad. De esta manera, el capital social, en el marco actual es reflejo de las modificaciones que han sufrido las relaciones sociales. En el ámbito de vinculación de los sujetos y los sistemas funcionales se asocia con la noción de red y su rol como fuerza productiva. Es un

activo de individuos y colectivos que permiten el desarrollo económico. También puede tener un carácter meramente expresivo y gratuito, es decir ser un fin en sí mismo, se trata de las relaciones interpersonales *sin fines de lucro* (Lechner, 2002).

De igual modo, cabe destacar que dentro de la perspectiva que releva la inclusión de nuevas dimensiones al modelo de desarrollo vigente —dentro de las que se destacan la cultural y social— es posible distinguir dos líneas de estudios que se han convertido en enfoques no excluyentes, pero sí diferentes en cuanto a sus énfasis y que dan origen a desarrollos teóricos también específicos. Éstos corresponden a los niveles macro y micro del capital social. De esta forma el concepto ha circulado desde una noción que lo vincula con la posesión de recursos individuales, por supuesto en un contexto de redes sociales y los beneficios que ello reporta a la persona y colectivos más próximos, y su extensión a colectivos de mayor complejidad, incluyendo el capital social que se genera en una sociedad o nación completa y las ventajas que a partir de ello se producen para quienes participan de la misma. Si bien los estudios empíricos y las teorizaciones en ambas perspectivas aportan sustantivamente al debate, la línea que nos interesa relevar para efectos de la evaluación de la oferta programática dirigida a jóvenes, es la que circunscribe la noción de capital social a un contexto más acotado, el micro, como es el caso del capital social individual y colectivo, entiéndase este último como el grupal o compuesto por un conjunto pequeño de personas, no superior a doce, según sugiere la CEPAL (2001).

Esta entidad plantea al mismo tiempo, la potencialidad de este nivel en que se presenta capital social, para el desarrollo de emprendimientos de tipo asociativo. En específico y reconociendo la importancia del debate en curso, esta institución establece una diferenciación entre el capital social individual y el capital social comunitario, es decir, entre aquel que posee un *individuo* y el capital social que es propiedad de un *conjunto*. El primero tiene que ver con el grado de integración de un individuo, su red de contactos sociales (redes ego-centradas), expectativas de reciprocidad, comportamientos confiables. Este tipo de capital consta del crédito que ha acumulado la persona en la forma de reciprocidad difusa que puede reclamar en momentos de necesidad, a otras personas a las cuales le ha ofrecido servicios o favores en el pasado. Sin embargo, no es solamente la cantidad de relaciones lo que define el capital social individual, sino la naturaleza de dichas relaciones y cómo se utilizan estratégicamente.

Al finalizar este recorrido que da cuenta de la construcción teórica de la noción de capital social, es importante señalar como reflexión de síntesis, lo restrictivo que resultan aquellas definiciones que explican el capital social por sus consecuencias o formas de expresión y, no profundizan sobre sus fuentes, las que constituyen la mayoría. Si bien en el campo de su aplicación práctica puede ser más útil, es necesario reparar en que este enfoque sin ampliación —tal como gran parte de los mismos teóricos sobre el tema lo plantean— se vuelve tautológico: se trata de una lógica circular en tanto concibe el capital social como causa y efecto simultáneamente, oscureciendo las posibilidades ciertas de hacer uso de la noción en todo su potencial. Esto se vincula estrechamente a las ideas de historicidad versus construcción emergente del capital social, las que no pocas veces se han planteado como contrapuestas. Siguiendo a Durston (2001), y a diferencia de Putnam y Coleman, entre otros, la presencia de capital social, más aun, una cantidad y calidad adecuada de él en un colectivo, parece no responder necesariamente a una tradición cívica de larga data y fortalecida históricamente. Por el contrario, puesto que las organizaciones sociales coevolucionan y son altamente flexibles y sensibles a las condiciones del entorno, éstas pueden crear, fomentar o incrementar su capital social. Partir de este supuesto, al menos adherir a la idea que existirían dos formas no excluyentes de construir capital social en sus distintos niveles, sugiere un escenario más amplio para su abordaje en el terreno de la intervención que busca relevarlo.

2. El capital social como sustrato y posibilidad de desarrollo del emprendimiento juvenil

Abordar el tema del emprendimiento —específicamente el emprendimiento juvenil— aportando elementos que permitan remirar la óptica tradicional sobre esta materia, que lo asocian fundamentalmente a las políticas y programas de superación de la pobreza, cuyo planteamiento característico ha sido el logro de la integración, vía la inserción laboral, es el desafío planteado en este apartado. Ello teniendo como antecedente que el punto de partida y referente, es un modelo de desarrollo muy marcado por el acento en el capital financiero y humano, en una perspectiva aún centrada en los recursos individuales, y en lo social sólo desde su instrumentalidad para desplegar éstos. Incluir el capital social, al análisis de la integración por medio de la inserción al mundo del trabajo, constituye entonces un enfoque distinto, aún no suficientemente explorado.

En este marco, se considera pertinente establecer como contexto analítico, las reflexiones que puedan emanar en torno a los conceptos de desarrollo, inserción laboral, capital social, emprendimiento y jóvenes.

Respecto al desarrollo y concretamente a la verificación de la crisis que sufre el modelo de desarrollo, sólo basta retomar y destacar el hecho que se ha convenido en que éste debe integrar otras dimensiones, entre ellas la social y cultural, pues los intercambios económicos y la riqueza de un colectivo, localidad, comunidad o a mayor escala un país, menos aun su distribución igualitaria, no se producen exclusivamente por el capital financiero, en infraestructura y humano que éstos poseen. Es así como, incluso desde un prisma que releva lo económico en la noción de emprendimiento, es posible intuir que el desarrollo productivo, dentro del cual éste se inserta, debe repensarse incluyendo e integrando la variable social, especialmente los beneficios y ventajas que la sociabilidad reporta al individuo y los colectivos donde él se sitúa.

En cuanto al concepto emprendimiento, ha sido desarrollado fundamentalmente al interior de la teoría económica, la que por su parte ha constituido el principal lente con el que se observa y coloca en escena el modelo de desarrollo vigente. De aquí su uso extendido como línea de acción asociada fuertemente al combate contra la pobreza en diversos países del mundo. En general y tal como lo señala el estudio del INJUV sobre emprendimiento juvenil, la acción emprendedora se ha entendido como «toda *acción innovadora* que, a través de un sistema organizado de relaciones interpersonales y la combinación de recursos, se orienta al logro de un determinado fin» (Selamé et al., 1999:179), dando cuenta que se asocia con la creación de algo nuevo y de un nuevo valor: producto, bien o servicio que anterior a ella no existía o que es capaz de aportar algo nuevo.

El término emprendedor proviene del vocablo francés «entrepreneur» que significa pionero, siendo utilizada inicialmente para referirse a una actitud —no definida con precisión— frente a la incertidumbre, concebida en el más estricto de los sentidos, como el no contar con ningún tipo de certeza respecto de las consecuencias implicadas en la acción a ejecutar, aludiendo de esta manera a una idea tan vaga que remite a una especie de «espíritu aventurero». A tiempos actuales, esta idea sigue siendo nuclear en la conceptualización que se hace de la acción emprendedora y del llamado comportamiento emprendedor que caracteriza a algunas personas. Sin embargo, la noción

de incertidumbre muy ligada también a la idea de asumir riesgos, se ha refinado en la perspectiva de que dentro de la misma, es posible un cierto grado de planificación y una toma de decisiones racionales que disminuyan la incerteza o atenúen las consecuencias negativas de su ejecución si ello ocurriera. Como se puede observar, la noción de emprendimiento tal como se ha entendido desde la teoría económica, remite al terreno de las actitudes, de determinados rasgos o características personales que actuarían como condiciones y sustrato necesario para hacer viable la acción emprendedora de negocios.

En un terreno más específico, el concepto de emprendimiento juvenil no se encuentra desarrollado sistemáticamente en la investigación teórica y empírica, al menos en el contexto nacional. En rigor, podría decirse que es una categoría conceptual inexistente. Esto, puesto que los acercamientos comprensivos sólo se hallan débilmente enunciados desde el uso instrumental que se ha dado a la noción en su acepción más general, que la vincula con la acción innovadora y asunción de riesgos moderados, especialmente en el ámbito económico y por medio de la actividad empresarial.

De esta manera, la caracterización que se hace de los emprendimientos juveniles corresponde únicamente a una aproximación fenomenológica o descriptiva de cómo se comportan las iniciativas productivas en el segmento jóvenes, incluyendo escasamente variables diferenciadoras como la edad, el sexo y la localización territorial (urbano/rural). Podría decirse, que al menos en la literatura nacional, la aproximación al tema se ha nutrido fundamentalmente de la idea más o menos consensuada que el emprendimiento y, concretamente la acción emprendedora en el ámbito productivo y de negocios, tiene que ver con un perfil personal y particular que diferenciaría a algunos individuos de otros. Algunos sostienen que dicho perfil correspondería a rasgos innatos, otros plantean que serían básicamente características aprendidas y, por tanto entrenables. No obstante, un sector importante considera que los rasgos nucleares del perfil o personalidad emprendedora, serían la resultante de la interacción entre ciertas predisposiciones o características innatas y su potenciación por medio de los procesos de socialización y factores del entorno social. Para estos autores, es el conjunto y la integración de todos los procesos desencadenados por estas condicionantes, los que en última instancia gatillan y hacen efectiva la acción emprendedora.

Estos hechos evidencian los aspectos centrales, relativos a la lógica de mercado, que tiñen la noción de acción emprendedora, rele-

vando su direccionalidad hacia la producción de bienes y servicios, la que finalmente se reduce a la obtención de capital económico. Esto no implica necesariamente que en su génesis, puesta en marcha y sostenibilidad en el tiempo puedan colocarse en juego y, de hecho muchas veces ocurre así, motivaciones de otra índole. En este escenario, una primera constatación es que resultaría forzada la idea de ampliar la noción a toda acción innovadora que responde a ciertas características personales y/o grupales de quienes la desarrollan y, por supuesto también a la intervención pertinente de las instituciones que forman parte de la estructura social del colectivo donde se halla inserto el sujeto, sin considerar el énfasis en lo económico que ha dado vida al concepto y que se halla ampliamente relevado en la teorización y la investigación aplicada en esta materia. En este marco ya quedan fijados algunos de los límites con el que puede arribarse a una perspectiva de abordaje del emprendimiento juvenil.

Es así, que no puede eludirse la estrecha vinculación del enfoque del emprendimiento —como acción estratégica dentro de las políticas de desarrollo económico— con la inserción laboral como mecanismo para acceder a procesos efectivos de integración. Esto releva al mismo tiempo el ámbito de la formación como medio principal, tanto para acceder como para mantenerse en el mundo laboral.

A partir de este último aspecto reseñado, parecen delinearse pistas más precisas para comenzar a desarrollar la noción de emprendimiento juvenil, es decir, en el marco de la inserción laboral como meta y de las vías para lograrla, básicamente la igualdad de oportunidades para acceder a una educación de calidad preingreso y durante la misma vida laboral. A la vez resulta perentorio perspectivar todo esto en una mirada que considera la inserción laboral desde una visión de proceso, de meta a construir desde el sistema escolar formal y las agencias socializadoras bases y que tiene la particularidad de manifestarse de distintas maneras y de reconstruirse en todo momento. Esto es la visión amplia de trayectorias ocupacionales.

De esta manera, la noción de emprendimiento juvenil reclama nutrirse también de la dimensión social o la acumulación de capital intangible en la forma de capital social. Es por ello que remitiéndose a lo actitudinal que implica la idea de acción emprendedora, el tema de la habilitación social como estrategia tradicionalmente mencionada y utilizada en su fomento —un desarrollo importante en esta área sería parte de las características personales de un emprendedor— debería ampliarse o redefinirse en virtud de las perspectivas que proporciona

la noción de capital social, especialmente en un nivel de análisis e intervención micro que va desde lo individual hasta lo grupal a baja escala como lo plantea la CEPAL en esta materia.²

Pasar de una mirada de la habilitación social como entrenamiento en destrezas sociales instrumentales a fines personales, principalmente de carácter productivo, las que se traducen en actitudes y conductas que permitan, por ejemplo, persuadir a un grupo de financieristas para conseguir recursos, liderar un equipo de trabajo, instaurar un sistema de servicio al cliente que acoja y a la vez sea altamente resolutivo; a uno que potencia la noción de capital social, significa en gran parte ampliar la noción de emprendimiento juvenil relevando las acciones colectivas y especialmente las acciones solidarias que constituyen un verdadero activo de aquellos sujetos jóvenes que forman parte de un grupo, localidad o comunidad, colaborando en el mejoramiento de sus condiciones de vida. Desde este punto de vista, el capital social en tanto activo o recurso de los individuos y de los colectivos, además de la estructura social y las instituciones que forman parte de ella, tiene dos utilidades principales aplicables al área del emprendimiento: i) facilitar la constitución de organizaciones productivas y de gestión de bases efectivas: son empresas asociativas de diversa índole; ii) generar un entorno social propicio —las condiciones estructurales necesarias— para desarrollar acciones innovadoras: apoyo financiero de las instituciones públicas y privadas, acceso a capacitación de calidad, facilidad para acceder a nuevas tecnologías, entre otras.

En tal sentido se adhiere a los aportes proporcionados por la investigación de Espinoza (2001), puesto que permiten precisar el concepto de emprendimiento en función de la perspectiva explicativa de la movilidad ocupacional, sustentada en la noción de capital social. Para este autor, la movilidad ocupacional se da vía dos enfoques del capital social que no siempre son complementarios: el enfoque aso-

2 En su distinción de los niveles del capital social, la CEPAL plantea que las redes interpersonales simples son las formas más importantes del capital social individual. Algunos antropólogos hablan de un red egocentrada: cada uno tiene su propia y distinta red, que es un capital de cada individuo (los beneficios de cómo un sujeto maneja su red son propios de ese sujeto). Dichas redes o contactos sirven potencialmente a la consecución de proyectos personales. Además se refiere al capital social grupal, definiéndolo como aquel presente en colectivos no superiores a doce personas, siendo el más adecuado para llevar a cabo emprendimientos de tipo asociativos.

ciativo y el instrumental. El *enfoque asociativo*, cuyo mayor exponente es Robert Putnam coloca el acento en la socialización y el acuerdo normativo, todos ellos promoviendo un espíritu cívico que se manifiesta en una rica vida asociativa. La *mirada instrumental*, desarrollada por algunos economistas y teóricos de las redes sociales, enfatiza el beneficio individual, los recursos escasos y el uso de estrategias en lugar de normas. Una descripción más detallada de ambos enfoques y sus diferencias se encuentra en el siguiente cuadro.

Cuadro 2
Dos enfoques sobre el capital social

Asociativa	Instrumental (red personal)
Bien público	Beneficio individual
Reforzar recursos existentes	Acceso a recursos escasos
Identidad y socialización	Estrategia
Confianza como amistad	Confianza como predictibilidad
Cohesión grupal	Diversidad de contactos
<i>Bonding</i> (reunir)	<i>Bridging</i> (conectar)
Consenso normativo	Diversidad (crítica)
Solidaridad	Competencia

Fuente: Espinoza, 2001:25.

Sin embargo, en la práctica, señala Espinoza, los enfoques de esta manera definidos, no dan cuenta de las orientaciones a la movilidad de los recursos de los actores, porque éstas aparecen mezcladas. Es por ello que los redefine, distinguiendo tres tipos de orientaciones que guían la acción (Espinoza, 2001:26): i) *Lógica de integración*: el actor, definido por su cultura, puede movilizar recursos para mantener y reforzar su posición al interior de una sociedad considerada como sistema de integración; ii) *Lógica estratégica*: los actores movilizan recursos en condiciones de competencia, vale decir, con una lógica estratégica intentando realizar sus intereses en una sociedad que se concibe como un mercado; iii) *Lógica de subjetivación*: el actor se representa como un sujeto crítico confrontado a una sociedad definida como un sistema de producción y de denominación, de la cual toma una distancia reflexiva.

Se supone que cuando un actor es capaz de combinar estas tres lógicas o utilizar el espectro de acuerdo al contexto situacional, tiene más posibilidades de moverse ocupacionalmente que quien opera sólo dentro de una de ellas. Esto, siguiendo la línea reflexiva

que se ha instalado, sería aplicable a la acción emprendedora en general y juvenil en particular, en el contexto de una visión amplia e integradora del capital social como sustrato y posibilidad de desarrollo del emprendimiento juvenil. Ello en la perspectiva de una visión más humanizada del desarrollo productivo.

A modo de síntesis, la idea es potenciar el capital social individual y colectivo de los jóvenes, junto con los otros tipos de capital que intervienen en el desempeño de la política de desarrollo, específicamente en el ámbito económico-productivo. Con ello se hace referencia a aquellos ligados a la estructura social o instituciones presentes en la comunidad y la vinculación y trabajo coordinado y efectivo de éstas en pro del bienestar de la misma y de los sujetos juveniles en particular. Se entiende que una perspectiva de desarrollo con énfasis en lo social, que tienda efectivamente a instaurar procesos de integración por medio del acceso igualitario a las oportunidades, considera necesariamente la forma de generar mecanismos para desarrollar y hacer accesible el capital social que se presenta en la estructura social y en los propios individuos y en sus colectivos más cercanos, incluyendo sus comunidades y localidades.

3. La medición del capital social: hallazgos de la investigación aplicada

La literatura aplicada da cuenta que se han realizado por separado numerosos estudios cuantitativos y cualitativos sobre capital social y emprendimiento, pero escasamente investigaciones que los vinculen directamente. Generalmente su referencia más cercana es la de aquellos estudios realizados en el contexto de la evaluación del crecimiento y desarrollo económico de los países, aportando pocos elementos sustantivos para explicar cómo se comporta el capital social en sus distintas expresiones, en la empleabilidad ya sea dependiente o independiente. Correspondiendo esta última a la comprensión tradicional del emprendimiento productivo. Por su parte, el capital social se ha medido de variadas e innovadoras maneras, aunque dada la confusión conceptual que predomina, ha significado importantes problemas metodológicos, lo que plantea un desafío difícil, considerando que la funcionalidad de la teoría depende en gran parte de la posibilidad y capacidad cierta para generar indicadores mensurables y cuantificables. Es así que, compartiendo la mirada de Zumbado, la medición tendrá que evolucionar y adaptarse a los cambios en las definiciones

conceptuales y operativas (Zumbado, 1998:187). Esto es igualmente extrapolable para los estudios sobre emprendimiento juvenil y aún más, para la investigación que se orienta a hallar elementos que permitan correlacionar capital social y emprendimiento juvenil. La evidencia empírica que aquí se reseña no es indemne a tales complejidades.

Pese a estas dificultades y, con la idea de aportar elementos que hagan posible iluminar la noción de capital social y emprendimiento, éste como dimensión o consecuencia eventual del capital social individual y colectivo, se presenta alguna evidencia empírica relativa al uso de la noción, en vinculación con el gran contexto que ofrece el desarrollo productivo. En todo caso es importante insistir en que éste, es sólo uno de los ámbitos en el que el concepto puede ser aplicado. De hecho, en la esfera de la gobernabilidad y el civismo, existen estudios como los de Knack y Keefer (1997) quienes usaron los indicadores de confianza y normas cívicas empleados en la Encuesta Mundial de Valores, que incluye una muestra de 29 economías de mercado.

En el escenario latinoamericano y en esta misma línea, se encuentra la investigación hecha a partir de la construcción del BARCAS (Barómetro del Capital Social), instrumento desarrollado por John Sudarsky para medir el capital social en Colombia. Este autor evaluó diez dimensiones del capital social y efectuó algunas correlaciones entre ellas. Tales dimensiones son: participación cívica, confianza institucional, solidaridad y mutualidad, relaciones horizontales, jerarquía, control social, republicanismo cívico, participación política, información y transparencia y medios. Sudarsky concluye que el capital social de esta nación es muy débil: «la sociedad está atomizada y fracturada, la participación en organizaciones voluntarias es escasa y corresponde mayoritariamente a organizaciones religiosas, el sistema representativo está ‘deseslabonado’ y la participación democrática es débil» (Sudarsky, 1998:33).

En el caso de Chile, en una línea más general de comprensión y análisis de los cambios operados en la sociedad chilena a nivel global y sus implicancias en los propios sujetos, podemos encontrar el informe del PNUD (2000), el que aborda el tema de capital social desde una perspectiva asociativa, pues considera que este aspecto constituye una plataforma potencialmente beneficiosa en vista de modelar el futuro, impactando positivamente en el desarrollo. De hecho tal informe da cuenta del esfuerzo del mismo, en dos direcciones; una en términos de la realización de un diagnóstico tentativo del estado de

situación de la asociatividad en Chile. Para ello se realizó un registro tentativo de todas aquellas formas de agrupación presentes en el país, intentando con ello conocer cuáles eran los temas, principales propósitos y orientaciones de las asociaciones, así como también el perfil de su distribución regional. Sus principales resultados, pese a las dificultades metodológicas encontradas, indican que existe una importante densidad asociativa (que incluye asociaciones permanentes y otras temporales indistintamente), lo que constataría la existencia de la acción colectiva como «capacidad instalada» en la sociedad chilena y que además se trata de una capacidad que obedece a distintos temas, motivaciones e intereses. El segundo esfuerzo correspondió al objetivo de establecer un índice de capital social, con base en las respuestas dadas a la encuesta nacional, PNUD 1999. A partir de esta información y de la operacionalización de todas aquellas dimensiones consideradas en asociación directa con el concepto de capital social como confianza interpersonal y social, confianza institucional, normas de reciprocidad, entre otras, se definieron dos índices, uno relativo al capital social formal o institucionalizado y otro al capital social informal. Comparando ambos índices se verifica que prácticamente la mitad de los entrevistados (43%) no poseería capital social formal ni informal, tratándose preferentemente de personas de entre 36 y 44 años, mujeres y de un grupo que no alcanzó a terminar el cuarto medio ni tuvo experiencia asociativa anterior. De aquellos que exhiben un alto índice de capital social tanto formal como informal se encuentran aquellas personas de nivel socioeconómico alto, católicos observantes, mayores de 54 años y con experiencia asociativa precedente.

No obstante lo anterior en que sólo se releva la dimensión del capital social, aquellos teóricos que sí vinculan ambos conceptos, se orientan fundamentalmente a partir del contexto de las políticas y programas de superación de la pobreza y específicamente en el ámbito del desarrollo productivo. En este sentido, la inserción laboral y los procesos formativos implicados en ella (pre y post), han sido los aspectos más relevados en una perspectiva de integración social. Sin embargo, aquí se puede observar que el abordaje del capital social ha sido más bien en una acepción que lo homologa sólo con la habilitación social con fines estratégico-instrumentales. Estas investigaciones van desde las que incluyen dichos aspectos por medio de la variable empleo y educación, dentro de un repertorio de indicadores macroeconómicos y político-institucionales, que estarían reflejando el comportamiento o consecuencias —externalidades muy genéricas— del capital social de los países.

Para graficar estos planteamientos, se señalan tres investigaciones recientes que analizan el desarrollo productivo por medio de la inserción laboral vía acciones colectivas. El primer estudio es el de Espinoza (2001) en Chile: «Indicadores y generación de datos para un estudio comparativo de trayectorias laborales»; el segundo, realizado en Argentina, corresponde a María Alejandra Arlegui et al. (1998): «El capital social y el mercado del trabajo»; y finalmente se resumirán las principales conclusiones del Proyecto Investigación GEL (Gestión Económica Local), desarrollado en Colombia por el CIDER (Centro Interdisciplinario de Estudios Regionales) de la Universidad de Los Andes.

Cuadro 3
Indicadores capital social desde red personal

	Enfoque red personal	
	Racionalidad	Medidas
Tamaño	Mayor número de contactos favorece la variedad.	Generadores de contactos.
Fuerza lazos	Acceso a recursos escasos por medio de lazos con menor fuerza.	Rol, confianza, apoyo en general, frecuencia contacto, duración, relación, conflictos.
Calidad	Contacto posee atributos valiosos en campo laboral.	Ocupado, información laboral, recomendación laboral, consejo laboral.
Heterogeneidad	Variedad de atributos de los miembros de la red.	Sexo, edad, estatus socioeconómico, roles.
Proximidad	Facilidad de acceso a información oportuna.	Acceso, viven cerca.
Mediación	Oportunidades de información, potencial control.	Conecta con desconocidos de ego.

Fuente: Espinoza, 2001:28.

En cuanto al estudio de Espinoza, cabe señalar que se trata de una investigación comparativa internacional sobre movilidad ocupacional de la clase media y sectores pobres en tres ciudades: Buenos Aires, Montevideo y Santiago. De acuerdo al marco teórico utilizado y a la operacionalización de la noción capital social, el autor establece la existencia de dos componentes que se entremezclan en el capital social ligado a la movilidad laboral, definiendo indicadores para cada uno de ellos.

Cuadro 4
Indicadores capital social desde asociatividad

	Enfoque asociativo	
	Racionalidad	Medidas
Asociatividad	Participación en grupos y organizaciones voluntarias indica civismo.	Membrecía respondente, membrecía del familiar, comembrecía en red.
Densidad	Miembros del grupo vinculados entre sí tiene efecto positivo.	Conoce amigos de contactos. Contacto conoce sus amigos.
Semejanza	Contacto de ego con personas similares mejora comunicación, pero reduce exposición a innovaciones.	Gustos comunes. Colegas de trabajo.
Centralidad	Prominencia de un actor.	Contacto destacado entre otros.
Mediación grupal	Grupo con alto potencial de conexión.	Proporción contactos que llevan a otros nuevos.
Fracciones	Menor fraccionismo hace coordinación más fácil.	Contacto prominente positivo. Densidad de la red.

Fuente: Espinoza, 2001:29.

Por otra parte, el estudio argentino analiza el fenómeno de la desocupación, desde la perspectiva de cuáles son los factores que hacen posible a los individuos enfrentar situaciones de exclusión del mercado del trabajo, permitiéndoles resolver rápidamente y con eficacia su reinserción laboral. Además indaga sobre la influencia que puede ejercer el aprovechamiento de tales factores en la sostenibilidad y mejoramiento de la vinculación con el mercado del trabajo. La investigación consideró como base la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), instrumento estadístico utilizado para medir la situación socioeconómica de la población argentina. En función de ésta, se construyeron variables e indicadores que fueron interpretados en términos de capital social distribuido a través del grupo familiar, este último considerado como unidad de análisis. De esta manera, las variables definidas en función de su eventual relación con el empleo/desempleo fueron: el clima educativo familiar, la inserción familiar en redes laborales y la participación familiar en redes laborales dinámicas.

El clima educativo familiar se refiere al conjunto de relaciones que el grupo familiar ha mantenido y mantiene con las instituciones educativas de la educación formal e informal, reflejando no sólo la incorporación de conocimientos. Expresa a la vez los valores familiares sobre la importancia que se le asigna a éste y genera oportunidades

de vinculación con redes laborales. La participación en redes laborales es la efectiva vinculación con redes de trabajo. La participación en redes laborales dinámicas es la vinculación familiar con redes de trabajo insertas en sectores del mercado laboral donde la demanda de trabajo es más alta. Los resultados del estudio, arrojaron como principal conclusión para el caso argentino, la importancia de los factores que conforman el capital social en la condición de ocupación, y lo relevante que es, además, seguir explorando la influencia de la distribución del capital social en dicha condición.

Por último, la investigación desarrollada en Colombia, específicamente en el sector occidental de Bogotá, proporciona información sobre el uso del término en la conformación de una cooperativa cuya meta es el desarrollo de la gestión económica local. Se trató de potenciar dicho desarrollo, concretamente a partir del sector de la construcción, actividad de gran dinamismo en esa zona. El trabajo se orientó a la indagación de los elementos denominados intangibles —entre ellos el capital social— que posibilitan y facilitan el entorno adecuado para hacer del desarrollo económico local un proceso sostenible. Desde esta perspectiva y de la evidencia empírica producida por el enfoque del capital social comunitario, se determinó que aquellos factores intangibles asociados al capital social se pueden agrupar en dos categorías interdependientes: la *cognoscitiva* y la *estructural*.

La primera hace referencia a valores, creencias, actitudes, la conducta y las normas sociales de una institución de cooperación grupal y que generan las condiciones bajo las cuales los individuos pueden trabajar en conjunto y con un propósito común. Los principales indicadores de este componente son: la confianza (grado de seguridad que tienen los miembros de una organización entre sí y que influye en la efectividad de sus acciones como grupo), la solidaridad (grado de compromiso entre los miembros, ayuda, colaboración mutua) y la reciprocidad (grado de correspondencia entre las personas de la organización, relacionada con la capacidad de aceptar a los otros y de sentirse aceptado).

La categoría estructural se relaciona con las cualidades que constituyen cualquier institución de cooperación grupal a nivel operativo y que le permiten definirse operacional y funcionalmente. En este componente se agrupan los factores que colaboran a lograr una mayor cohesión tanto horizontal como vertical. Los indicadores que dan cuenta de ella son: el sentido de pertenencia (grado de identificación y compromiso de los miembros de la organización para con ésta), la

representación y liderazgo (manera en que se percibe el manejo directivo de la organización por parte de sus miembros) y la densidad organizacional (forma en que se toman las decisiones).

III. CAPITAL SOCIAL: LAS ORIENTACIONES DE POLÍTICA Y PROGRAMÁTICA EN JUVENTUD

Evaluar las intervenciones programáticas dirigidas al mundo juvenil, sean originadas desde el ámbito público o privado, y guiadas por la lógica del capital social y capacidad de emprendimiento de los mismos jóvenes, parece ser una preocupación reciente y no suficientemente explicitada en cuanto a los orígenes y fundamentos que pudiesen llevar a adoptar aquella perspectiva. De allí que en un primer momento parece relevante interrogarse por esa suerte de cambio en la orientación desde la cual se pretende evaluar y analizar la oferta programática dirigida a los jóvenes chilenos, en particular a los jóvenes que presentan menores ventajas integrativas en el sistema social o que presentan debilidades en sus vínculos sociales con determinados agentes sociales.

Puede enunciarse con base en algunas problematizaciones y ejes temáticos a través de los cuales se podrían estar fundando esos cambios en su definición y en su implementación programática. Si bien es cierto que la noción de capital social es una categoría relativamente nueva en su incorporación en el análisis social —en todas sus dimensiones y estando en permanente construcción—, ofrece la posibilidad de ampliar el campo de visualización del sujeto juvenil en relación al desarrollo y potenciamiento de ciertas capacidades y habilidades individuales y sociales, pero sobre manera, el poner al joven en vinculación con otros sujetos sociales, sean pares o del denominado mundo adulto. De tal manera que será nuestra pretensión el poner en tensión esta categoría analítica en su dimensión programática, al nivel de cómo han operado las intervenciones dirigidas a los jóvenes.

Dos aspectos merecen ser relevados en esta discusión sobre el posible cambio en el nivel de las orientaciones en el diseño de la política pública de juventud: i) si efectivamente se está operando con una visión diagnóstica de los jóvenes diferente a la que se poseía respecto a jóvenes de la década anterior; ii) y la visión que desde la política pública se tiene sobre las intervenciones programáticas dirigidas al mundo juvenil, en un plano evaluativo y como síntesis o balance del cómo ha operado esa política.

Una primera constatación en cuanto a poder visualizar a este sujeto joven, debe hacerse en relación y sin obviar los contextos en los cuales han estado inmersos, pero sin duda que estamos en presencia de un cambio, que podemos catalogar de valórico, de la visión que poseen los jóvenes sobre sus posibilidades y expectativas de ascenso social, el que estaría trocándose desde una perspectiva más de tipo colectiva a otra de naturaleza más individual y de acuerdo a los méritos y desempeños logrados en sus proyectos de vida. Desde allí, en el contexto de la ausencia de proyectos colectivos de ascenso o movilidad social, como los que de algún modo conocimos en épocas pasadas, donde a su vez comienzan a imperar lógicas cada vez más privatizadoras de la vivencia social, que lleva a los propios sujetos a establecer mundos más privados que públicos, y con crecientes niveles de fragmentación social, producto de la lucha por acceder una mejor posición en la estructura social que permita beneficiarse de los bienes y servicios que la sociedad debiera proveer para el conjunto de sus habitantes; sin duda que los jóvenes no escapan a esta realidad, y son precisamente ellos quienes viven en carne propia estas incertidumbres y riesgos de quedarse fuera de ella.

Podemos estar en presencia de ciertas tendencias, expresadas como cambios en los valores sociales a nivel juvenil, donde se ha tendido a identificar un cambio desde lo que puede denominarse la «razón social» hacia el «logro personal», expresándose como dimensiones antagónicas, es decir, al optar por una se deja de lado la otra. Esta suerte de modificación a nivel valórico en el mundo juvenil estaría dando mejor cuenta del contexto estructural en el cual se inserta esta generación joven, lo que traería aparejado determinadas percepciones, expectativas y estrategias de construcción de proyectos de vida exitosos, o por lo menos, imaginarse trayectorias de vida con un énfasis en el logro personal por sobre estrategias y acciones de tipo colectivas y/o sociales.

Esta formulación —un tanto dicotómica— tiende a relativizarse al momento de visualizar un tremendo realismo y pragmatismo en el proceso de conformación de proyecto de vida a nivel de los jóvenes, que incluso desde la propia percepción de ellos, ven su futuro personal con un ánimo optimista, pensando que en un futuro estarán mucho mejor que hoy (INJUV, 2002). Todo ello independientemente de las posibilidades reales de llegar a concretizar sus futuros proyectos de vida, de acuerdo a la manera en que logren insertarse y traspasar los canales clásicos de integración social funcional, sea vía la

educación, el empleo, conformación de familia, autonomía e independencia, etc. Eso por el lado del optimismo y confianza en el futuro.

Y por otro lado, ante la consulta (en las tres encuestas nacionales de juventud) sobre la característica más relevante que define la etapa juvenil, la opción «vivir grandes ideales» viene a la baja: 20% en 1994, 17% en 1997 y 8% en el 2000. Y a la inversa, viene en alza las características más relacionadas con etapa de decisiones y de aprendizajes, donde la opción de «decidir qué hacer en la vida», sube de 37% en 1994, al 41% en 1997 y al 45% en el 2000 (INJUV, 1999 y 2002). Es decir, es posible identificar en los jóvenes, no sólo de sectores populares, sino que a buena parte de sectores medios, con ganas de alcanzar un legítimo logro personal, pero que están conscientes y realistas de la dura tarea que ello implica, poniendo el énfasis muy marcado en que ese logro se alcanzará básicamente de acuerdo al desempeño y oportunidades que tengan en la completación de su ciclo de instrucción formal, que los lleve al más alto nivel de calificación y la mejoría en sus posibilidades de inserción laboral futura.

En la discusión sobre las perspectivas integracionales de la juventud chilena, en particular de quienes se encuentran con mayores desventajas sociales y en riesgo o situación de exclusión social, es preciso considerar los soportes institucionales que pueden favorecer dichos itinerarios juveniles, donde se conjugan dimensiones de orden individual o personal (y sus entornos cercanos) y estructurales o sistémicos (y sus entornos relacionales); los que van configurando diferentes tipos posibles de trayectorias y con grados diversos de riesgos en el tránsito por esos itinerarios (Bois-Reymond et al., 2002).

Por lo tanto, cada vez cobran mayor relevancia dos ejes principales y complementarios que debieran contribuir en este proceso: las construcciones biográficas de los propios jóvenes, con un fuerte apoyo y énfasis en la esfera familiar; y un conjunto de políticas desde la institucionalidad que sean concebidas como garantes y protectoras de estos trayectos juveniles, que en el caso chileno, más bien podemos hablar de un sistema de políticas sociales genéricas y específicas que van orientadas al sector juvenil, en ausencia de lo que podríamos denominar una política pública de juventud. La política social, que junto con abordar e intentar superar las condiciones de pobreza de ciertos sectores sociales, entenderlas desde el principio de integración e igualdad social (Dávila, 2002a).

La década de los ochenta en un sentido general puede ser concebida a nivel del ser y actuar de los jóvenes como una visión de juventud en torno y con un foco de juventud en sentido colectivo, con pretensiones desde la óptica sociopolítica de ser tratados y definidos a los jóvenes como actores sociales y protagonistas de los cambios necesarios de plasmarse, particularmente los ubicados en la esfera de la política global. Sumado a ello, las perspectivas de política pública que operaron con esa visión de juventud, se orientó hacia la superación y/o alivio de las condiciones estructurales y culturales que pesaban sobre estos jóvenes, en orden a generar políticas y programas encaminados a revertir crecientes procesos de exclusión social con los cuales convivían aquéllos. Esta visión genérica de los jóvenes más pobres y denominados colectivamente como juventud urbano popular y/o marginal, abrió un campo de debate teórico y conceptual sobre las implicancias que podría traer el mantenerse en esta situación: desde las visiones anómicas, las de desintegración o de exclusión social (cf. Espinoza et al., 2000). Sin embargo, estos enfoques conceptuales han conservado cierta permanencia en la discusión sobre juventud urbano popular, imprimiéndose énfasis y dimensiones diferentes a lo largo de las últimas dos décadas, compartiendo principalmente la utilidad del enfoque y con el paso del tiempo, tomando caminos más divergentes en cuanto a las implicancias de políticas y ofertas programáticas necesarias de adoptar.

Desde ese punto de vista, la noción y enfoque de exclusión social cobró y cobra vigencia para analizar determinados procesos en el mundo juvenil, entendida ésta desde un punto de vista relacional y no como una situación estática, es decir, existirían algunos mecanismos que provocan y acentúan procesos de exclusión, en particular al momento de analizar las condiciones juveniles. A mediados de la década de los ochenta, Martínez y Valenzuela, analizaron la juventud chilena en relación a la exclusión, señalando que «por exclusión se entiende el proceso de cambio estructural por el cual diversos conjuntos sociales, que en el pasado inmediato ocupaban de modo estable posiciones institucionalizadas del sistema social, o podían tener sólidas expectativas de incorporarse a él, son expulsadas de estas posiciones o ven persistentemente bloqueadas sus vías de acceso a ellas» (Martínez y Valenzuela, 1986:95).

Se ponía el acento en un cambio estructural, no una situación de orden coyuntural, principalmente relacionado con el desempeño de la economía y sus repercusiones en el empleo juvenil producto de

alguna crisis pasajera. También hacían la distinción de la exclusión como diferente de la *marginalidad ocupacional* como se entendió en los años sesenta, debido fundamentalmente a jóvenes migrantes de origen rural y baja escolaridad, por lo que veían dificultada su incorporación al mundo urbano. Por ello precisan este hecho en el término de *exclusión ocupacional*, teniendo ésta sus orígenes en la crisis industrial, con la reducción del empleo obrero y la reducción del empleo público. Sumaban a esta noción de exclusión, las dimensiones habitacionales en los jóvenes y su imposibilidad de generar procesos de autonomía e independencia; y otras dimensiones asociadas a la baja participación y organización social.

Por su parte y en términos más actuales, Tohá aporta cuatro elementos que hacen pertinente la utilización del enfoque de la exclusión social para analizar la problemática juvenil, que marcarían una diferencia respecto a los estudios sociales clásicos. En primer lugar, menciona el poder tratar temas como la estigmatización o la participación de los jóvenes como influyentes en las oportunidades de integración social de éstos; segundo, el hecho de aportar una mirada integral acerca de los jóvenes; tercero, puede ser útil para pensar políticas y programas que actúen sobre la situación global de los sujetos jóvenes; y cuarto, esta perspectiva resulta particularmente de utilidad para abordar la problemática juvenil, pues a partir de ella es posible analizar diversas variables que operan en el proceso llamado juventud (Tohá, 2000:244-246).

Desde esa perspectiva es posible afirmar, que precisamente en esta etapa del ciclo vital donde en mayor medida se juegan las oportunidades de concretar trayectorias exitosas o fallidas en el plano de la integración social de los jóvenes, más allá de las posibilidades de reversibilidad de algunas trayectorias fallidas, bajo la lógica de «políticas de segunda oportunidad». Pero en general, aquí radica en la mayoría de los casos las opciones, decisiones y resultantes de los cursos futuros que puedan tomar la condición juvenil en su integración y/o exclusión en la sociedad: «cuando termina la juventud, esos jóvenes ya están marcados: están dentro o están fuera» (Tohá, 2000:246).

Buena parte del diseño de política pública de juventud de la década de los noventa operó con esa visión de juventud urbana popular y su respectiva oferta programática dirigida en esa dirección, sobre todo con el objetivo de lo que podemos denominar de propiciar mayores niveles de integración estructural, dejando para luego lo concerniente a una integración de tipo cultural, que tendría una mayor cerca-

nía con la noción de ampliación de la ciudadanía juvenil. Pero ese cambio en el objetivo y foco de atención de la política de juventud se comienza a percibir en los finales de la década de los noventa, donde a su vez se funda en una revisión del diagnóstico y visión de juventud sobre el cual se habían construido las bases de la intervención programática hacia este nuevo tipo de jóvenes.

Ya la oferta programática, junto con mantener los mecanismos y programas tendientes a incrementar aquella integración estructural, principalmente por el lado de las políticas sectoriales, intenta avanzar por enfoques de ciudadanía, emprendimiento, capital social, participación juvenil comunitaria, vínculos sociales, redes sociales; donde se asume que el foco de la política pública de juventud se construye en torno a una imagen de «joven emprendedor» y bajo una lógica de acción mediatizada por determinados programas y proyectos (Fosis, 2002). Con ello, también nos hallamos ante la presencia de un tipo de juventud y jóvenes que no son concebidos como sus pares de la década pasada, sino que con un tipo de joven que cree y ha introyectado la dimensión individual del éxito y valora los canales clásicos de integración funcional, preferentemente el sistema educativo, como credenciales válidas de cumplimiento de aspiraciones en la vida adulta.

Y desde el punto de vista de la política pública de juventud, interesar también instalar y precisar el campo de análisis y la ubicación desde donde se mira el tema de las políticas de juventud, pues las premisas, objetivos, propósitos y desempeños de ellas varían, según se trate del tipo de organismo y su visión de este mundo juvenil. En estas coordenadas también es necesario la definición desde dónde se ubican los actores involucrados en el diseño y definición de las políticas de juventud, entendiendo que en este proceso concurren o debieran concurrir diferentes actores: agentes institucionales públicos de los diversos niveles de la administración estatal, centralizados y descentralizados; sectores juveniles articulados en expresiones múltiples, sectores de la sociedad civil y política, entre otros.

Por ello, uno de los puntos de conflicto al momento de establecer los diagnósticos —a partir de ciertos tipos de sujetos jóvenes y sus realidades— y diseño de políticas de juventud, han sido realizados desde las esferas gubernamentales y sus instituciones designadas para ello, por lo que más que políticas públicas o sociales de juventud, han sido concebidas como políticas gubernamentales dirigidas al sector de jóvenes. Es decir, se ha hecho un uso restrictivo de la noción de políticas públicas de juventud, homologando éstas a las políticas gubernamentales.

mentales, y no utilizando en un sentido amplio el concepto de «lo público», entendido como el espacio donde convergen el Estado, la sociedad civil y los sectores sociales con responsabilidad pública.

Sin duda que en este aspecto, suele constatarse la ausencia de los jóvenes y sus expresiones colectivas en el proceso o ciclo de vida de las políticas de juventud. Lo gubernamental ha inundado, copado y hegemonizado lo público, lo que ha llevado a que pareciera que en el actual estado de cosas, no habría otra forma de entender lo público. Por lo que se hace necesario preguntarse si se reconoce esa tensión y su posible diferenciación.

Situándose en el plano de las perspectivas y desafíos por donde puedan transitar las políticas de juventud, interesa plantear algunos elementos que vayan en esa dirección. Si convenimos que buena parte de lo que concebimos como políticas de juventud durante la década de los noventa, más bien correspondió a lo que podemos englobar como políticas de adolescencia y/o minoridad, donde normalmente se han contrapuesto ambas dimensiones; no lográndose perfilar como un campo específico y potente el de juventud; lo que nos lleva a considerar esta dimensión como un tema pendiente en orden a una precisión y desarrollo del campo de políticas de juventud. Se precisa adentrarse en la discusión sobre los propósitos que han de tener las políticas de juventud, donde a partir de una determinada noción de juventud, éstas han —por lo menos discursivamente— intentado constituirse como políticas de afirmación del sujeto joven, en sus dimensiones individuales y colectivas, y en la perspectiva de sujeto con capacidad de actoría social y política en un contexto de ciudadanía extendida o ampliada. Otras se han inclinado con mayor cercanía y con diferentes grados de resultados, hacia el plano de políticas y programas sociales dirigidos a jóvenes, básicamente bajo la modalidad de proveer ciertos beneficios, servicios y prestaciones sociales sectoriales tradicionales hacia jóvenes (Dávila, 2002b).

Finalmente y a modo de enunciación de interrogantes y problematizaciones por las cuales transitaremos, cabe plantearse sobre los impactos y visualizaciones con carácter evaluativo que poseen los jóvenes beneficiarios sobre las intervenciones programáticas en las cuales han participado, y si logran percibir y dimensionar estas lógicas, enfoques y metodologías que han inspirado el diseño de políticas públicas dirigidas a la juventud; como a su vez, el estado de avance que pudiesen experimentar las alternativas programáticas desarrolladas, particularmente en lo concerniente a dimensiones individuales y

colectivas de nuevas nociones en juego por la política social, que puedan propender a impactar positiva y constructivamente en el diseño de políticas de juventud y sus expresiones programáticas dirigidas a los jóvenes.

Capítulo 2

LA EVALUACIÓN E IMPACTO SUBJETIVO DE LAS INTERVENCIONES PROGRAMÁTICAS EN JUVENTUD SEGÚN LOS ACTORES

***Nociones de capital social
y políticas de juventud***

I. PRESENTACIÓN

NO OBSTANTE SER el capital social una noción teórica debatida y desarrollada ampliamente por las ciencias sociales y, a la vez, un paradigma o modelo para la definición y ejecución de política pública, su internalización en los dispositivos programáticos del Estado continúa siendo débil, cuando no inexistente. La aplicación de una entrevista semiestructurada a 15 diseñadores de programas asociados a política de juventud puso de manifiesto la gran heterogeneidad de percepciones existentes respecto de este tópico y, en consecuencia, develó las implicancias proyectivas que ello conlleva desde el punto de vista del desarrollo de una política social que se plantea asumir el capital social juvenil como un elemento clave en el despliegue de estrategias de emprendimiento.

II. FUNDAMENTOS CONCEPTUALES DE LOS PROGRAMAS

Una visión general de los programas analizados nos permite establecer que si bien el objeto de intervención específico —los jóvenes— es homogéneo, los rasgos particulares de cada uno de ellos contribuye a construir soportes aproximaciones teóricas y metodológicas significativamente distintas.

En una perspectiva muy amplia, el Programa de SERPAJ se funda en los conceptos de *cultura de la paz* y de *resolución de conflictos por la vía no violenta*. Por otra parte, la intención de los programas en términos de su focalización y localización es trabajar con

grupos vulnerables, es decir, grupos violentados sistémicamente (SERPAJ). En el marco conceptual de SERPAJ, se trata de fomentar, potenciar y fortalecer organizaciones juveniles vinculadas a su localidad, a objeto de desarrollar sus capacidades innovativas tanto en el plano asociativo como en el de la gestión de una economía alternativa. Es decir, crear y creer en una sociedad en la cual el desarrollo sustentable sea armonioso con el medio ambiente y, con el cooperativismo. La expectativa fundamental era que las organizaciones juveniles tuvieran la suficiente fortaleza para contribuir a un desarrollo comunitario y social, insertó en las redes locales. De la misma manera, en términos personales, el objetivo era que los jóvenes pudieran construir proyectos de vida más exitosos, de acuerdo a su cultura e identidad (SERPAJ).

Por su parte el Programa de la Vicaría de la Pastoral Social (VPS), se construye a partir de una constatación: la exclusión y la falta de oportunidades que afecta a los jóvenes populares. Este aspecto adquiere centralidad desde la perspectiva de la construcción de una economía social —o solidaria— que coloque el acento en la construcción de relaciones sociales de cooperación. El eje fundamental que articula esta propuesta es el desarrollo de las habilidades microempresariales de los beneficiarios del Programa VPS.

Las Escuelas de Rock son un programa iniciado en 1994, que apunta a generar condiciones materiales para que los jóvenes populares tengan la posibilidad de desarrollar sus iniciativas artístico-musicales (DOS). El objetivo contenido en la propuesta es *devolverle la dignidad* a los jóvenes de las poblaciones populares. En palabras del coordinador de la iniciativa:

La realidad te hace que los grupos de rock, los cabros que tocan sean medianamente estigmatizados como los vagos, los flojos, los drogadictos, los que no sirven para nada, los que no van a llegar a ninguna lado; sin embargo, ellos creen en sus sueños, son los únicos que creen en su sueño y nosotros también creemos en su sueño, entonces los dignificamos primero que nada, los paramos, decimos ¡compadre lo que ustedes están haciendo es tan valioso como lo que hace cualquiera otra persona en una actividad en la vida! Ahora lo que sí tienen que ser responsables con lo que hacen y llevarlo hacia algún lado (DOS).

El Programa Laboral de Gendarmería de Chile apunta a que un segmento de la población penal, específicamente la que disfruta del cumplimiento de penas en el medio libre, acceda a un conjunto de opciones que les permita capacitarse para el desempeño de un oficio y, por esta vía, producir las condiciones necesarias para la reinserción

social del sujeto (Gendarmería). Este Programa, en ejecución desde 1994, opera fundamentalmente con un sustrato de población penal de bajos ingresos, lo cual se explica por la estrecha vinculación entre la actividad delictiva y las condiciones socioeconómicas pauperizadas de quienes recurren a esta estrategia de subsistencia.

El programa se estructura en torno a tres componentes básicos: capacitación laboral —relacionada con la ausencia en los beneficiarios de procesos formativos completos y de hábitos de trabajo sistemáticos—, colocación laboral —asociada a la construcción de una red estable de empleadores— y préstamos en bienes de capital o materias primas —orientado a la generación de capacidades de emprendimiento— (Gendarmería). La coordinación del Programa Laboral de Gendarmería también considera que el principal efecto de su quehacer se encuentra en el ámbito del fortalecimiento de la autoestima del beneficiario. Son herramientas que le permiten al sujeto *salir del mundo del delito*. Dándole a conocer otra alternativa de resolución de sus precariedades (Gendarmería).

De la misma manera el Programa ejecutado por el SENCE, se planteaba desde sus comienzos —asociados al fortalecimiento del emprendimiento juvenil rural—, el generar condiciones crediticias favorables que le permitieran a los jóvenes desocupados, llevar a cabo iniciativas económicas que ayudaran a resolver precariedades extremas. A la vez, las ayudas crediticias se complementaban con apoyo técnico y asesoramientos formativo (SENCE).

La propuesta programática de Interjoven apunta a fortalecer el trabajo social con jóvenes de escasos recursos, en un intento por consolidar los diseños e intervenciones de los organismos públicos y privados que trabajan con jóvenes en el ámbito local. Se trata, en consecuencia, de proponer modelos de intervención innovadores, diferentes a aquellas acciones que realizan otros servicios de manera regular. Desde esta perspectiva los ejes centrales de la propuesta de Interjoven se centran en la integración de la cultura juvenil en la cultura escolar y en el empoderamiento de los jóvenes por la vía de la participación (Interjoven).

Las definiciones realizadas por el Programa Liceo Abierto a la Comunidad (Mineduc-LAC) se asientan en la evaluación del conflicto existente al interior de los liceos entre una cultura juvenil que busca espacios de desarrollo y una cultura escolar refractaria a la participación. A partir de ello el programa se plantea provocar transformaciones en las lógicas de funcionamiento de la cultura escolar a objeto de hacerla más permeable a la participación de los jóvenes. Ello supone

no sólo un mejoramiento en el clima educacional sino que, además, una transformación general de los quehaceres y sentidos pedagógicos de la práctica educativa (Mineduc-LAC).

Las problemáticas propias de la inclusión social juvenil se perfilan en el INJUV como el eje central del desarrollo de las diferentes líneas programáticas. En este punto el INJUV refiere el generar las condiciones necesarias que posibiliten la cooperación y la inserción de los sujetos en diferentes áreas de la sociedad, en particular, cultura, participación, salud, educación y empleo (INJUV).

Para el FOSIS el eje estratégico de trabajo se encuentra en la definición de mecanismos e intervenciones que contribuyan a superar la pobreza en el país. Desde esta perspectiva se comenzó a llevar a cabo, desde el año 2000, un proceso de agrupamiento de los programas asociados a dicha temática, a través de dos líneas de intervención: el financiamiento directo a grupos y organizaciones sociales y los servicios especializados, que corresponden a los trabajos de intermediación que hacen instituciones del tercer sector (ONGS) y organismos locales (municipios), en torno a temáticas y grupos específicos. Los dos principales ejes conceptuales que activan estas intervenciones son, la generación de autonomía de parte de los grupos que trabajan con el FOSIS y el fortalecimiento de las redes sociales en las cuales participan los sujetos (FOSIS).

Los ejes conceptuales sobre los cuales se asienta el programa Liceo para Todos del Mineduc (Mineduc-LPT) son: el fortalecimiento de la gestión educativa, el fortalecimiento de la gestión pedagógica y la búsqueda de mecanismos facilitadores de la incorporación de la cultura juvenil en la cultura escolar. Sobre este marco general descansa la línea programática en particular que tiene como objetivo prioritario el prevenir la deserción escolar. El concepto básico implícito en este programa es mejorar la oferta educativa para los estudiantes más pobres a objeto de propender a la equidad de los servicios educativos (Mineduc-LPT).

Los soportes teóricos que acompañan las definiciones realizadas por la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza (FNSP) apoyan los tres ejes programáticos que ejecutan, Servicio País, Adopta un Hermano, y Juventud, Ciudadanía y Políticas Públicas, los cuales se articulan en torno a tres dimensiones conceptuales: voluntariado y responsabilidad social; formación de una generación de jóvenes comprometidos por un país sin pobreza y desarrollo de la participación y la ciudadanía (FNSP).

Los beneficiarios del Programa de la Vicaría de Pastoral Social son fundamentalmente jóvenes que, previamente, habían tenido algún tipo de participación comunitaria, ya sea como voluntarios de iniciativas católicas, monitores de colonias urbanas, madres adolescentes, etc. El rango etario de los beneficiarios se encontraba entre los 18 y los 29 años. Mientras que las condiciones formales eran, que fueran hombres y mujeres —estas últimas se beneficiaban de una discriminación positiva—, con oficio y concurrir al programa con un planteamiento claro respecto del desarrollo de un proyecto económico. Se nuclearon en torno al Programa 64 jóvenes, los que recibieron un crédito subsidiado —el que a su vez formaba parte de un fondo rotatorio—, que les permitía iniciar las actividades microempresariales. En estos casos la variable ejercicio de un oficio, operaba como elemento fundamental en la concesión del crédito y, en consecuencia, en la incorporación del joven al programa (VPS).

Metodológicamente el Programa Escuelas de Rock consiste en montar una escuela a la cual concurren los jóvenes a postular, se lleva a cabo un proceso de selección que privilegia a quienes presentan menos condiciones de desarrollo y luego se implementan los diferentes niveles de capacitación requeridos durante un período de tres meses.¹ Los nexos con el espacio local, en el marco del proceso de captación de jóvenes, se realizan a través de los departamentos de cultura de los municipios o por medio de las juntas de vecinos. Se trabaja aproximadamente con 20 bandas por comunas lo que permite reunir cerca de 150 personas en torno a la iniciativa. La culminación del proceso la proporciona la audición final en la cual las bandas que completaron el proceso y que calificaron técnicamente graban un disco con los temas creados (DOS). De la misma manera se plantean la posibilidad de constituir redes locales de rock, que les permitan a los jóvenes asociarse en torno a demandas y objetivos específicos. De esta manera se aspira a constituir iniciativas capaces de gestionar recursos y consolidar espacios de desarrollo (DOS).

El Programa de Gendarmería se encuentra coordinado y supervisado técnicamente por el Departamento de Tratamiento de Medios Libres de Gendarmería y operado en terreno por los Centros de Reinserción Social (CRS). Su eje de trabajo son los cursos de capacitación laboral, los cuales son implementados por OTES especializadas.

1 Los cursos que se dictan en la Escuela son: guitarra, batería, bajo, voz, creatividad, composición lírica e historia del rock.

Una vez concluido el curso se intenta generar las condiciones para instalar laboralmente al beneficiario y, a dicho proceso, se le realiza un seguimiento (Gendarmería).

En el caso de SERPAJ, se creó un fondo de apoyo a iniciativas juveniles, regulado por un plan de trabajo relativo a emprendimiento elaborado por los propios jóvenes. Para ello se realizó, en cada una de las regiones en las cuales se encuentra presente SERPAJ, una escuela de formación y capacitación orientada por los ejes conceptuales descritos anteriormente, en los cuales descansa la propuesta de la institución. De esta manera se intentaba compatibilizar una línea de intervención focalizada en el emprendimiento económico, pero a la vez, pretendía abordar aspectos como la identidad cultural y el fortalecimiento del capital social local (SERPAJ).

En el diseño metodológico del Programa Liceo Abierto a la Comunidad el componente fundamental era la animación sociocultural, entendida como un proceso de fomento de la participación y de la asociatividad. Desde esa perspectiva el objetivo era rescatar el trabajo, y la conformación de grupos, que se plantearan intereses e ideas comunes. Para ello se asumió como iniciativa primordial el desarrollar una etapa de capacitación en animación sociocultural, que le permitiera a los jóvenes sistematizar sus experiencias locales de cara a su posterior ampliación y desarrollo (Mineduc-LAC).

El Programa del INJUV operó con base en el reconocimiento de dos áreas de inclusión laboral: el área de salida dependiente y el área de salida independiente. En la primera se acompañaba a los jóvenes en el proceso de integración laboral dependiente (capacitación), mientras que en el segundo se abrió un fondo concursable para la implementación de iniciativas independientes. Los tópicos específicos que guiaban la capacitación, si bien inicialmente eran comunes, luego se diversificaban en función de los cierres o destinos. Es decir, la empleabilidad aparecía como el elemento central en la capacitación dirigida a jóvenes trabajadores dependientes, mientras que la gestión se convertía en el principal núcleo formativo de los trabajadores independientes. El proceso de selección de los participantes se realizó a través de la aplicación de un cuestionario, en el cual se medía, básicamente, la actitud emprendedora (INJUV).

Para el INDAP el proceso de definición de una línea de trabajo con jóvenes, involucró una revisión de las áreas específicas en las cuales ello se podía implementar. Al efecto se levantó un catastro informativo nacional y se elaboró un instrumento de diagnóstico

—Proceso de Motivación y Convocatoria o el Proceso de Auto Validación— orientado a recoger las percepciones de los jóvenes rurales en torno a iniciativas microempresariales. Posteriormente se definieron las zonas (17) de intervención, las que comienzan a ejecutar los proyectos en el mes de junio de 2002 (INDAP).

Para el Fondart la dinámica de tratamiento de la temática jóvenes operó sobre la base de la creación de una línea de financiamiento específica para *grupos emergentes*. El objetivo era que los asignatarios de los fondos concursables en esta línea fueran capaces de formar alianzas que facilitaran la ejecución de sus proyectos y, a la vez, desarrollar capacidades de gestión cultural (Fondart).

III. EVALUACIÓN DEL DISEÑO GENERAL DEL PROGRAMA

Las principales fortalezas establecidas en el Programa de la Vicaría de la Pastoral Social, se relacionan con la interlocución lograda entre los beneficiarios del programa y los profesionales y monitores del mismo. El trato personalizado y la valoración del otro aparecen como un soporte fundamental de la ejecución. Por otra parte se destaca la existencia de estrategias de colaboración con instituciones derivadoras de jóvenes en situación de riesgo social y, por último, señalan la implementación de jornadas de capacitación dirigidas a la habilitación microeconómica de los jóvenes (VPS).

A su vez, entre las fortalezas que se reconocen en el Programa Escuelas de Rock se encuentran la dignificación del joven rockero popular y la descentralización de la iniciativa, a objeto de que ésta no se nucleee exclusivamente en Santiago (DOS).

Por su parte el programa implementado por Gendarmería de Chile, si bien parte reconociendo que no se puede concebir como un cambio radical en la condición de los beneficiarios, sí establece que el mismo ha permitido a éstos verificar un lento proceso de movilidad social ascendente, el cual se expresa en un leve incremento de sus ingresos. De la misma manera se destaca, al igual que en otros programas, que éste ha facilitado el *mejoramiento de la autoestima* en los involucrados. A juicio de su coordinador, el programa, *es una instancia de valoración y una fortaleza* (Gendarmería).

Los aciertos o fortalezas del Programa de SERPAJ, discurren por cuatro vías. Por una parte, tener una mirada sinóptica de carácter programático frente a un sin número de proyectos de distintas fuentes de financiamiento y por consiguiente la capacidad de darle coherencia in-

terna a esos proyectos; segundo, haber seducido con la temática de la no violencia como mecanismo constructor de sociedad; en tercer lugar, la posibilidad de acompañar procesos donde los jóvenes se plantean y ejecutan caminos reales de emprendimiento; por último, probar un modelo de intervención que ha mostrado resultados exitosos (SERPAJ).

Para el programa ejecutado por Interjoven las principales fortalezas se sitúan en las potencialidades del mismo para hacerse significativa para los jóvenes. La posibilidad de abrir espacios al despliegue de sus iniciativas y la confianza depositada en ellos aparece como el principal logro del programa. De la misma manera, la capacidad de empoderamiento adquirida por los jóvenes en el diseño y gestión de sus proyectos aparece como una potencia desarrollada en el proceso (Interjoven).

Los tres niveles de fortalezas reconocidos por el INDAP se relacionan con la entrega de confianza a los jóvenes para que definieran sus proyectos, la diversificación e innovación que imprimieron los jóvenes a sus proyectos productivos y el reconocimiento social alcanzado al interior de su comunidad (INDAP).

En el caso del FOSIS, las fortalezas aparecen asociadas a la capacidad de su línea programática de flexibilizarse frente a los requerimientos o escenarios sugeridos por los demás servicios públicos con los cuales interlocuta en temáticas afines. De la misma manera, se plantea como una fortaleza la amplitud temática que es posible abordar, de acuerdo con el criterio de flexibilidad antes aludido (FOSIS).

Las principales fortalezas instaladas en el Programa Liceo Para Todos, se relacionan con la construcción (gradual) de un liceo que se muestra capaz de reconocer y acoger las especificidades del mundo juvenil contemporáneo y con el inicio de un proceso de transformación de la práctica de enseñanza y aprendizaje (Mineduc-LPT).

Desde una perspectiva diferente, la debilidad más notoria que se reconoce en el Programa de la Vicaría de la Pastoral Social tiene que ver con la carencia de mecanismos que permitan establecer si tras la ejecución del programa los beneficiarios estarán en condiciones de pagar el crédito y, de esta manera, retornar los recursos que se requieren para la rotación del programa. Por otra parte, normalmente, el incumplimiento del compromiso de cancelación del crédito deviene en el alejamiento del sujeto del programa, con lo cual las experiencias acumuladas en el mismo se diluyen. También señalan la presencia de una mentalidad y una conducta individualista que impide el adecuado despliegue de relaciones solidarias (VPS).

Por su parte, entre las debilidades que se asumen en las Escuelas de Rock se encuentra la brevedad del período de capacitación formal que desarrollan los alumnos (DOS).

El equipo de SERPAJ reconoce como las principales debilidades de su programa, el que no se trabaja con los jóvenes más vulnerables, sino que más bien con jóvenes con experiencia en trabajo comunitario. En segundo lugar, constatan que los grupos de trabajo no logran crear mecanismos eficientes de vinculación a nivel local y, por último, la imposibilidad institucional de darle continuidad a los procesos y la obligatoriedad de derivarlos a instituciones estatales (SERPAJ).

Las debilidades constatadas en el Programa de Laboral de Gendarmería tienen que ver con diferentes aspectos: aquellos estrictamente programáticos, como el débil impacto de la capacitación laboral en los beneficiarios, su escasa operativización práctica y la falta de uniformidad en la ejecución de los mismos; y otros aspectos asociados a la estructura administrativa del servicio, como la burocratización de las resoluciones vinculadas a los beneficiarios y la escasez de recursos materiales; y por último, están aquellos que se vinculan a las características de la actual población penal, es decir, su incremento exponencial como consecuencia de una mayor demanda de penalización por parte de algunos grupos de poder y los mayores niveles de violencia asociados a la comisión de delitos (Gendarmería).

Las dificultades enfrentadas por el programa implementado en algunos liceos del país por Interjoven, surgieron de las resistencias iniciales presentadas por los docentes a la gestión administrativa que se demandaba de los jóvenes. La falta de confianza en los jóvenes por parte de sus maestros colocaba al programa en una situación de inviabilización que tensionaba las relaciones (Interjoven).

Una de las debilidades que presentó el Programa del INJUV, fue el choque que se produce entre la orientación asociativista contenida en la propuesta de trabajo institucional, y la respuesta más bien individualista con la cual los jóvenes intentan llevar a cabo sus emprendimientos microeconómicos. Es decir, mientras los jóvenes intentan recabar recursos que les permitan montar y desarrollar de manera individual sus proyectos, los organismos públicos postulan un asociativismo que es resistido (INJUV).

El FOSIS argumenta como principal debilidad el que no siempre cuenta con la información suficiente para diseñar su estrategia de intervención, en áreas atingentes al proceso de construcción y consolidación de capital social. Al respecto señalan que la información pro-

porcionada por los agentes intermediadores —particularmente las ONGS— o no es de calidad o no llega de manera oportuna (FOSIS).

En el caso del Fondart las debilidades aparecen asociadas a carencia de recursos suficientes para financiar actividades de calidad. En consecuencia, los problemas son definidos como *déficit de cobertura* (Fondart).

Los nudos que tensionan el Programa de la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, se sitúan en tres dimensiones. Por una parte la movilización de jóvenes en torno al voluntariado y el trabajo misional, respecto de requerimientos inmediatos de resolución de problemas que plantean las comunidades beneficiadas. En segundo lugar, diseñar estrategias de continuidad que permitan que los compromisos asumidos por los jóvenes profesionales se extiendan en el tiempo. Por último, la segmentación social existente en los programas, que privilegia a la élite juvenil universitaria, pero no contempla a otros sectores sociales que eventualmente también estarían en condiciones de contribuir a las estrategias de enfrentamiento y superación de la pobreza (FNPS).

IV. NOCIÓN DE CAPITAL SOCIAL Y ESTRATEGIAS DE EMPRENDIMIENTO JUVENIL

Para el equipo de la Vicaría de la Pastoral Social el concepto de capital social se encuentra asociado a la concesión de confianza. Es decir, se le entregan a los jóvenes recursos materiales y económicos a objeto de que lleven a cabo un proyecto microempresarial definido por ellos mismos (VPS).

En el caso del Programa Escuelas de Rock, el concepto de capital social carece de un sustrato teórico previamente desarrollado. Más bien aparece asociado a un estado de bienestar interno surgido del hecho de ser reconocidos como músicos. El resultado del proceso sería, entonces, alcanzar un mayor nivel de optimismo respecto de la viabilidad de una estrategia de desarrollo personal y colectiva sustentado en la práctica musical (DOS).

Tampoco en el caso de Interjoven la conceptualización aparece directamente asociada a las definiciones originales del programa, no obstante se sostiene que las dinámicas implícitas en el mismo permitieron desarrollar los contenidos de este supuesto. Así, la participación juvenil y la apertura del liceo a la comunidad aparecen como los aspectos más relevantes de un proceso que se orienta a la construcción de capital social (Interjoven).

Por el contrario, para el Mineduc, la noción de capital social se vincula con las identidades culturales. Es decir, se funda en el reconocimiento de los valores que los sujetos construyen y de los cuales se apropian colectivamente. De esta manera, la historia socialmente construida se convierte en un aspecto clave en el potenciamiento del capital social de los sujetos y sus entornos sociales (Mineduc-LAC).

La inclusión social como variable conceptual fundamental en el Programa del INJUV, encuentra en el ámbito del empleo su nicho fundamental. En este caso la línea programática debe fortalecer las capacidades e iniciativas que apuntan a favorecer el despliegue de las iniciativas juveniles, tanto desde la perspectiva de la búsqueda de trabajo (capacitación) como en función de la implementación de una actividad independiente (proactividad) (INJUV).

Fortalecer las iniciativas y las capacidades de los jóvenes, en torno a un proyecto productivo, que a su vez les permita insertarse socialmente e interlocutar con los poderes locales, se perfila como el eje conceptual que define la capitalización social de los jóvenes rurales (INDAP).

Para el FOSIS los elementos que concurren a la incorporación del concepto de capital social se encuentran en el fundamento de esta institución pública. Por una parte, visualizar a la comunidad como agente activo de un proceso de cambio social y, en consecuencia, no como mero depositario de las políticas sociales del Estado. Por otro lado, la detección de las redes que la propia comunidad ya ha construido a objeto de pensionarlas en función de la consecución de un objetivo (FOSIS).

En el Programa Liceo Para Todos no existía una definición explícita de capital social. No obstante estaba presente la necesidad de reconocer que los procesos formativos se producen en contextos en los cuales operan redes sociales. De tal manera que un proceso de capitalización social pasaba necesariamente por modificar las estructuras de funcionamiento del sistema escolar, de cara al reconocimiento de las sociabilidades juveniles (Mineduc-LPT).

De la misma manera la coordinación del Fondart asume que dicha institución no ha desarrollado una conceptualización explícita de capital social. No obstante manifiestan que éste aparece vinculado a los procesos de *capacitación-formación* que ellos desarrollan y, en consecuencia, a la cadena productiva de bienes culturales y a los circuitos de comercialización de los mismos, que los jóvenes beneficiarios son capaces de implementar (Fondart).

En el caso de la Vicaría de la Pastoral Social, los recursos específicos que se despliegan para la ejecución de la acción emprendedora son de tres tipos: por una parte, la entrega de los recursos económicos necesarios para la implementación del proyecto; por otra, la capacitación de los jóvenes en el área de la gestión microempresarial; y el potenciamiento de la relación entre el beneficiario y el espacio local de origen (VPS).

En este sentido, determinar la capacidad emprendedora de los jóvenes se convierte en un requerimiento importante tanto para el diseño como para la ejecución y seguimiento del programa. Un aspecto clave en este diagnóstico lo aporta la conceptualización cotidiana de *busquilla*, es decir, aquel joven que de manera permanente y sistemática define y adopta estrategias tendientes a enfrentar y resolver sus precariedades materiales (VPS).

Uno de los aspectos más distintivos del proceso de capitalización susceptible de reconocer en los establecimientos educacionales es el de la asociatividad juvenil. Efectivamente, al interior de los liceos se produce la convocatoria natural de miles de jóvenes que concurren hasta los liceos con experiencias culturales específicas las que buscan espacios de reproducción. Estas prácticas culturales constituyen el acervo más relevante de la cultura juvenil y, junto con ello, en la base de proyección del asociacionismo escolar (Mineduc-LPT).

En el caso del Fondart establecen que, dadas las especificidades de los programas que ellos administran, los postulantes que presentan iniciativas de carácter artístico-cultural poseen los rasgos de un *emprendedor nato*. Es decir, se trata de sujetos que han definido un proyecto de vida en el cual el despliegue de las capacidades emprendedoras constituye un aspecto consustancial (Fondart).

La lógica de intervención del programa diseñado por la Vicaría de la Pastoral Social, supone la existencia en el mundo juvenil popular de amplias capacidades y potencialidades para el desarrollo de emprendimientos microempresariales. La constitución del Centro y la demanda generada en torno al mismo serían un indicador de ello. En este sentido el capital social estaría asociado, especialmente, a la disposición de los jóvenes para llevar a cabo iniciativas microeconómicas. En este sentido, el rol del Centro es, básicamente, de transferencias de recursos y de acompañamiento en el proceso de capacitación técnica (VPS).

El Programa de Gendarmería tampoco realiza una definición taxativa respecto de la relación entre capital social y programa. Su

opción es eminentemente operativa, es decir, generar ciertas condiciones materiales a objeto que los sujetos logren desplegar ciertas capacidades de gestión que les permitan reconocerse como creadores. Ello, incluso, se ha traducido en que algunos de los beneficiarios del Programa de Gendarmería desarrollen un empleo remunerado durante una jornada laboral y, luego, lleven a cabo iniciativas microempresariales en su tiempo libre (*pololitos*) (Gendarmería).

En el caso del SENCE, institución en la cual se desconocía el concepto de capital social, lo cual obligaba a realizar una aproximación intuitiva al mismo. De ella surge una imagen eminentemente receptiva del sujeto (*capital semilla*), que reacciona frente a la concesión de los créditos. Sólo se le supone —por el hecho de haberse incorporado al programa— una disposición más favorable al trabajo independiente, en consecuencia, una mayor voluntad emprendedora (SENCE).

En el diseño elaborado por SERPAJ, la conceptualización sobre capital social se sustenta en una crítica al modelo *oficial* tomado de las orientaciones de los organismos financieros multilaterales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo). A partir de ello se plantea la alternativa de una definición de capital social sustentado en las *fuerzas vitales*, fundadas en las experiencias comunitarias, que existen al interior de las personas y de las organizaciones (SERPAJ).

Para la Fundación para la Superación de la Pobreza el eje conceptual básico asociado a capital social es el cultura de la solidaridad. En este contexto el objetivo es movilizar las capacidades y potencialidades de los propios sectores pauperizados (participativas y organizativas) para revertir las condiciones de precariedad (FNSP).

Para la Vicaría de la Pastoral Social, la potencia fundamental del programa se encontraría en los propios jóvenes, ya que éstos, con su disposición a enfrentar desafíos microempresariales estaría rompiendo el circuito de la pobreza en la cual se han socializado (VPS).

No obstante lo anterior el equipo de la Vicaría, señala que las prácticas relacionales habituales entre estos jóvenes y la institucionalidad social ha operado en la lógica del subsidio, con lo cual la imposición de una relación fundada en la confianza y el en el crédito es difícil de desarrollar exitosamente en el corto plazo (VPS). Problemáticas de carácter psicosocial, como la violencia intrafamiliar, la drogadicción, la delincuencia y las discriminaciones de género, también se configuran como obstáculos importantes al momento de permear una

comunidad y recabar las confianzas necesarias para la ejecución de las iniciativas microempresariales (VPS).

Para el Programa Escuelas de Rock, la evaluación general es positiva. No obstante las falencias que el programa presenta desde el punto de vista de los recursos materiales existentes, se ha logrado construir una memoria sónica y desarrollar proyectos de bandas rockeras con fuerte arraigo local. Incluso, en algunos casos, con proyección nacional. Lo más relevante, en ese sentido, es el grado de reconocimiento alcanzado por las bandas en el medio local. Los jóvenes son reconocidos por su comunidad como agentes activos de creación cultural (DOS).

La preocupación fundamental de la Fundación para la Superación de la Pobreza, es fortalecer los factores protectores relativos a la condición cultural y social de los más pobres, especialmente aquellos que se construyen al interior de la familia. Ello parte del supuesto de la comunidad y las personas que la constituyen el factor decisivo para la tarea de la superación de la pobreza. Es decir, que más allá de los recursos materiales de que dispone una comunidad, son sus capacidades y recursos culturales los que revierten los problemas estructurales (FNSP).

V. CONCLUSIONES

No obstante la relevancia que en los últimos años adquiere la noción de capital social en las disquisiciones teóricas de carácter académico y en la construcción de soportes para la política pública en diferentes lugares del mundo, la instalación en Chile, y en particular al interior de la política pública, dicha conceptualización aparece como lejana y no considerada de manera explícita en sus formulaciones. Este aspecto constituye un problema no menor, por cuanto una de las iniciativas estratégicas de la política pública actualmente se relaciona con el protagonismo activo de sujetos y comunidades en la resolución de los problemas de inequidad y exclusión que afectan a un contingente importante de la población. Desde esta perspectiva, el impulso de iniciativas que fortalecen el acumulado de capital social, individual y colectivo, y privilegian iniciativas de emprendimiento, debiera contar con soportes conceptuales y diseños metodológicos de mayor consistencia.

La ambigüedad de los marcos conceptuales utilizados, en el caso específico de los diseños programáticos que involucran a jóve-

nes, se convierte en factor decisivo para explicar la multiplicidad de percepciones con las cuales los diseñadores se sitúan frente a modelos teóricos como el de capital social. Esto, si bien desde una perspectiva reflexiva puede constituir una potencia, en la medida que permite resignificar el conocimiento acumulado, en la elaboración específica de las líneas programáticas analizadas, se convierte en un importante obstáculo para la sistematización de la intervención social. En este sentido es necesario destacar que si bien el sujeto de la intervención social —los jóvenes y particularmente los jóvenes de escasos recursos— aparece claramente identificado, las variables específicas que recrean las nociones teóricas, los modelos metodológicos y los objetivos programáticos, pierden absoluta nitidez.

No resulta sorprendente, en consecuencia, que los programas estudiados, en la dimensión del fortalecimiento de los activos sociales, discurren por senderos absolutamente disímiles. Así, aparece asociado a capital social, desde la construcción de una cultura para la paz, en el marco de un esfuerzo por humanizar las relaciones sociales, hasta los programas institucionales de ayuda crediticia, dirigidos al fortalecimiento de iniciativas microempresariales. Desde esta perspectiva la noción de capital social —no obstante las precisiones conceptuales alcanzadas al respecto por las ciencias sociales—, se convierte en un «cajón de sastre» al cual se recurre para improvisar diseños de intervención social.

En este contexto, la activación de los recursos sociales y culturales de los colectivos comunitarios, el fortalecimiento de las identidades locales, la promoción de las redes de sociabilidad, el incentivo y despliegue de los dispositivos de recreación del conocimiento social, se diluyen. Las evaluaciones, en consecuencia tienden a relevar exclusivamente aquellas situaciones marginales, especialmente de índole individual, que surgen de la aplicación de programas que tienden fuertemente a la focalización. En primer lugar, aspectos que remiten especialmente a condiciones de carácter subjetivo, como el fortalecimiento del autoestima de los jóvenes participantes, lo que a su vez refiere a dos situaciones: por una parte, a los diferentes niveles de legitimidad que adquieren las experiencias que desarrollan en el seno de sus comunidades de origen y, por la otra, a la autovaloración positiva que realizan de sí mismos. La dignificación del joven ante sí y ante la comunidad, en consecuencia, como el valor de cambio fundamental del proceso de capitalización. En segundo lugar, a la calidad de las interlocuciones alcanzadas, fenómeno que pondría de manifiesto

las destrezas adquiridas por los jóvenes en el plano de la relación con otros y, en particular, con las dinámicas de sociabilización.

De esta manera, las temáticas atinentes a integración social, construidas sobre la base del fortalecimiento de las capacidades individuales y colectivas de los jóvenes, quedan expuestas a la libre interpretación de los ejecutores, los cuales —en cuanto tributarios de los diseños generales—, despliegan iniciativas minimalistas (*Paradigma Bonsai*), de escasa repercusión en las comunidades locales. Es más, en muchos casos la implementación de los programas se asienta en una base social restrictiva, con lo cual no llega a quienes originalmente se encuentra destinada. Lo anterior conlleva a una contradicción fundamental, por cuanto la política social —en sus definiciones más amplias— se propone resolver problemas estructurales, como la superación de la pobreza y la resolución de las exclusiones, en función de una meta estratégica: alcanzar la condición de país desarrollado en el año 2010, Bicentenario de la República.

Además, es necesario destacar que en la mayoría de los casos estudiados, los programas y proyectos se orientan de manera sistemática al desarrollo de iniciativas económicas que fortalecen exclusivamente el emprendimiento individual, en detrimento de las lógicas de construcción asociativa y capitalización colectiva. Ello sin tomar en consideración que el espacio local aparece como una potencia susceptible de ser encuadrado como el ámbito idóneo para tensar los esfuerzos que permitan efectivamente llevar a cabo programas de fortalecimiento del capital social, tanto en el plano de lo sociocultural, como en iniciativas de carácter microeconómico. Es a través del reconocimiento de la comunidad como espacio activo en la cual se fortalece la identidad y se definen estrategias de crecimiento colectivo, que se puede, efectivamente, recrear diseños programáticos que impacten en la capitalización de sujetos y grupos sociales.

***Evaluación de proyectos
y emprendimiento juvenil***

I. PRESENTACIÓN

EN EL PRESENTE apartado nos proponemos analizar los principales resultados de las entrevistas realizadas a 30 ejecutores de proyectos de las líneas programáticas evaluadas en este estudio. Los ejecutores de proyectos fueron entrevistados a partir de una pauta semi-estructurada en la cual se exploraba la evaluación general que tenían del proyecto, la percepción que elaboraban de los jóvenes beneficiarios, y el lugar que le atribuían a este tipo de proyectos en el proceso de mejoramiento de las capacidades emprendedoras de los jóvenes. Las respuestas de los entrevistados fueron grabadas en cintas magnetofónicas y posteriormente sometidas a un análisis a través de tres fases principales.

En la primera fase, la información proveniente de las entrevistas fue sistematizada en un sistema de fichas sumarias, las cuales se propusieron el objetivo de organizar los principales contenidos de las respuestas de los entrevistados sobre la base de cinco ejes de análisis. Los ejes considerados para esta etapa de sistematización son los siguientes: i) *Contexto del proyecto*: se refiere a la información general sobre la situación institucional, antecedentes históricos y la fundamentación conceptual del proyecto. ii) *Esquema del proyecto*: se refiere a la información sobre las características específicas de la operación del proyecto al nivel de sus principales fases y etapas, tipo de actividades y metodologías implementadas en su ejecución directa con los jóvenes. iii) *Seguimiento del proyecto*: se refiere tanto a la informa-

ción sobre procedimientos concretos para monitorear la sustentabilidad que tienen en el tiempo los principales logros del proyecto, como a la información sobre procedimientos de evaluación de las dificultades del proceso mismo de ejecución del proyecto. iv) *Evaluación del proyecto*: se refiere a la información sobre el nivel de logro de los objetivos generales y específicos del proyecto, el nivel de compromiso y participación de los jóvenes con las actividades del proyecto y el nivel de impacto subjetivo que tendría la ejecución del proyecto en la percepción que los jóvenes tienen sobre la temática en la cual se centraba la intervención. v) *Relación con emprendimiento*: se refiere a la información sobre el impacto que podría tener la ejecución del proyecto sobre las competencias o habilidades emprendedoras de los jóvenes beneficiarios, entendiendo estas habilidades como aquellas que resultan críticas para la proyección y ejecución de actividades innovadoras en el medio productivo y/o cultural.

Una vez realizada esta primera etapa de sistematización, la información procesada se sometió a una segunda fase de análisis, en la cual se agruparon los proyectos según el tipo de capacidades emprendedoras que se proponían intervenir, con tal de explorar algunas características generalizables a los distintos proyectos incluidos en la tipología. Las categorías de proyectos utilizadas en esta etapa fueron las siguientes: i) *Proyectos productivos*: se refiere a aquellos proyectos que se proponen capacitar a los jóvenes en las habilidades y conocimientos vinculados a una experiencia de emprendimiento laboral exitosa. Entre ellos consideramos: Programa de Capacitación para el Trabajo Independiente SENCE, Programa Servicio Rural Joven INDAP, Programa de Capacitación para el Emprendimiento Laboral Juvenil INJUV, Programa de Microemprendimientos Juveniles Vicaría de Pastoral Social, Programa de Reinserción Social de Gendarmería. ii) *Proyectos culturales/comunitarios*: se refiere a aquellos proyectos que se proponen formar a los jóvenes para el desarrollo de iniciativas innovadoras en el terreno de la asociatividad, la expresión y la organización social. Entre ellos consideramos: Programa Ciudadanía y Gestión Local de la FNSP, Programa Desarrollo Social FOSIS, Programa Mujer y Territorio Prodemu, Oficinas Municipales de la Juventud, Escuelas de Rock, Proyectos Fondart. En este mismo grupo de proyectos consideramos también a los proyectos escolares como el Programa ACLES y Liceo Abierto a la Comunidad, ambos proyectos más vinculados al fomento del liceo como un espacio significativo para el desarrollo, expresión, y organización de los jóvenes y la comunidad escolar y local.

En la tercera fase, la información fue analizada con el objetivo de establecer los puntos críticos de los relatos, de modo de establecer algunas líneas de conclusión sobre lo que los ejecutores proponen en torno a la ejecución de esos proyectos, y sobre la relación que tienen éstos con la promoción de las habilidades emprendedoras. Para ello, se establecieron los factores comunes al interior de cada tipo de programa, al mismo tiempo que se pesquisarón los elementos críticos que explicaban algunas de las diferencias entre los proyectos.

Durante el desarrollo de este plan de análisis han emergido diversas imágenes sobre los proyectos estudiados, los jóvenes beneficiarios y el proceso de evaluación, permitiéndonos distinguir algunas líneas de análisis sobre el tipo de relación que establecen entre estas dimensiones y el emprendimiento los ejecutores de proyectos.

A continuación presentamos los principales resultados de este plan de análisis, desarrollando en primer lugar, los resultados específicos según tipo de proyecto analizado, para posteriormente describir a modo de conclusión algunos aspectos generalizables a todas las entrevistas.

II. LA EVALUACIÓN DE LOS EJECUTORES DE LOS PROYECTOS PRODUCTIVOS

A partir de los relatos de los ejecutores de los proyectos productivos considerados, nos proponemos analizar tres aspectos fundamentales de sus opiniones: i) la estructura general que caracteriza a este tipo de proyectos, ii) la evaluación general y específica sobre sus logros, y iii), la relación que establecen los ejecutores entre este tipo de proyectos y las habilidades emprendedoras.

1. La estructura general de los proyectos

La estructura básica de los proyectos productivos se organiza en torno a la capacitación en las habilidades necesarias para el trabajo. En su esquema general, se consideran dos componentes fundamentales, que si bien no se reconocen en todos los proyectos productivos considerados, sí pueden ser considerados como los elementos básicos de la racionalidad de este tipo de proyectos, a saber: una capacitación en las habilidades de formulación y administración de proyectos, y una capacitación en las habilidades personales de gestión de sí mismo.

El primer componente responde a un conjunto de módulos destinados a la capacitación de los jóvenes en un abanico de habilidades involucradas en la evaluación, planificación y administración de una idea de negocio, contemplando conocimientos para evaluar la factibilidad y sustentabilidad de una idea, conocimientos para la administración financiera de una iniciativa a través de contenidos como contabilidad, comercialización y gestión; y las habilidades de planificación e inversión de las potenciales ganancias de un negocio en ejecución.

El segundo componente responde a un conjunto de habilidades, que si bien aparecen en forma a-sistemática en los distintos proyectos, se proponen la habilitación de los jóvenes beneficiarios en un conjunto de competencias personales e interpersonales que aparecen como requisitos fundamentales para llevar a cabo con éxito los proyectos productivos de esta naturaleza. En este ámbito encontramos módulos destinados a la mejora de la confianza en sí mismo, la mejora de la autoestima y la habilitación en destrezas comunicativas y de integración interpersonal.

Metodológicamente, todos los proyectos productivos están articulados en torno a la estrategia de los fondos concursables. Esta modalidad de trabajo implica la organización y capacitación de grupos de jóvenes para que desarrollen sus iniciativas productivas a través del formato proyecto, transfiriéndoles recursos y asesoría técnica a partir de una evaluación de la viabilidad de cada iniciativa. Los montos que manejan los proyectos son variables, como también los son, las modalidades de acompañamiento implementadas durante la ejecución real de las iniciativas de los jóvenes. La variabilidad en los montos y las modalidades de acompañamiento aparecen como los elementos críticos a la hora de explicarnos las diferencias existentes entre experiencias más y menos exitosas.

Las actividades implementadas en los diferentes proyectos resultan casi estándar, destacando especialmente las clases expositivas, los trabajos en grupos a través de fichas, los pasos de aplicación y las prácticas en el terreno del trabajo real. En ninguno de los proyectos existe un trabajo personalizado con los beneficiarios de la capacitación, más bien, en la mayoría de estas experiencias se privilegia una modalidad de trabajo grupal como esquema de funcionamiento cotidiano.

Finalmente, las estrategias implementadas para desarrollar el seguimiento de los proyectos son absolutamente disímiles, encontrán-

dose proyectos con sistemas de reporte muy complejos y otros que operan con una absoluta inexistencia de un sistema de seguimiento formal. Por ejemplo, los proyectos de INDAP, probablemente por las características de su diseño consideraban un certero sistema de seguimiento de los resultados en el tiempo, por el contrario, los proyectos de emprendimiento del INJUV constituyen experiencias mal sistematizadas y con un casi nulo registro del seguimiento de los grupos beneficiarios, caso que resulta especialmente relevante ya que constituye uno de los tipos de proyectos que más recursos manejan entre la selección considerada.²

El tema del seguimiento aparece como relevante en este análisis, ya que para los ejecutores entrevistados, los proyectos constituyen experiencias complejas que no pueden ser evaluadas de manera lineal y homogénea, sino que más bien, requieren para su adecuada comprensión de una perspectiva de sistematización capaz de analizar simultáneamente sus avances y retrocesos sin calificar esto como una mera contradicción. Efectivamente, en la mayoría de las entrevistas se pueden encontrar una serie de valoraciones que indican que los logros de los proyectos son parciales y/o incompletos, ya que por ejemplo, se pueden producir al interior de un mismo proyecto, avances en el nivel personal pero no en el colectivo, o lograr avances en la capacitación teórica pero no en los trabajos prácticos, o lograr sensibilizar a los jóvenes para una reinserción laboral pero sin lograr involucrar a las fuentes laborales para que se constituyan en espacios de recepción de jóvenes capacitados.

2. Evaluación de los proyectos

Para una adecuada comprensión de la evaluación que elaboraban los ejecutores de los proyectos productivos se requieren distinguir algunos aspectos diferentes relativos a los logros económicos de los proyectos, y a las implicaciones generales de la participación de los jóvenes en este tipo de experiencias.

En el ámbito económico, la evaluación de los ejecutores nos sugiere que los logros y el impacto económico de los proyectos son

2 Los proyectos INDAP «Programa Servicio Rural Joven» analizados fueron los que se ejecutan en Chicolco y Portezuelo; y los proyectos INJUV «Programa de capacitación para el emprendimiento laboral juvenil» fueron los ejecutados en Arica, Valparaíso y Temuco.

parciales y poco sustentables en el tiempo. En varios casos, los proyectos son evaluados por los ejecutores como apoyos anecdóticos que no logran afectar el nivel de desintegración económica de los jóvenes que habitan localidades pobres, aisladas o atrasadas.³ Esta evaluación negativa de los ejecutores se fundamenta en al menos dos problemas críticos en las intervenciones, a saber: por un lado, las dificultades para integrar a los jóvenes en el formato de los proyectos económicos sustentables; y por otro lado, los bajos montos de los subsidios y los créditos otorgados a las iniciativas de los jóvenes.

El primer problema tiene que ver con las dificultades que implica para los jóvenes beneficiarios el organizar sus ideas e iniciativas en el formato de los proyectos, constituyéndose este instrumento en una herramienta extraña y poco amigable para el lenguaje cotidiano de la mayoría de los jóvenes. Para los ejecutores, el formato proyecto requiere una serie de habilidades e insumos que no siempre resultan transferibles a través de una capacitación, de modo que muchos de los jóvenes beneficiarios de este tipo de proyectos aparecen como sujetos con un déficit permanente para asumir con éxito una planificación de sus actividades y logros. A esto se deben sumar las dificultades metodológicas que presentan los materiales de apoyo utilizados para la capacitación en la formulación de los proyectos, los cuales aparecen para muchos ejecutores como unos materiales desfasados con respecto a las necesidades y trayectorias vitales de los jóvenes beneficiarios.

El segundo problema tiene que ver con las dificultades económicas implicadas en el desarrollo y ejecución de una iniciativa productiva juvenil. Desde la perspectiva de los ejecutores, los montos de los subsidios y los créditos entregados a los jóvenes no resultan del todo suficientes, exponiendo a los grupos juveniles beneficiarios a la descapitalización y el fracaso. Las dificultades económicas de los beneficiarios de estos proyectos constituyen condiciones muy precarias para el desarrollo de una idea productiva, al someter a los jóvenes a una gran inestabilidad que hace poco sustentable las iniciativas en el tiempo, impidiéndoles superar una economía de la sobrevivencia. Efectivamente, en la vida de estos jóvenes, una enfermedad, un mal día laboral, o un cambio familiar importante, pueden constituir hitos que afectan gravemente la posibilidad de seguir o no en una iniciativa económica emprendedora, en virtud de lo cual, para muchos ejecuto-

3 Esta evaluación está claramente representada en las opiniones de los ejecutores de los proyectos del «Programa de Desarrollo Social» de FOSIS.

res la solución de estas dificultades pasa por un aumento sustantivo de los montos que se les transfieren a los jóvenes, asegurándoles de este modo, un colchón financiero que les permita trascender una actividad económica de sobrevivencia.

Desde una perspectiva más general, los ejecutores evalúan positivamente las experiencias en las cuales han participado. El factor más considerado por los ejecutores para fundamentar esta valoración positiva es el alto compromiso y la buena calidad de la participación de los jóvenes en los distintos proyectos, destacando especialmente la buena percepción que tendrían los beneficiarios de las actividades desarrolladas en las distintas fases de la capacitación. El otro factor importante en la explicación de la valoración positiva de los ejecutores de estos proyectos, es la percepción de que éstos lograrían mejorar la relación costo/oportunidad del acceso de los beneficiarios a la oferta de servicios y proyectos promovida por las agencias del Estado. Efectivamente, una de las ganancias principales, que según los ejecutores adquirirían los jóvenes en este tipo de proyectos, sería el aprendizaje de ciertas habilidades vinculadas al rol de beneficiario, llegando a ser calificadas algunas de estas experiencias, como verdaderos programas de formación de beneficiarios de proyectos sociales.

Un aspecto relevante de la evaluación general de los proyectos es que según la mayoría de los ejecutores, existiría una mayor funcionalidad en la ejecución y un mayor éxito en la gestión económica de los proyectos cuya orientación se centra en la promoción de acciones individuales por sobre las acciones colectivas. En las opiniones de los ejecutores, no aparece claro cómo dar el paso desde la promoción del emprendimiento individual a formas de emprender más colectivas, haciéndose explícito las dificultades metodológicas implicadas en la organización y mantenimiento de procesos colectivos de trabajo con jóvenes. De hecho, para varios ejecutores el emprendimiento colectivo constituye un problema difícil de manejar, ya que suma al proceso de capacitación emprendedora que es de por sí complejo, un cúmulo de nuevos obstáculos en el nivel de la convivencia y la consolidación de un grupo.

Otro aspecto importante de la racionalidad que sustenta los proyectos productivos, es la noción de futuro que pretenden trabajar en la formulación de un proyecto de vida sociolaboral. Al respecto, los discursos de los ejecutores de proyectos nos indican que uno de los impactos más relevantes que puede llegar a tener una experiencia de intervención juvenil exitosa, es lograr encausar las proyecciones de

vida de los beneficiarios hacia una estrategia vital de integración sociolaboral. De este modo, podemos identificar una visión de futuro a partir de la cual, los jóvenes constituirían sujetos capaces de realizar cambios en su propia vida futura, para lo cual requerirían de determinadas condiciones familiares, escolares y sociales, que al menos parcialmente estos proyectos se propondrían facilitar. De ahí lo relevante de trabajar en el nivel del proyecto de vida como un ejercicio real de problematización de las visiones de futuro que tienen los jóvenes sobre sí mismo y su comunidad.

Sin embargo, la temática del futuro aparece como una cuestión relevante no sólo por una elaboración conceptual, sino también por una opción operativa. Ya que los proyectos productivos están más concentrados en los rangos de edad críticos, resulta más pertinente para las necesidades evolutivas de este grupo de beneficiarios más mayores, la inclusión de la temática del futuro a través de la discusión del proyecto de vida sociolaboral.⁴

3. Emprendimiento juvenil

En términos esquemáticos se pueden identificar dos visiones sobre el emprendimiento. La primera corresponde a una visión del emprendimiento como territorio temático en el cual habría que instruir a los jóvenes beneficiarios de los proyectos; mientras la segunda corresponde a una visión a partir de la cual el emprendimiento constituye una perspectiva o un modo de mirar el trabajo innovador y flexible.

Desde la visión del territorio, los ejecutores piensan e intervienen en las habilidades emprendedoras a través de módulos específicos, en los cuales se abordan contenidos que resultan claves para los procesos innovadores de los jóvenes beneficiarios, apareciendo las temáticas de la gestión y la administración como los conocimientos críticos para este tipo de perspectivas. Por otra parte, los ejecutores que entienden el emprendimiento como una forma de mirar el trabajo innovador, relacionan este concepto con el conjunto de habilidades y competencias psicosociales que cruzan los diferentes contenidos que incluyen sus proyectos, definiendo en este esquema a la flexibilidad y la autoeficacia como las competencias que habilitan de mejor manera a los jóvenes para emprender.

4 Considerérese que los Proyectos ACLES y Liceo Abierto trabajan con jóvenes en edad escolar, mostrándonos una clara diferencia evolutiva entre los beneficiarios de estos proyectos y los analizados en este apartado.

Entre estas dos grandes visiones se movilizan las opiniones de los ejecutores de los distintos proyectos considerados. Así es como podemos identificar algunos proyectos con unidades temáticas explícitamente vinculadas a los contenidos del emprendimiento, y otros, con una metodología que pretende más bien introducir a los jóvenes beneficiarios en una manera particular de abordar las dificultades del trabajo innovador.⁵

Con ambas visiones, la relación que se establece entre los proyectos y las capacidades emprendedoras de los jóvenes es variable y poco sistemática. Para los ejecutores, los proyectos productivos no logran articular la gran cantidad de factores que influyen en el proceso de implementación de una idea innovadora, afectando parcialmente sólo algunos de estos factores, postergando otros, o sencillamente obviando los más complejos. Esta cuestión resulta clara en varios proyectos que se proponen establecer sistemas de selección para el ingreso a sus cursos de capacitación, aplicando instrumentos psicométricos y entrevistas psicológicas que se proponen elegir los sujetos más «competentes» o «habilitados» para realizar con éxito un proyecto emprendedor, descartando a los sujetos sin el perfil adecuado para este tipo de capacitación.

Estos procedimientos de selección complejizan la relación que establecen los proyectos con las capacidades emprendedoras, ya que constituye un espacio de tensión permanente entre necesidad y capacidad, de modo que para varios ejecutores, la selección es un proceso en el cual se debe equilibrar las necesidades de varios jóvenes en situaciones límites y que requieren urgentemente un apoyo, y jóvenes que están en la búsqueda de una oportunidad para llevar a cabo una idea que vienen soñando con realizar desde hace mucho tiempo o que vienen implementando, pero en forma aún muy precaria. En este ámbito de tensión algunos proyectos también optan por elegir a los jóvenes con menos problemáticas y con un perfil de mayor éxito, como una manera de promover sistemas de inversión más seguros y con mejores indicadores de logro.⁶

5 Entre los primeros podemos considerar el ejemplo del Proyecto de Capacitación SENCE ejecutado por Corprix en Curacautín, y entre los segundos podemos citar el Proyecto de Capacitación SENCE ejecutado por la Fundación Romanos XII en Melipilla.

6 Revisar por ejemplo los proyectos: «Programa de capacitación para el trabajo independiente, SENCE», ejecutados en la comuna de Curacautín por Corprix; y en la Comuna de Melipilla por la Fundación Romanos XII.

Para los ejecutores la principal dificultad para fomentar el desarrollo de las competencias emprendedoras lo constituyen las trayectorias y biografías de los jóvenes que provocan que muchas de sus iniciativas no puedan superar el sello de la sobrevivencia. Efectivamente, las nuevas exigencias que representa el trabajo flexible e innovador constituye un desafío demasiado exigente para jóvenes altamente precarizados como los beneficiarios de los proyectos analizados; quedando muchos de ellos atrapados en el circuito de la exclusión a pesar de desarrollar ideas de negocio, que por el hecho de quedar supeditadas a las necesidades cotidianas del día a día, no pueden constituir proyectos emprendedores suficientemente exitosos como para desarrollar un proyecto de vida innovador.

Desde una perspectiva complementaria, para algunos ejecutores, las dificultades que presentan los beneficiarios para desarrollar iniciativas emprendedoras exitosas pasan por la falta de las habilidades interpersonales que los jóvenes requieren para establecer relaciones de apoyo y confianza con los otros. Este punto resulta fundamental cuando los ejecutores se explican las dificultades que se presentan en la implementación de experiencias colectivas de trabajo con jóvenes, ya que la desconfianza, el descompromiso grupal y el abandono constituyen los principales factores que atentan con la estabilidad de las iniciativas que se desarrollan en este tipo de proyectos.

Muchas iniciativas llevadas a cabo a través de los proyectos fracasaron por las dificultades interpersonales implicadas en el proceso de transformación de un grupo juvenil en una microempresa. Más allá de los factores técnicos y de financiamiento mencionados más arriba, cuando los ejecutores evalúan el nivel de éxito formal de sus proyectos, recurren consistentemente a un nivel de explicación voluntarista e interpersonal, en el cual el compromiso y la honestidad de los jóvenes beneficiarios aparecen como factores críticos del éxito de la iniciativa.

En síntesis, la relación que se puede establecer entre los proyectos y la promoción de las capacidades emprendedoras de los jóvenes, es aún muy básica, al estar sujeta a muchas variables estructurales y subjetivas sobre las cuales los proyectos no logran intervenir con una estrategia sistemática.

III. LA EVALUACIÓN DE LOS EJECUTORES DE LOS PROYECTOS CULTURALES/COMUNITARIOS

A partir de los relatos de los ejecutores de los proyectos culturales y comunitarios, nos proponemos analizar tres aspectos fundamentales de sus opiniones: i) las principales características formales de este tipo de proyectos, ii) la evaluación general y específica sobre sus logros, iii) la relación que establecen los ejecutores entre este tipo de proyectos y las posibilidades de innovar.⁷

1. Estructura general de los proyectos

Cuando consideramos el conjunto de los proyectos ligados a las temáticas culturales y comunitarias no resulta fácil establecer una estructura básica de proyecto generalizable a todas las experiencias, y por ello, en este primer punto sólo nos proponemos caracterizar algunos aspectos formales de este tipo de proyectos. En este sentido, podemos señalar que éstos responden a una estructura simple, en la cual se combinan actividades de formación, integración, recreación y participación, en diversos niveles y contextos.

Así por ejemplo, podemos identificar proyectos típicamente comunitarios y otros típicamente culturales, los cuales combinan indistintamente actividades y estrategias comunes a través del formato taller. El taller corresponde al esquema básico de todas las experiencias culturales y comunitarias analizadas, debido a que, si bien algunos proyectos contemplan la realización de otro tipo de actividades, todos utilizan el taller como la estrategia básica de organización y formalización de los procesos formativos y/o recreativo. Sean talleres culturales en un Liceo Abierto, en un Proyecto de Desarrollo Local o en Proyecto Artístico Cultural, los principios del trabajo grupal, participativo y expresivo, constituyen el sello de gran cantidad de actividades llevadas a cabo en los proyectos estudiados.

Los proyectos son de una gran diversidad temática, encontrándose temas que van desde el rock, el desarrollo juvenil, el deporte y la recreación juvenil, hasta el desarrollo local y la formación ciudadana. Así también, son proyectos que se desarrollan en diversos terri-

⁷ Este grupo de proyectos agrupados en la categoría cultural/comunitario, constituye una colección de experiencias con una mayor diversidad interna, cuyas líneas de análisis resultarán menos operativas que las desarrolladas en el apartado de los proyectos productivos.

torios y escenarios, existiendo proyectos que se desarrollan desde, y en instituciones como liceos o consultorios de salud, hasta otros que se realizan en espacios no tradicionales, habilitados o gestionados desde la propia acción del proyecto.

Sin embargo, a pesar de esta diversidad temática y espacial, los proyectos culturales y comunitarios recurren a un abanico de actividades comunes con un sello altamente participativo. Las principales actividades de este tipo de proyectos pueden ser: el trabajo grupal, las técnicas expresivas, la difusión cultural y las técnicas participativas, las cuales variando según el contexto temático en el cual son aplicadas, se despliegan como actividades centradas en la solidaridad, la difusión, la formación o la expresión creativa y cultural.

Un aspecto importante en el análisis de la diversidad de los proyectos, es una consideración a los objetivos transversales que se pueden proponer los distintos tipos de proyectos, pudiendo identificarse a partir de la opinión de los ejecutores al menos tres grandes tipos de objetivos: el asociacionismo, la solidaridad y la expresión cultural.

Los proyectos vinculados al asociacionismo grupal o comunitario resultan más claros y numerosos, al estar centrados en la promoción de la participación de los jóvenes en iniciativas diversas de coordinación y cooperación con los otros de su comunidad, colegio o localidad (considérese como ejemplo el Proyecto Karro Juvenil en San Rosendo o la Red Comunal de Jóvenes de Lota).⁸

Por su parte, los proyectos ligados a la solidaridad son los menos y aparecen como iniciativas de reparación y/o desarrollo saludable para jóvenes sometidos a graves situaciones de exclusión y riesgo psicosocial (por ejemplo el Proyecto Amauta en Tierra Amarilla o de SERPAJ en La Florida).

Finalmente, los proyectos vinculados a la expresión cultural y artística aparecen como iniciativas en las cuales se fomenta el vínculo entre los jóvenes participantes para facilitar la difusión de sus creaciones o necesidades culturales (como La Escuela Circense de la OMJ de La Florida o las Escuelas de Rock de la DOS).⁹

8 Ambos proyectos considerados en el «Programa Ciudadanía y Gestión Local. Premio Nacional a Innovación en Ciudadanía» de la FNSP.

9 Estos tres tipos de proyectos responden a objetivos transversales distintos, pero absolutamente relacionados e interdependientes entre sí, por lo cual, no consideraremos ésta como una nomenclatura fuerte para organizar todos los niveles de nuestro análisis.

2. Evaluación de los proyectos

Comprender la evaluación que elaboran los ejecutores de los proyectos culturales/comunitarios sobre su propia experiencia, requiere considerar que en ésta se mezcla sistemáticamente la interpretación que realizan los ejecutores de los niveles de participación y satisfacción subjetiva de los beneficiarios de sus proyectos, con el impacto «real» que estos ejecutores le atribuyen a las experiencias en las cuales han participado.

Desde los ejecutores, la participación de los jóvenes en este tipo de proyectos es muy positiva y entusiasta, constituyendo para muchos, un ejemplo que las ofertas temáticas y las estrategias metodológicas implementadas en estas experiencias, efectivamente satisfacen las necesidades y expectativas de los jóvenes beneficiarios. Según la opinión de la mayoría de los ejecutores de estos proyectos, los procesos de vinculación e integración que viven los jóvenes participantes, constituyen un rasgo definitorio de su grado de éxito, ya que, según el grado de integración y cohesión que logra un grupo de jóvenes, resulta más o menos posible el desencadenar procesos complejos en el ámbito de los proyectos de vida y la integración social.

Y los logros de los proyectos culturales/comunitarios estarían centrados en la facilitación de los procesos de integración y fortalecimiento del vínculo social entre los jóvenes que participan en estas experiencias, y entre éstos y su comunidad local, escolar o general. Efectivamente, tanto en los proyectos ligados al asociacionismo, la expresión cultural y la solidaridad, la percepción de los ejecutores es que los beneficiarios se integraron positivamente a las actividades de sus proyectos, que se identificaron con sus objetivos y que se sintieron comprometidos con las actividades que implementaron como grupo. En los dos primeros casos, los proyectos de asociacionismo y expresión cultural, la percepción de los ejecutores es que la buena participación de los jóvenes en sus proyectos pasa por la planificación y elección temática y metodológica, señalando que la implementación de iniciativas ligadas a temáticas de vigencia juvenil logran motivar con mayor facilidad a jóvenes enrolados en micro-iniciativas que puedan tener sintonía con las propuestas más generales del proyecto.

Por su parte, las experiencias ligadas a la solidaridad como el Centro de Acogida SERPAJ de La Florida o el Proyecto Amauta en Tierra Amarilla, a pesar de experimentar las mayores dificultades estructurales para llevar a cabo con éxito su trabajo de solidaridad y

cuidado, constituyen también, según los ejecutores, los proyectos donde los jóvenes beneficiarios establecen los más altos niveles de compromiso con la experiencia del trabajo grupal. Este punto resulta relevante a la hora de explicar las diferencias que pueden existir entre los proyectos ligados a la solidaridad y los demás proyectos culturales y/o productivos, ya que, la potencia fundamental en la cual se sostiene el trabajo de los proyectos solidarios es precisamente el vínculo que se establece entre los equipos de trabajo y los jóvenes que viven en condiciones más precarias.

Desde un punto de vista más general, el principal logro que le reconocen los ejecutores a los proyectos culturales/comunitarios es la capacidad de mejorar significativamente el acceso de los jóvenes a la red de ofertas de servicios y proyectos que el Estado implementa hacia ellos. Este tipo de proyectos socializa a los jóvenes en las habilidades para gestionar iniciativas e ideas ante los fondos que el Estado ofrece para el desarrollo juvenil. Si bien estos proyectos no habilitan explícitamente a los beneficiarios en las competencias necesarias para formular y evaluar proyectos, ni integran sostenidamente a los grupos en la racionalidad de los fondos concursables, las experiencias de formación general que promueven, al estar ligadas de manera tan importante a la colaboración y la integración grupal, mejoran las capacidades para desenvolverse con éxito en este contexto.

Sin embargo, para los ejecutores, el impacto material de estos proyectos en la calidad de vida de los beneficiarios es sumamente parcial, y sólo con algunas excepciones,¹⁰ estos proyectos no logran articular consecuencias relevantes en el nivel de las economías familiares o locales de los jóvenes. Más bien, estos proyectos pueden ser definidos como promocionales o subsidiarios, pero no como productivos, ya que no incluyen ninguna transferencia relevante de recursos como para apoyar el desarrollo de una iniciativa económica juvenil. De hecho, como los objetivos que se proponen son muy básicos en materia productiva y organizacional, aunque éstos sean cumplidos en un nivel satisfactorio, no implican un impacto relevante en las variables laborales o estructurales.

El impacto material de estos proyectos radicaría en el sentido de integración social que son capaces de promover en sus beneficiarios. Es decir, según los ejecutores, los proyectos culturales/comunita-

10 Nos referimos por ejemplo al «Proyecto capital semilla» del FOSIS (Lota y Coronel).

rios constituirían verdaderos «microespacios de participación y crecimiento»,¹¹ que aumentan los niveles de pertenencia social de los jóvenes a una comunidad real, sea ésta una localidad territorial, una institución escolar o un imaginario cultural de sociedad. La noción de integración que manejan los ejecutores de estos proyectos, está claramente vinculada al nivel de acceso que tienen los jóvenes a la red de ofertas y servicios que ofrece el Estado, de modo que en este contexto, integración social no es necesariamente participación compleja en el orden social, sino inclusión en las redes de protección y promoción que ofrece la institucionalidad juvenil.

En este esquema general de los proyectos culturales/comunitarios, debemos destacar algunas especificidades de dos tipos de proyectos que tienen rasgos distintivos, los proyectos desarrollados en el ámbito escolar y los proyectos de género. El primer tipo de proyectos aparece como muy general, de modo que constituyen, con excepción de la experiencia del Liceo Humboldt, un cúmulo de actividades poco sistemáticas y desvinculadas de los objetivos más generales del desarrollo juvenil, radicando su relevancia y valor en su capacidad recreativa y de apoyo escolar para los jóvenes. Grupos de estudio, talleres de música, baile o canto, y algunos deportes, constituyen el repertorio de iniciativas que los ejecutores de estos proyectos evalúan como actividades acertadas y bien coordinadas con las necesidades de los jóvenes. De este modo, las actividades de los liceos aparecen como iniciativas que se explican en sí mismas, y que no aparecen haciendo parte de una estrategia de desarrollo o participación más compleja.

El segundo tipo de experiencia especial lo constituye los proyectos vinculados al desarrollo de las mujeres jóvenes.¹² Éstos constituyen proyectos claramente asociativos que se proponen mejorar las capacidades de las mujeres en el terreno de las habilidades de participación y organización social. Según sus ejecutoras, constituyen experiencias exitosas y con un alto nivel de compromiso de las beneficiarias en su implementación y desarrollo, compromiso que se explica en muchos casos por los procesos de vinculación personal que implica el propio diseño del proyecto. Sin embargo, resulta relevante destacar que si bien el tema asociacionismo y ciudadanía constituyen los obje-

11 Ver por ejemplo, los proyectos del Karro Juvenil de San Rosendo, el Centro de Acogida de SERPAJ, o la Escuela Circense de la OMJ de La Florida.

12 De los proyectos «Programa Mujer y Territorio» del Prodemu, se analizaron los que se ejecutan en Maipu y Lo Prado, Región Metropolitana.

tivos fundamentales del trabajo en este tipo de proyectos, también representan las principales dificultades a la hora de fomentar un trabajo colectivo o cooperativo entre las mujeres.

3. Emprendimiento juvenil

Las visiones del emprendimiento no están muy claras en los ejecutores de los proyectos culturales/comunitarios. En los relatos podemos identificar dos visiones del emprender, una más vinculada con el desarrollo de iniciativas culturales novedosas, y otra, ligada al fomento de la participación, la primera resulta la más difundida entre los ejecutores de este tipo de proyectos, mientras la segunda es el sello particular de algunas experiencias comunitarias o culturales más elaboradas. Sin embargo, a pesar de estas visiones, sigue siendo la imagen nuclear del emprendimiento el éxito económico independiente y autogestionado por los propios jóvenes.

En algunos de estos proyectos, el Karro Juvenil de San Rosendo y las Oficinas Municipales de la Juventud especialmente, se estableció una relación explícita entre el fortalecimiento de la ciudadanía y el emprendimiento, considerando el desarrollo ciudadano como el contexto necesario para el desarrollo exitoso de iniciativas novedosas e innovadoras en el ámbito productivo y cultural. Esta perspectiva resulta muy interesante al menos por dos consecuencias analíticas relevantes de considerar. La primera es que la relación entre emprendimiento y ciudadanía está establecida en proyectos que cuentan con una presencia juvenil directa en la ejecución y/o gestión de los proyectos, en donde efectivamente el desarrollo de iniciativas novedosas ha implicado mayores cuotas de participación, y viceversa, en donde las mayores vías de participación le abren a los jóvenes nuevos espacios para desarrollar iniciativas propias. La segunda es que en esta visión, la ciudadanía queda definida como contexto de las iniciativas emprendedoras, incluyendo de manera muy leve una lógica distinta para comprender la tensión entre emprender y asociarse.

Un punto de análisis interesante en la relación que se puede establecer entre estos proyectos culturales/comunitarios y las capacidades emprendedoras juveniles, es la tensión existente entre las perspectivas del trabajo local y las visiones de la integración estructural presente en estos proyectos. Es decir, para varios ejecutores, especialmente de proyectos FOSIS, un microemprendimiento comunitario aparece como insuficiente para modificar de manera relevante la vida

material de los jóvenes y apelan más bien a procesos de integración claramente productivos, en cambio, otros ejecutores de proyectos, por ejemplo Amauta y SERPAJ, apelan sistemáticamente a una perspectiva de derechos en el ámbito comunitario, proponiéndolas como una estrategia de promoción de un espacio de fortalecimiento del emprendimiento juvenil.

Ambas perspectivas están presentes en varios proyectos, tendiendo a la tensión en forma más o menos explícita, según los contextos y necesidades. Al parecer, el escenario que complica la tensión entre ambas perspectivas es cuando se debe equilibrar la importancia de la participación y la expresión cultural, con la urgencia de la extrema exclusión y la desesperanza.

IV. CONCLUSIONES

Al terminar este análisis podemos establecer algunas conclusiones generales sobre las visiones que elaboran los ejecutores de proyectos juveniles en torno a la relación que tendrían estos proyectos y el desarrollo de las habilidades emprendedoras en los jóvenes. Al respecto, nos parece relevante comentar los siguientes hallazgos.

i) Para los ejecutores existirían dos visiones para entender el emprendimiento. Una visión del emprendimiento como territorio, es decir, como una temática o un módulo específico de conocimientos disponibles para los planes de capacitación, y otra, del emprendimiento como enfoque o forma de mirar el trabajo innovador y flexible. Por su parte, para los ejecutores de los proyectos culturales/comunitarios existirían otras dos visiones sobre el emprendimiento, una que lo vincula con el desarrollo de iniciativas culturales novedosas, y otra que vincula el emprendimiento con la participación social.

ii) Existirían dos visiones generales sobre los proyectos juveniles. La primera estaría centrada en la imagen de la inclusión/exclusión, a partir de la cual los proyectos son percibidos como estrategias compensatorias para reducir un déficit educacional, laboral y/o familiar, vinculando su proyección de logro a la mejora directa de la calidad de vida material de los jóvenes a partir de un aumento en sus posibilidades de reinserción laboral. La segunda estaría vinculada a la imagen de la participación, desde esta visión los proyectos son percibidos como iniciativas concretas de asociación, pertenencia y expresión juvenil, vinculando su proyección de logro al fortalecimiento del protagonismo social de los jóvenes a partir de una expe-

riencia concreta de construcción de ciudadanía. Si bien la primera visión está asociada con más fuerza a las opiniones de los ejecutores de proyectos productivos, y la segunda a los ejecutores de proyectos culturales/comunitarios, ambas visiones están presentes en los relatos de los ejecutores.

iii) Los diferentes proyectos podrían ser agrupados en una doble tipología, en la primera se distinguen los proyectos productivos y los culturales/comunitarios. Al interior de los productivos podemos distinguir un grupo de proyectos que están destinados a la capacitación en habilidades, conocimientos o destrezas para el desempeño laboral (SENCE, Gendarmería), y otro grupo que están más bien centrados en la asesoría y crédito a iniciativas laborales juveniles (INJUV, INDAP). A su vez, al interior de los culturales/comunitarios podemos distinguir proyectos destinados a la promoción de la solidaridad (Amauta), otros centrados en el fomento del asociacionismo juvenil (Karro Juvenil, Red Juvenil), y finalmente un grupo que se proponen el fomento de la expresión artístico-cultural de los jóvenes (Escuelas de Rock). Estos diversos objetivos se superponen en muchas experiencias concretas, pero pueden establecer una tipología de objetivos generales para el análisis de las experiencias.

iv) La estructura básica de los proyectos combina la estrategia de los fondos concursables, con la modalidad de los proyectos y la forma de trabajo de los talleres. A partir de esta estructura básica se organizan las distintas fases y procesos de los proyectos, pudiendo constatar que tanto las actividades destinadas al desarrollo de un proyecto productivo, como aquellas que estas destinadas a la formación de un grupo de creación artística o de trabajo solidario, se dinamizan temporal y económicamente a través de sistemas de fondos concursables implementados con diversos niveles de formalidad.

v) Los proyectos juveniles aparecen como iniciativas con un impacto parcial e insuficiente en las habilidades emprendedoras de los jóvenes. Las explicaciones que elaboran para esta situación son diversas y no siempre coherentes entre sí, destacando básicamente dos, una que refiere a las dificultades materiales que tendrían este tipo de proyectos para afectar las condiciones de vida de los jóvenes más pobres, y otra que se refiere a las debilidades metodológicas del diseño de los proyectos para efectivamente afectar la realidad cultural de los jóvenes más excluidos.

vi) El factor clave que explica la difícil relación que existe entre emprendimiento y proyectos juveniles, es el proceso de precari-

zación de los jóvenes que participan en estas iniciativas. Las condiciones de inestabilidad vital que tienen hacen insuficientes los recursos y el apoyo técnico que les proveen, quedando muchas veces capturados en un circuito de exclusión a pesar de participar con éxito en este tipo de experiencias.

vii) Los proyectos juveniles aparecen mayoritariamente vinculados a experiencias de fortalecimiento del emprendimiento individual, más que del emprendimiento colectivo. Esta situación se explicaría sobre la base de las dificultades que involucra la implementación de un trabajo grupal con jóvenes que no cuentan con una experiencia organizativa relevante, pero también por los mejores resultados que han generado estas iniciativas emprendedoras. Este aspecto representa un verdadero conflicto en varias experiencias, especialmente culturales/comunitarias, que al estar centradas en la promoción de objetivos asociativos, se ven en la necesidad de satisfacer demandas de convivencia e integración interpersonal entre los participantes de los grupos juveniles.

viii) En los proyectos productivos aparece una tensión importante entre necesidad y capacidad de los jóvenes considerados como beneficiarios, quedando esta tensión expresada de manera explícita en los sistemas de selección que establecen algunos proyectos juveniles para elegir a los beneficiarios de sus cursos de capacitación. El tema de la selección de los participantes representa un problema complejo para este tipo de proyectos, ya que en la medida que sus sistemas de selección elijan sujetos más competentes, éstos se alejarán cada vez más del perfil de los jóvenes pobres priorizados por las líneas programáticas en las cuales se insertan los mismo proyectos, cayendo el proceso de capacitación en general, en la paradoja de habilitar a los que están más habilitados.

ix) En síntesis, la relación que se establece entre los proyectos juveniles y el emprendimiento es poco sistemática y parcial, no existiendo indicios que efectivamente las líneas programáticas analizadas logren afectar positivamente las capacidades emprendedoras de los jóvenes beneficiarios. Para los ejecutores, las habilidades de emprender estarían asociadas a las trayectorias vitales de los jóvenes, y por lo tanto, éstas no serían transferibles a través de experiencias puntuales de capacitación o trabajo grupal, más bien el desarrollo de estas habilidades demandaría el integrar a los jóvenes en procesos de mejora sistémica de su calidad de vida en el tiempo.

***Percepción del impacto
en los jóvenes participantes***

I. PRESENTACIÓN

CON LA APLICACIÓN de un cuestionario estandarizado a jóvenes participantes de los programas juveniles, se pretendía dar cuenta —utilizando diferentes técnicas cualitativas y cuantitativa— del impacto subjetivo que la participación de estos jóvenes en dichos programas sociales habían provocado, a partir de sus propias percepciones como beneficiarios y participantes de los procesos, acciones y actividades que cada uno de los programas seleccionados desplegó y que se orientaran hacia el emprendimiento y adquisición de capital social por parte de los jóvenes, tanto a nivel individual como colectivo.

El cuestionario estuvo destinado a los y las jóvenes que participan de los programas y/o proyectos en evaluación, completándose la aplicación de un total de 238 encuestas, que corresponden a 25 experiencias de proyectos juveniles diferentes, en igual número de comunas y seis regiones del país. Las encuestas fueron aplicadas a jóvenes de ambos sexos, participantes de los proyectos que se encontraban actualmente en ejecución y/o ejecutados en el período 2000 y 2002.

Desde el punto de vista interno, la estructura del cuestionario se organiza en torno a tres partes. La primera está destinada a una caracterización de algunas variables de individualización de los jóvenes participantes. La segunda corresponde a una breve exploración de la valoración/satisfacción subjetiva de los jóvenes como beneficiarios de un proyecto social específico. La tercera está destinada a evaluar la percepción de los jóvenes en las seis dimensiones que constituye la

variable dependiente de *capital social percibido y emprendimiento*, evaluando específicamente la percepción subjetiva de las capacidades individuales e interpersonales vinculadas al fomento y movilidad del capital social personal. En esta tercera parte del cuestionario, los reactivos de cada ítem están organizados de modo que, siempre la alternativa (1) sea una percepción de menos recursos, mientras que siempre la alternativa (6) sea una percepción de más recursos. Por lo cual, a nivel de la operacionalización empírica, la aplicación del cuestionario se propuso explorar el impacto subjetivo de un conjunto de programas juveniles sobre los capitales sociales percibidos por los jóvenes beneficiarios de éstos, centrándose especialmente en aquellos recursos que aparecen como más determinantes para las capacidades emprendedoras de los jóvenes.

II. DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN

1. Aspectos de identificación de los encuestados

En un inicial acercamiento a los sujetos participantes directos de los programas juveniles seleccionados para la evaluación, interesa presentar algunas características de identificación de éstos, en la medida de poder posteriormente incluir en el análisis de la información recavada ciertas dimensiones de esta identificación de los sujetos.

Tabla 1
Edad y sexo de los encuestados

Categoría	Hombre	Mujer	Total
15 a 19 años	35.7	13.9	49.6
20 a 24 años	11.3	10.9	22.2
25 a 29 años	13.4	14.7	28.2
Total	60.5	39.5	100.0

Agrupando las edades de los jóvenes en tres tramos etarios, hay una mayor representación en el primer tramo de 15 a 19 años con cerca de la mitad de los casos, debido principalmente a la inclusión de un número importante de proyectos juveniles que se desarrollan al interior del sistema escolar en su nivel secundario, los que se ubican de preferencia en ese primer tramo etario. En su relación con el sexo,

hay una proporción mayor de hombres de un 60% contra un 40% de mujeres, en buena medida explicado por una tendencia general de la oferta programática dirigida a jóvenes con un fuerte sesgo masculino, siendo aún débil la oferta diferenciada específicamente dirigida a mujeres jóvenes. Y para el caso de la escolaridad de los jóvenes, considerando cuatro tramos que representan los niveles primario, secundario, terciario y más de terciario, la mayor frecuencia se ubica en jóvenes que tienen una escolaridad entre los 9 y 12 años, es decir, el relativo a la enseñanza media (69.7%), siendo a su vez relevante quienes tienen de 13 años y más de escolaridad (20.2%). El nivel de enseñanza primaria o menos alcanza un bajo valor del 10%. En el cruce de la escolaridad con el sexo, no se aprecian diferencias significativas, sino que se distribuyen de manera homogénea entre hombres y mujeres sus diferentes niveles de escolaridad. Como promedio de escolaridad de los jóvenes consultados se alcanza a 11.3 años cursados.

Tabla 2
Escolaridad en tramos por sexo

Categoría	Hombre	Mujer	Total
Hasta 8 años	5.9	4.2	10.1
9 a 12 años	42.4	27.3	69.7
13 a 17 años	10.5	7.6	18.1
Más de 17 años	1.7	0.4	2.1
Total	60.5	39.5	100.0

Como consecuencia de la baja edad del promedio de los jóvenes encuestados, el estado civil de ellos mayoritariamente corresponde al de solteros en más del 75%, quedando las categorías de casado y conviviente en un 21%. Se da también la tendencia que las mujeres a menor edad que los hombres conforman pareja en la modalidad de casadas o convivientes, lo que se expresa en los datos, y a la inversa los hombres en mayor proporción se encuentran en el estado civil solteros.

Tabla 3
Estado civil por sexo

Categoría	Hombre	Mujer	Total
Casado	3.4	7.1	10.5
Convives	4.6	5.9	10.5
Soltero	52.1	25.6	77.7
Separado	0.4	0.9	1.3
Total	60.5	39.5	100.0

Entre diferentes opciones respecto a la ocupación de los jóvenes encuestados, más de la mitad (55.5%) declaran como actividad principal el de estudiar, seguido por el rol de trabajador a buena distancia con el 15.5%, y las restantes actividades con ponderaciones menores. Los hombres estudian levemente más que las mujeres, y son quienes más trabajan y se encuentran cesantes respecto a las mujeres; y en las labores domésticas como es esperable, esta actividad es realizada prácticamente sólo por mujeres.

Tabla 4
Actividad social por sexo

Categoría	Hombre	Mujer	Total
Estudio	34.9	20.6	55.5
Trabajo	10.1	5.5	15.5
Labores domésticas	0.8	6.7	7.6
Estudio y trabajo	6.3	2.9	9.2
No estudio, ni trabajo	2.5	1.3	3.8
Estoy cesante	5.9	2.5	8.4
Total	60.5	39.5	100.0

Como complemento a la actividad que realizan, se consultó a los jóvenes si habían trabajado remuneradamente durante los últimos doce meses, manifestando su afirmación el 43.7% y su negación el 56.3%, distribuyéndose de manera pareja entre hombre y mujeres las respuestas.

Como otro indicador de la identificación de los jóvenes encuestados, la presencia de madres y padres es baja, sólo en un 26.9%

hay presencia de hijos, donde la edad de la primera maternidad o paternidad en tramos de edad, en el rango de 14 a 18 años hay un 40.6%, en el tramo de 19 a 22 años un 46.9% y 23 y más años un 12.5% de quienes han sido madre o padre.

En el plano de niveles de dependencia o independencia respecto a su hogar de origen, puede apreciarse una alta tasa de dependencia (83.6%), representada en la categoría de vivir con sus padres, y sólo un 16.4% manifiesta vivir de manera independiente, ya sea con su pareja o solo, apreciándose una mayor dependencia en el caso de los hombres por sobre las mujeres, y a medida que aumenta la edad de los encuestados, la tendencia es hacia un mayor nivel de independencia hacia las modalidades de vivir con sus parejas o solos. Este proceso de aumento en la dependencia de los jóvenes para con sus hogares de origen viene corroborándose en diferentes estudios sobre temáticas juveniles, como por ejemplo las tres encuestas nacionales de juventud de 1994, 1997 y 2000 del Instituto Nacional de la Juventud (cf. INJUV, 2002).

Tabla 5
Con quién vive según sexo y edad en tramos

Categoría	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Con tus padres u otro familiar	83.6	56.3	27.3	49.2	18.5	16.0
Con tu pareja	14.3	2.9	11.3	0.4	2.9	10.9
Solo, en forma independiente	2.1	1.3	0.8	0.0	0.8	1.3
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

Como elementos de caracterización de los grupos familiares de los jóvenes, interesó conocer algunos antecedentes sobre composición, edades, niveles de escolaridad, actividad principal y calificación laboral de los miembros de las familias de estos jóvenes, además de una autopercepción referente a los ingresos económicos del grupo familiar.

A partir de estos indicadores sobre situación familiar de los jóvenes, puede señalarse que estamos en presencia de jóvenes que mayoritariamente viven junto a sus padres, conformando familias con

una alta presencia de la estructura de una familia nuclear, con padre, madre y hermanos; y en menor medida con la sola presencia de la madre. También es baja la ocurrencia de jóvenes que viven con sus parejas, ya conformados como familias diferentes a sus familias de origen. En las edades del padre y madre, la de las madres son levemente menores en cerca de tres años, siendo padres que en promedio rondan entre los 45 y los 50 años, siendo de 49 años para el padre y de 46 años para la madre de los jóvenes encuestados.

Tabla 6
Edad del padre y madre en tramos

Categoría	Padre	Madre
29 a 40 años	17.8	30.4
41 a 50 años	45.5	42.6
51 a 60 años	23.6	19.6
61 y más años	13.1	7.4
Totales	100.0	100.0

En cuanto al «clima educacional» de las familias de los jóvenes consultados, se da la tendencia que esta generación de jóvenes posee una escolaridad mayor que la de sus padres y similar a la de sus hermanos y parejas, en los casos que se reporta esta situación; habiendo a nivel de promedios, una diferencia de más de dos años de escolaridad entre los padres con sus hijos, donde los jóvenes considerados alcanzan una escolaridad promedio de 11.3 años, semejante al de sus hermanos mayores de 18 años (11.4 años para el caso del primer hermano) y al de sus parejas (11 años); y superior a sus padres (9.6 años) y sus madres (9.2 años).

Tabla 7
Años de escolaridad del padre y madre en tramos

Categoría	Padre	Madre
1 a 4 años	10.3	9.1
5 a 8 años	32.6	35.7
9 a 12 años	42.4	48.3
13 a 18 años	14.7	7.0
Total	100.0	100.0

Se consultó por la actividad principal que desarrollan cada uno de los integrantes del grupo familiar, considerando a padre, ma-

dre, hermanos (hasta 3) y pareja, para luego construir categorías tendientes a configurar estas actividades en relación con el nivel de calificación que éstas reportaban. En la categoría sin calificación se incluyeron todas las actividades laborales de las denominadas de tipo obrero sin calificación, las de tipo obrero calificado se incluyeron en la categoría con calificación, luego actividades del tipo de técnico y profesional, dejando en inactivo a los estudiantes, jubilados y sin actividad. Para el caso de las madres se incluyó la categoría de labores de casa por su alta presencia. Siendo así, las mayores frecuencias en el caso del padre corresponden a las actividades laborales del tipo sin calificación (51.8%) y en las madres la de labores de casa (63.5%), es decir, las madres de los jóvenes consultados mayoritariamente no ejercen una actividad laboral remunerada. De manera complementaria con el nivel de escolaridad del padre y la madre, podemos señalar que en gran medida las actividades y calificaciones laborales de éstos se ubican en las de tipo «sin calificación» o con bajos niveles de calificación, asociados a la actividad laboral concreta que desarrollan. Para el caso de los hermanos de los jóvenes, una alta proporción corresponden a estudiantes.

Tabla 8
Actividad/calificación laboral del padre y madre

Categoría	Padre	Madre
Sin calificación	51.8	19.1
Con calificación	24.1	7.8
Técnico	5.8	2.2
Profesional	4.2	3.0
Inactivo	14.1	4.3
Labores de casa	0.0	63.5
Total	100.0	100.0

Como percepción de los jóvenes sobre los ingresos económicos de su familia, de acuerdo a las opciones presentadas, la mitad de ellos expresan que con los ingresos de la familia «les alcanza justo», un poco más de una cuarta parte señala que «les alcanza bien» y cerca de otra cuarta parte se ubican entre «no les alcanza» y «tienen grandes dificultades económicas»; distribución que nos hace referencia a familias de esfuerzo, con una tendencia a encontrarse en algún nivel de déficit debido a los montos percibidos como ingresos familiares.

Tabla 9
Diría que con los ingresos de su familia

Categoría	Frecuencia	Porcentaje
Les alcanza bien	66	27.7
Les alcanza justo	120	50.4
No les alcanza	34	14.3
Tienen grandes dificultades económicas	18	7.6
Total	238	100.0

Finalmente en esta sección de identificación de los jóvenes entrevistados, se les consultó sobre su participación en alguna organización social. Sobre lo primero, una gran mayoría (91.6%) señala participar en alguna organización social, siendo éstas del tipo más tradicional como club deportivo, grupos de iglesias, junta de vecinos, centros culturales y en una diversidad de otras expresiones de dinámicas juveniles, principalmente orientadas a quehaceres de tipo socio-cultural. Por sexo, el participar de alguna organización social se da de manera pareja entre hombre y mujeres, como a su vez, a medida que aumenta la edad de los jóvenes su participación tiende a bajar. Sobre el tipo de organización en la cual se participa, los hombres en mayor medida lo hacen en clubes deportivos y centros culturales; en tanto las mujeres con mayor frecuencia en grupos de iglesias y juntas de vecinos.

Tabla 10
Participación y tipo de organización según sexo y edad en tramos

Categoría	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Club deportivo	24.4	21.0	3.4	15.5	3.8	5.0
Grupos de iglesia	19.7	9.7	10.1	8.8	5.5	5.5
Junta de vecinos	4.6	0.8	3.8	1.3	1.3	2.1
Centro cultural	16.8	10.9	5.9	12.2	1.7	2.9
Otra	26.1	13.0	13.0	9.2	7.1	9.7
No participo en ninguna	8.4	5.0	3.4	2.5	2.9	2.9
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

2. Proyectos seleccionados y valoraciones de los participantes

En esta segunda parte se explora sobre ciertas valoraciones y satisfacciones subjetivas expresadas por los jóvenes encuestados en su calidad de participantes de los diferentes proyectos específicos en los

cuales estuvieron involucrados. En base a ello, se indagó sobre la percepción y evaluación referidas a la pertinencia de las metodologías empleadas, a la adquisición de nuevos conocimientos orientados al emprendimiento de acciones innovadoras, a los beneficios obtenidos y a la utilidad de participar en programas sociales dirigidos a jóvenes.

En cuanto a los jóvenes seleccionados y los proyectos en los cuales participaron, éstos se localizaron en seis regiones con 25 comunas y localidades: Región de Atacama (Arica e Iquique); Región de Atacama (Copiapó, Tierra Amarilla y Paipote); Región Metropolitana (Renca, La Florida, La Pintana, Puente Alto, Lo Prado, Maipú, Peñalolén); Región del Bío Bío (San Carlos, Chillán, Portezuelo, San Rosendo, Lota, Concepción); Región de La Araucanía (Melipeuco y Curacautín) y Región de Valparaíso (Quillota, Chincolco, Viña del Mar y Valparaíso).

Tabla 11
Categorías de proyectos según sexo y edad

Categoría	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Proyecto productivo	34.9	17.2	17.7	7.6	11.3	16.0
Proyecto cultural/comunitario	65.1	43.3	21.8	42.0	10.9	12.2
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

Los ejes temáticos considerados en los tipos de proyectos, correspondieron a ruralidad, cultura juvenil secundaria, ciudadanía, desarrollo comunitario, productivo/microempresa, cultural, etnia y género. Como categorías más amplias se procedió a agrupar los proyectos en dos grandes tipos: los proyectos más orientados a lo productivo (representados por 11 proyectos) y proyectos más orientados a iniciativas culturales y comunitarios (14 proyectos). En los proyectos productivos hay una mayor presencia de mujeres y de jóvenes de los tramos etarios superiores, y en los de tipo cultural se aprecian más hombres y de menor edad. El listado completo de proyectos y ejecutores seleccionados puede verse en la tabla siguiente.

Tabla 12
Proyecto, ejecutor y localidad

Categoría	Frecuencia	Porcentaje
Arica Proyecto INJUV	4	1.7
Iquique Proyecto FOSIS	22	9.2
Copiapó Liceo JAC	23	9.7
Tierra Amarilla Amauta	16	6.7
La Florida SERPAJ	8	3.4
Melipilla Romanos XII	19	8.0
Santiago Vicaría Pastoral Social	10	4.2
La Florida Circo del Mundo	14	5.9
La Pintana Colegio Humboldt	11	4.6
Paipote SERPAJ	4	1.7
Lo Prado Prodemu Internet	5	2.1
Maipú Prodemu Líderes	5	2.1
Santiago Gendarmería de Chile	7	2.9
San Carlos Oficina Municipal Juventud	17	7.1
Chillán Escuela Rock	13	5.5
Portezuelo Servicio Rural Joven INDAP	3	1.3
San Rosendo Karro Cultural Fondart	7	2.9
Lota Red Comunal de Jóvenes	14	5.9
Concepción Liceo Técnico Femenino	4	1.7
Melipeuco Instituto Educación Rural	3	1.3
Curacautín Corprix	4	1.7
Quillota Municipalidad de Quillota FOSIS	7	2.9
Chincolco Servicio Rural Joven INDAP	3	1.3
Viña del Mar Liceo Gómez Carreño	11	4.6
Valparaíso INJUV	4	1.7
Total	238	100.0

En la indagación sobre la principal forma de contactarse con el proyecto por parte de los jóvenes, aparece la mención que se llegó al proyecto en cuestión por información de sus amigos (37%), más relevante en el caso de los hombres; seguido por la modalidad de invitación a participar por los propios encargados y/o ejecutores de los proyectos (19.3%), con mayor frecuencia en las mujeres; y teniendo la menor ponderación de la opción de ser contactado por la familia de los jóvenes (7.6%).

Tabla 13
Cómo llegaste a este proyecto según sexo y edad

Categoría	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Por un profesor	12.2	9.2	2.9	11.3	0.4	0.4
Por mi familia	7.6	2.9	4.6	3.4	1.3	2.9
Por algunos amigos	37.0	26.9	10.1	22.3	7.1	7.6
Por iniciativa propia	13.4	7.1	6.3	2.1	5.5	5.9
Por los encargados proyecto	19.3	8.8	10.5	6.3	5.5	7.6
Otra	10.5	5.5	5.0	4.2	2.5	3.8
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

Las expectativas de los jóvenes al ingresar al proyecto, luego de su participación, aparecen como altamente realizadas, expresados en la categoría de haberse cumplido plenamente en un 60.5% y con un medianamente cumplidas en un 37.8%. La opción de no haberse cumplido esa expectativas llega sólo al 1.7% (4 casos). Se da la tendencia que quienes han tenido una experiencia previa de participación en proyectos juveniles, su valoración tiende a ser más positiva, representada con el plenamente cumplido; en cambio quienes no han tenido experiencias previas de participación, se ubican con mayor ponderación en el medianamente cumplido. Según el tipo de proyectos, los jóvenes de proyectos productivos valoran más positivamente el cumplimiento de sus expectativas, por sobre los de tipo cultural comunitario; como a su vez, son las mujeres las que consideran más plenamente cumplidas sus expectativas con el proyecto en el cual participaron, y la edad de los jóvenes no presenta variaciones sustanciales en sus valoraciones.

Tabla 14
Lo que esperabas al ingresar a este proyecto, se ha cumplido

Categoría	Frecuencia	Porcentaje
Plenamente	144	60.5
Medianamente	90	37.8
No se ha cumplido	4	1.7
Total	238	100.0

Sobre las opiniones evaluativas de los jóvenes en determinados aspectos de los proyectos en los cuales participaron, puede en

general señalarse que existe una muy buena evaluación sobre la experiencia, expresadas con altos niveles de respuesta en la categoría «bueno», rescatándose lo relativo a las actividades del proyecto (87%), la convivencia entre los jóvenes participantes y los encargados del proyecto (84.5%), la propia participación en el proyecto (81.1%) y la convivencia entre los mismos jóvenes participantes del proyecto (77.7%). El único aspecto que tiene una menor valoración es el referido a la infraestructura y los recursos disponibles para desarrollar las actividades del proyecto, con un 53.8% en «bueno», un 38.7% en «regular» y el 7.6% en «malo», siendo este último el único valor significativo de «malo» en todos los aspectos de la calidad del proyecto.

Tabla 15
Evaluación de la calidad de algunos aspectos del proyecto

Aspecto	Bueno	Regular	Malo
Las actividades del proyecto	87.0	12.6	0.4
La convivencia entre los jóvenes participantes del proyecto	77.7	20.6	1.7
La convivencia entre los jóvenes participantes y los encargados del proyecto	84.5	14.7	0.8
Tu propia participación en el proyecto	81.1	18.5	0.4
La infraestructura y los recursos disponibles para las actividades	53.8	38.7	7.6

Según el tipo de proyecto, los jóvenes participantes de proyectos culturales son los que manifiestan en mayor medida una evaluación más baja en algunos aspectos del proyecto, en especial lo relativo a la disposición de infraestructura y recursos para el desarrollo de las actividades contempladas, pero que de cualquier modo estas ponderaciones son menores en el contexto general de evaluaciones positivas de los jóvenes sobre la calidad de los ítems consignados.

La adquisición de nuevos conocimientos, habilidades y destrezas personales y de relacionamiento con otros, que por la vía de la participación de los jóvenes en los proyectos, pudiesen haberse potenciado, las percepciones evaluativas de los participantes presentan un comportamiento similar con los aspectos evaluados del proyecto, es decir, en general se constata una alta valoración hacia estos nuevos conocimientos y destrezas adquiridas fruto de su participación en los

proyectos. Destacan en la categoría «bastante» el aprender cosas nuevas, con un 92% de los jóvenes, el «descubrir nuevas oportunidades» (89.5%), el «valorarme mejor personalmente» (89.5%), el «conocer gente nueva» (84.5%) y el «aprender a utilizar mejor mi tiempo libre» (84%). Importante es relevar que un 61.3% de los jóvenes asocia estos proyectos con una mejora en su situación escolar o laboral. De acuerdo al tipo de proyecto, al igual que en la dimensión anterior, los de tipo productivo tienen una mejor evaluación en los ámbitos consultados, y donde los proyectos de tipo cultural tienen una valoración más baja, ocupando en buena medida la categoría «nada» este tipo de proyectos.

Tabla 16
El participar en el proyecto te ha permitido

Aspecto	Bastante	Poco	Nada
Aprender cosas nuevas	92.0	7.6	0.4
Conocer gente nueva	84.5	14.3	1.3
Ayudar a los demás	65.1	32.4	2.5
Valorarme mejor personalmente	89.5	9.7	0.8
Mejorar la relación con mi familia o pareja	62.2	30.3	7.6
Mejorar mi situación escolar o laboral	61.3	29.0	9.7
Mejorar la relación con mi comunidad	56.7	33.2	10.1
Aprender a utilizar mejor mi tiempo libre	84.0	13.9	2.1
Llevar a cabo nuevas iniciativas	78.6	20.2	1.3
Descubrir nuevas oportunidades	89.5	9.2	1.3

La experiencia previa de participación de los jóvenes en otros proyectos de similar naturaleza fue consultada, donde un poco más de la mitad de los encuestados (53.8%) había participado en otros proyectos en los últimos dos años, contra un 46.2% que no había tenido experiencia previa de participación; no habiendo diferencias significativas en la distribución por sexo ni por edad de los encuestados.

Tabla 17
*Participación en otros proyectos en los últimos dos años
 según sexo y edad en tramos*

Categoría	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
No	46.2	28.6	17.6	20.2	10.9	15.1
Sí, en uno más	26.9	16.4	10.5	15.1	5.9	5.9
Sí, en dos más	26.9	15.5	11.3	14.3	5.5	7.1
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

3. Capital social percibido individual y colectivo

Para efectos del abordamiento sobre capital social contemplado, se distinguió entre lo referido al capital social percibido como capacidades individuales e interpersonales y la percepción de capital social colectivo como expresión de los soportes sociales con que cuentan los jóvenes, sobre la base de la discusión y precisiones teóricas y conceptuales desarrolladas en el marco conceptual.

a) *Capital social percibido individual*

El capital social percibido por los jóvenes fue definido a partir de la percepción y evaluación del fortalecimiento de las capacidades individuales e interpersonales vinculadas al fomento y movilidad del capital social personal, especialmente aquellas que sirven de base para el desarrollo de la capacidad emprendedora juvenil. Para ello se construyó una batería de 34 ítems en la modalidad de afirmaciones, presentando seis opciones en un continuo del 1 al 6, donde el 1 corresponde al mayor grado de desacuerdo y el 6 el mayor grado de acuerdo. A su vez, los ítems están estructurados de manera que la opción 1 sea una percepción de menos recursos y la opción 6 de más recursos. De igual modo, las seis dimensiones operacionales del capital social percibido estuvieron constituidas por: i) manejo del riesgo, ii) percepción de autoeficacia, iii) conducta prosocial, iv) empoderamiento, v) percepción de vínculos y apoyo social, y vi) creatividad.

El *manejo del riesgo* se refiere a la percepción de contar o no con las capacidades individuales para manejar la incertidumbre propia de las situaciones de riesgo ante el futuro. Los ítems que alcanzaron mayores niveles o de más recursos en esta dimensión de manejo del

riesgo, correspondieron a «se debe correr riesgos para tener un futuro mejor» y «me gusta arriesgarme para lograr mis sueños», ambas con un promedio de 5 en la escala de 1 a 6. Las menores ponderaciones fueron para «es preferible un trabajo bien pagado, aunque sea riesgoso» (3.5) y su contraposición de «es preferible un trabajo mal pagado, pero seguro» (3.6). Al considerar el conjunto de afirmaciones que componen la dimensión de manejo de riesgo y las respectivas valoraciones expresadas por los jóvenes, nos encontramos con una ponderación promedio de 4.2, lo que equivaldría a un 70% en el continuo de acuerdo sobre un ideal 100% de totalmente de acuerdo con todas las afirmaciones que poseen una valencia como de mayores recursos en la percepción de riesgo personal y en la relación del riesgo con el éxito personal, en la perspectiva de un mejor manejo de la incertidumbre.

Tabla 18
Grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes afirmaciones
(Dimensión 1: manejo del riesgo)

Afirmaciones	Desacuerdo			Acuerdo		
	1	2	3	4	5	6
Se debe correr riesgos para tener un futuro mejor	3.4	3.8	4.2	15.5	24.4	48.7
Vendería alguna de mis cosas para llevar a cabo una buena idea	16.8	5.0	13.4	21.0	16.8	26.9
Es preferible un trabajo bien pagado, aunque sea riesgoso	24.8	5.9	16.4	20.2	16.8	16.0
Me gusta arriesgarme para lograr mis sueños	4.2	1.7	7.6	16.0	22.3	48.3
Es preferible tener un trabajo mal pagado, pero seguro	16.0	13.0	22.3	19.3	9.2	20.2

De acuerdo a las respuestas obtenidas en estos cinco ítems de la dimensión, se procedió a agrupar los casos en tres terciles iguales en base a la distribución de las respuestas, consignando los grupos de casos como de «bajo», «medio» y «alto manejo del riesgo», procedimiento realizado con todas las dimensiones, y también a nivel general de la variable capital social percibido individual, como indicadores sintéticos de la agrupación de los 34 ítems contemplados en ella.

Tabla 19
Dimensión manejo del riesgo según sexo y edad en tramos

Manejo del riesgo	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Bajo	33.2	17.6	15.5	17.2	3.8	12.2
Medio	33.6	21.4	12.2	16.0	9.2	8.4
Alto	33.2	21.4	11.8	16.4	9.2	7.6
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

Una tendencia un tanto superior hacia un más alto manejo del riesgo puede apreciarse para el caso de los hombres, al igual que se verifica esta situación entre los jóvenes del grupo de edad entre los 20 y 24 años, y el grupo de 15 a 19 años son quienes presentan un bajo manejo del riesgo en mayor medida. Por otra parte, el tipo de proyecto en que participaron los jóvenes no releva diferencias en el manejo del riesgo, no así en el caso de haber tenido alguna experiencia previa de participación en proyectos juveniles, donde quienes no la han tenido, exhiben un más bajo manejo de la dimensión riesgo. Según la actividad social de los jóvenes, los mayores manejo de riesgo se encuentran en la categoría estudiantes, y los menores en quienes ejercen las labores de casa. De acuerdo a la escolaridad alcanzada, se logra apreciar una relación directa de mayor años de escolaridad, más alta es la capacidad de manejar riesgos.

Tabla 20
Dimensión manejo del riesgo según tipo de proyecto y experiencia previa de participación

Manejo del riesgo	Total	Tipo proyecto		Experiencia previa	
		Productivo	Cultural	Sí	No
Bajo	33.2	11.3	21.8	16.4	16.8
Medio	33.6	12.2	21.4	19.7	13.9
Alto	33.2	11.3	21.8	17.6	15.5
Totales	100.0	34.9	65.1	53.8	46.2

La dimensión de *percepción de autoeficacia* fue definida como la capacidad individual de percibir que la consecución o logro de

los objetivos autopropuestos está directamente relacionado con la acción individual o asociada, considerando para ello los aspectos de autoestima, motivación de logro y atribución interna de causalidad. De los ocho ítems considerados, los que adquieren una mayor ponderación promedio hacia más recursos son los ítems «lo que hago hoy me servirá para tener un futuro mejor» (5.4) y «en la vida cosechamos lo que hemos sembrado con nuestro esfuerzo» (5.3), y las menores se relacionan con confianza en el logro de objetivos en la afirmación «me cuesta lograr los objetivos que me propongo» (3.3), y en el plano de la inseguridad en la expresividad con «me siento inseguro cuando debo expresar mis ideas a los demás» (3.4). La dimensión percepción de autoeficacia alcanza una ponderación promedio de 4.4 en la escala de 1 a 6, representando un 73% en el continuo de menos a mayor grado de autoeficacia de acuerdo a la percepción de los jóvenes consultados.

Tabla 21
Grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes afirmaciones
(Dimensión 2: percepción de autoeficacia)

Afirmaciones	Desacuerdo			Acuerdo		
	1	2	3	4	5	6
Me siento inseguro cuando debo expresar mis ideas a los demás	15.5	20.6	15.5	11.8	12.2	24.4
En la vida cosechamos lo que hemos sembrado con nuestro esfuerzo	1.7	1.7	4.6	10.5	15.5	66.0
Soy capaz de resolver mis problemas sin la ayuda de los demás	3.4	5.5	13.9	18.5	29.8	29.0
Lo que hago hoy me servirá para tener un mejor futuro	4.2	-	3.4	8.0	14.3	70.2
Cuando quiero hacer algo, insisto hasta que lo consigo	1.7	2.5	4.6	9.7	23.5	58.0
Me desagrada hablar en público	10.5	16.0	17.2	16.4	10.9	29.0
Me cuesta lograr los objetivos que me propongo	14.3	28.6	17.2	11.8	10.5	17.6
El tener suerte es lo más importante para que me vaya bien en la vida	11.8	9.7	20.2	20.2	10.9	27.3

En las percepciones de autoeficacia hay una relación con la edad de los encuestados, puesto que los jóvenes de menor edad adquieren mayor ponderación en la categoría de baja percepción de autoeficacia y ésta tiende a subir con el aumento de la edad, y siendo levemente superior en el caso de los hombre respecto de las mujeres.

Tabla 22
Dimensión percepción de autoeficacia según sexo y edad en tramos

Percepción de autoeficacia	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Bajo	33.6	20.6	13.0	19.3	7.1	7.1
Medio	33.2	18.9	14.3	16.8	5.9	10.5
Alto	33.2	21.0	12.2	13.4	9.2	10.5
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

Con la escolaridad alcanzada por los jóvenes se da la relación de más alta percepción de autoeficacia a medida que aumenta el nivel de escolaridad, situación que también se da en los jóvenes participantes en proyectos de tipo cultural y en los jóvenes que han tenido experiencia previa de organización.

Tabla 23
Dimensión percepción de autoeficacia según tipo de proyecto y experiencia previa de participación

Percepción de autoeficacia	Total	Tipo proyecto		Experiencia previa	
		Productivo	Cultural	Sí	No
Bajo	33.6	13.0	20.6	15.1	18.5
Medio	33.2	11.8	21.4	19.7	13.4
Alto	33.2	10.1	23.1	18.9	14.3
Totales	100.0	34.9	65.1	53.8	46.2

La tercera dimensión considerada en el capital social percibido es la *conducta prosocial* de los jóvenes, entendida como la valoración y predisposición individual a participar en la ejecución de conductas de colaboración y apoyo a los demás. Esta dimensión es la que alcanza la mayor ponderación de las seis dimensiones, situándose en un promedio general de 5.1, equivalente a un 85% en la escala de 1 a 6. Exhibe una alta valoración de la relación de ayuda hacia los demás, expresadas en

las afirmaciones «un aspecto importante en la vida de las personas es el ayudar a los demás (5.3) y «estoy dispuesto a participar en actividades destinadas a ayudar a los que lo necesitan» (5.3); y también en la valoración hacia la participación social, con un 5.1 en el ítem «me gusta participar en actividades que pueden beneficiar a mi comunidad».

Tabla 24
Grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes afirmaciones
(Dimensión 3: conducta prosocial)

Afirmaciones	Desacuerdo			Acuerdo		
	1	2	3	4	5	6
Un aspecto importante en la vida de las personas es el ayudar a los demás	2.1	1.3	4.2	10.9	21.0	60.5
Estoy dispuesto a participar en actividades destinadas a ayudar a los que lo necesitan	2.1	2.1	2.5	8.4	24.4	60.5
Para mi futuro personal, es bueno que a los demás les vaya bien en la vida	7.6	3.8	8.8	9.7	25.2	45.0
Me gusta participar en actividad que pueden beneficiar a mi comunidad	4.6	2.5	4.6	13.4	17.6	57.1

El tramo etario de 25 a 29 años de edad es el cual presenta un más elevado nivel de conducta prosocial, al igual que las mujeres en una alta proporción mayor que los hombres, y aquellos jóvenes que poseen una mayor escolaridad, como también los que tienen como actividad social principal la de trabajadores.

El *empoderamiento* corresponde a la percepción de contar con las posibilidades de ejercer un control sistemático sobre diferentes dimensiones de la vida personal y social de los jóvenes participantes de los proyectos, expresadas en el grado de control sobre ciertos eventos cotidianos, la capacidad de predicción de eventos futuros y la capacidad de controlabilidad. En conjunto esta dimensión reporta una ponderación promedio de 4.4 (74%) en la escala de 1 a 6, donde los ítems con más alto grado de acuerdo son «puedo decidir libremente sobre mi proyecto de vida» (5.3) y «soy capaz de sobreponerme a situaciones difíciles» (5.1); y el que presenta un menor grado de acuerdo es «mi futuro depende de muchas situaciones que no puedo controlar» (3.5).

Tabla 25
Grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes afirmaciones
(Dimensión 4: empoderamiento)

Afirmaciones	Desacuerdo			Acuerdo		
	1	2	3	4	5	6
Soy capaz de sobreponerme a situaciones difíciles	2.1	0.4	3.8	17.6	26.9	49.2
Todas las personas tenemos las mismas capacidades para que nos vaya bien en la vida	14.7	7.6	10.5	18.9	13.0	35.3
Puedo decidir libremente sobre mi proyecto de vida	3.4	0.8	3.8	11.3	17.6	63.0
A quienes les va bien en los estudios, normalmente les va bien en el trabajo	11.3	3.8	16.4	26.9	18.1	23.5
Mi futuro depende de muchas situaciones que no puedo controlar	14.7	17.2	25.6	14.7	8.4	19.3

Los jóvenes que participaron en proyectos de tipo cultural son los que aparecen con un mayor nivel de empoderamiento en la categoría de «alto», por sobre los participantes en proyectos de tipo productivos; como también se ubican en mayor medida en esa categoría los jóvenes del tramo etario inferior (15 a 19 años), las mujeres más que los hombres y los estudiantes por sobre otras actividades sociales principales de los jóvenes.

Tabla 26
Dimensión empoderamiento según sexo y tipo de proyecto

Empoderamiento	Total	Sexo		Tipo proyecto	
		Hombre	Mujer	Productivo	Cultural
Bajo	33.6	23.1	10.5	10.5	23.1
Medio	33.2	18.5	14.7	14.3	18.9
Alto	33.2	18.9	14.3	10.1	23.1
Totales	100.0	60.5	39.5	34.9	65.1

La percepción de vínculos y apoyo social por parte de los jóvenes nos remite a la percepción individual de contar con un apoyo o protección permanente por determinadas redes sociales y grupos cercanos, donde cobra relevancia la valoración del apoyo comunitario, la valoración del vínculo familiar y la valoración de los demás en el

éxito personal. Esta dimensión es la segunda mejor valorada por los jóvenes, luego de la conducta prosocial (85%), alcanzando una ponderación total de 5.0, equivalente a un 83% en la escala de 1 a 6. El ítem referido a la valoración del vínculo familiar y la valoración de los demás en éxito personal es el que alcanza la mayor ponderación de todos los ítems de la batería de afirmaciones, expresada en «una buena relación con la familia es muy importante para concretar mi proyecto de vida» (5.5). La valoración del apoyo comunitario y de los demás también exhiben altas ponderaciones en los ítems «yo ayudo a los demás desinteresadamente» (5.2) y «es importante relacionarse con los demás para sentirse mejor en la vida» (5.2).

Tabla 27
*Grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes afirmaciones
(Dimensión 5: percepción de vínculos y apoyo social)*

Afirmaciones	Desacuerdo			Acuerdo		
	1	2	3	4	5	6
Me gusta relacionarme con gente nueva	2.1	0.8	4.2	7.6	22.3	63.0
Yo ayudo a los demás desinteresadamente	5.0	1.3	3.4	10.5	23.5	56.3
Es importante relacionarse con los demás para sentirse mejor en la vida	2.9	2.1	2.9	12.2	27.7	52.1
Una buena relación con la familia es muy importante para concretar mi proyecto de vida	1.7	0.8	4.6	5.5	16.0	71.4
Es bueno participar en las actividades del barrio o comunidad	2.9	3.4	5.9	14.7	29.8	43.3
El participar en actividades de mi barrio representa un beneficio para la vida de mi comunidad	4.6	1.7	7.1	15.1	25.2	46.2
En este tipo de proyectos, puedo aportar mis ideas	2.9	1.3	2.9	11.8	19.7	61.3
La gente sólo está dispuesta a ayudarme cuando ella también se puede beneficiar	19.3	12.6	25.6	16.4	11.8	14.3

Según el tipo de proyecto, los jóvenes participantes de proyectos culturales logran un mayor nivel de percepción de vínculo y apoyo social, y las mujeres considerablemente superior que los hombres, al igual que quienes tienen sobre los 13 años de escolaridad;

también los de actividad social de trabajadores y los que presentan experiencia previa de participación en otros proyectos.

Tabla 28
*Dimensión percepción de vínculos y apoyo social
según sexo y experiencia previa*

Percepción de vínculos	Total	Sexo		Experiencia previa	
		Hombre	Mujer	Sí	No
Bajo	33.2	23.5	9.7	18.5	14.7
Medio	33.2	20.6	12.6	16.0	17.2
Alto	33.6	16.4	17.2	19.3	14.3
Totales	100.0	60.5	39.5	53.8	46.2

La sexta y última dimensión contemplada en la variable capital social percibido desde el ámbito individual, corresponde a la *creatividad*, entendida como la percepción individual de contar con las habilidades necesarias para un desempeño creativo en los distintos escenarios de la vida social; y expresada en la capacidad de resolución de problemas y la presencia de ideas innovadoras. La dimensión tuvo una valoración promedio de 4.4 (73%) en la escala utilizada de 1 a 6, y aquí se ubicó el ítem con más baja valoración de toda las afirmaciones, en lo concerniente a la capacidad de resolución de problemas, planteada como «ante situaciones difíciles, me cuesta encontrar soluciones» (3.0).

Tabla 29
*Grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes afirmaciones
(Dimensión 6: creatividad)*

Afirmaciones	Desacuerdo			Acuerdo		
	1	2	3	4	5	6
Los problemas pueden tener varias soluciones correctas	3.4	-	5.5	15.5	29.0	46.6
Ante situaciones difíciles, me cuesta encontrar soluciones	16.0	31.1	20.6	16.4	5.0	10.9
Me divierte buscar soluciones distintas a los problemas comunes	5.9	4.2	9.2	22.7	24.8	33.2
Siempre que se me ocurre una idea trato de llevarla a la práctica	3.4	1.7	7.6	23.1	29.4	34.9

En el cruzamiento de la información, las mayores diferencias se encuentran según sexo con una mayor ponderación de la dimensión creatividad «alto» para el caso de las mujeres por sobre los hombres, y se verifica esta ponderación más alta en los jóvenes de menor edad, ubicados en el tramo etario de 15 a 19 años de edad.

Tabla 30
Dimensión creatividad según sexo y edad en tramos

Creatividad	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Bajo	33.6	21.8	11.8	18.5	6.3	8.8
Medio	33.2	21.4	11.8	15.1	6.3	11.8
Alto	33.2	17.2	16.0	16.0	9.7	7.6
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

En la siguiente tabla se presentan las seis dimensiones consideradas relacionadas con la variable «capital social percibido», procesada bajo el mismo procedimiento de agrupar y sintetizar el conjunto de los 34 ítems en tres grupos iguales, de acuerdo a las ponderaciones obtenidas por los casos particular, resumidas en las tres categorías de capital social percibido «bajo», «medio» y «alto». Con esa información podemos apreciar una alta relación interna entre las dimensiones con la variable agregada, principalmente en la lectura de los antecedentes de manera diagonal descendiente y ascendente por cada dimensión, es decir, desde la secuencia de celdas «bajo-bajo» hacia el desplazamiento «alto-alto»; y a la inversa, desde la posición de celdas «bajo-alto» hacia «alto-bajo».

Tabla 31
Dimensiones por capital social percibido

Dimensiones	Total	Capital social percibido		
		Bajo	Medio	Alto
Manejo del riesgo				
Bajo	33.2	21.0	8.0	4.2
Medio	33.6	10.1	14.3	9.2
Alto	33.2	2.5	10.9	19.7
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2
Percepción de autoeficacia				
Bajo	33.6	21.0	11.3	1.3
Medio	33.2	9.2	13.9	10.1
Alto	33.2	3.4	8.0	21.8
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2
Conducta prosocial				
Bajo	33.2	21.8	8.4	2.9
Medio	33.2	8.8	13.9	10.5
Alto	33.6	2.9	10.9	19.7
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2
Empoderamiento				
Bajo	33.6	19.3	11.3	2.9
Medio	33.2	12.6	10.5	10.1
Alto	33.2	1.7	11.3	20.2
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2
Percepción de vínculos y apoyo social				
Bajo	33.2	22.3	6.7	4.2
Medio	33.2	10.1	14.3	8.8
Alto	33.6	1.3	12.2	20.2
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2
Creatividad				
Bajo	33.6	18.9	12.2	2.5
Medio	33.2	10.5	12.2	10.5
Alto	33.2	4.2	8.8	20.2
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2

Con la agregación de los ítems del capital social percibido, en promedio ponderado de los casos nos arroja una valoración de 4.58 (76.3%) en la escala de 1 a 6, siendo el 6 el mayor grado de fomento de las capacidades de los jóvenes a título individual e interpersonal en la movilidad de capital social y de aquellas capacidades que propician el desarrollo de la capacidad emprendedora juvenil.

Tabla 32
Capital social percibido según sexo y edad en tramos

Capital social percibido	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Bajo	33.6	21.4	12.2	16.4	7.6	9.7
Medio	33.2	20.2	13.0	18.9	5.0	9.2
Alto	33.2	18.9	14.3	14.3	9.7	9.2
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

Quienes exhiben mayores niveles de capital social percibido corresponden a las mujeres en cerca de cuatro puntos porcentuales, y en cuanto a las edades de los jóvenes, los mayores niveles se hayan en el grupo etario entre 20 y 24 años de edad. En cuanto a escolaridades alcanzadas por estos jóvenes, se aprecia una relación directa que mientras suben los años de escolaridad, también sube el capital social percibido por éstos. Y por estado civil de los entrevistados, los solteros poseen un nivel levemente superior a los casados y convivientes. Por actividad social principal de los jóvenes, los que desarrollan las actividades de estudiar y trabajar a la vez, son quienes alcanzan mayores niveles de capital social percibido, seguidos de los que sólo trabajan. Las menores ponderaciones son para las actividades de labores de casa, los que no estudian ni trabajan y los que se encuentran actualmente cesantes.

Tabla 33
Capital social percibido según actividad social

Capital social percibido	Total	Actividad social					
		Estudia	Trabaja	Labores de casa	Estudia y trabaja	No estudia ni trabaja	Cesante
Bajo	33.6	17.2	4.2	2.9	2.9	1.7	4.6
Medio	33.2	20.2	4.6	3.4	1.3	1.7	2.1
Alto	33.2	18.1	6.7	1.3	5.0	0.4	1.7
Totales	100.0	55.5	15.5	7.6	9.2	3.8	8.4

Al cruzar el nivel de capital social percibido con la percepción que tienen los jóvenes sobre la satisfacción de los ingresos familiares,

el grupo que presenta un mayor nivel de capital social percibido es el señala que el ingreso familiar «les alcanza bien», a quienes «les alcanza justo» se distribuyen parejos los niveles, y a los que «no les alcanza» y los que «tienen grandes dificultades económicas» se ubican en los menores niveles de capital social percibido. Y la participación en proyectos de tipo productivos o culturales no se discriminan los niveles de capital social percibidos. Como tampoco lo hace el participar actualmente en alguna organización social, ni el haber tenido experiencia previa de participación en otros proyectos similares. Sí se verifica una tendencia a mayor capital percibido entre quienes vieron plenamente cumplidas sus expectativas en relación a su participación en el proyecto.

Tabla 34
Capital social percibido según cumplimiento de expectativas con el proyecto

Capital social percibido	Total	Cumplimiento de expectativas con el proyecto		
		Plenamente	Medianamente	No se han cumplido
Bajo	33.6	16.4	16.8	0.4
Medio	33.2	21.4	10.9	0.8
Alto	33.2	22.7	10.1	0.4
Totales	100.0	60.5	37.8	1.7

Abordando algunos aspectos relacionados con la capacidad innovadora y acciones de emprendimiento personal por parte de los jóvenes, vemos que en lo concerniente a preferencias por tipos de actividades laborales, divididas entre las de tipo dependiente y las más independientes, la mayoría de los consultados prefieren estas últimas (63%), representadas con «iniciar un negocio o actividad propia», con mayor énfasis por esa opción por parte de las mujeres y por los jóvenes del tramo 25 a 29 años de edad. Y precisamente en esta alternativa por una actividad o negocio es donde se concentran las mayores ponderaciones de un capital social percibido «alto».

Tabla 35
En el futuro te gustaría según sexo y edad en tramos

Categoría	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Iniciar un negocio o actividad propia	63.0	35.3	27.7	30.3	12.2	20.6
Buscar un trabajo remunerado	37.0	25.2	11.8	19.3	10.1	7.6
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

Siguiendo en esta línea de percepciones y valoraciones sobre acciones ligadas al trabajo y empleo, se consultó sobre la característica o modalidad más importante para conseguir un empleo, siendo la mayor ponderación la relacionada con tener estudios (50.4%), seguida de la experiencia laboral (19.7%). Los contactos alcanzan al 19.7% y el tener buena presencia el 8%. Los hombres valoran en mayor medida los estudios y los contactos; y las mujeres la experiencia laboral y la buena presencia. Por edad, los más jóvenes (15 a 19 años) consideran los estudios como lo más importante para conseguir un trabajo, y los mayores (25 a 29 años) la experiencia laboral.

Tabla 36
Lo más importante para conseguir un trabajo es tener

Categoría	Frecuencia	Porcentaje
Contactos	47	19.7
Experiencia laboral	52	21.8
Buena presencia	19	8.0
Estudios	120	50.4
Total	238	100.0

En el reconocimiento de habilidades, conocimientos y estudios al momento de ver las expectativas de remuneraciones mensuales de estos jóvenes, la mayor frecuencia se ubicó en el tramo entre 201 mil y 400 mil pesos mensuales (41.2%), siendo en mayor medida los hombres quienes manifiestan expectativas de remuneraciones más altas que las mujeres; y no apreciándose diferencias significativas en este plano con base a la edad de los jóvenes. Lo que sí logra visuali-

zarse, es la tendencia de a mayor escolaridad, más elevada es la expectativa sobre un buen salario mensual; como también un mayor nivel de capital social percibido en quienes tienen más altas expectativas de sueldo.

Tabla 37

Considerando tus habilidades, conocimientos y estudios, cuál sería un buen sueldo mensual para ti según capital social percibido

Categoría	Total	Capital social percibido		
		Bajo	Medio	Alto
Menos de 100 mil pesos mensuales	2.1	1.7	0.4	0.0
Entre 100 mil y 200 mil pesos	32.8	13.0	11.8	8.0
Entre 201 mil y 400 mil pesos	41.2	13.4	11.8	16.0
Entre 401 mil y 700 mil pesos	15.5	2.9	7.6	5.0
Entre 701 mil y 1 millón de pesos	8.4	2.5	1.7	4.2
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2

Utilizando una modalidad similar a la anterior, pero en vez de expectativas de remuneraciones, se consultó por un listado de trabajos u ocupaciones prefijadas que denotan diferentes estatus sociocupacionales, que no necesariamente se relacionan directamente con un determinado salario, sino que más bien pueden ser entendidas como actividades o tipos de trabajos con una connotación más asociada a un estatus social. De allí que cerca de la mitad de los jóvenes (48.3%) eligió la categoría de «profesional» como tipo de actividad o trabajo ideal. La segunda opción en preferencias fue la de «técnico superior» (15.5%), es decir, las dos mayores ponderaciones corresponden a actividades o calificaciones con un alto estatus y reconocimiento social, que requiere de estudios formales de nivel superior, y que tienden a ser mejor remuneradas en el mercado laboral. Muy bajas ponderaciones lograron dos actividades laborales emblemáticas en el bajo nivel de reconocimiento y estatus social, que para las mujeres sería la «asesora de hogar» (1 caso, mujer) y para los hombres el «trabajador de la construcción» (3.4%, todos hombres). También se ubicó con baja frecuencia la actividad de «vendedor/a» (2.9%, todas mujeres), encontrándose ésta en un nivel más impreciso de estatus social, pero sí por sobre las dos anteriores y que requiere de ciertas calificaciones, y

en algunos casos, de certificaciones. Los jóvenes de menor edad (15 a 19 años) privilegian en sus opciones las actividades con mayor calificación (profesional y técnico superior). Por otra parte, en la vinculación con el nivel de capital social percibido, se aprecia una tendencia hacia el bajo capital social percibido en las actividades de menor estatus y reconocimiento social, como asesora de hogar, trabajador de construcción, oficinista, contratista; y a la inversa, las de tipo profesional y de técnico superior, se ubican mayormente en el alto capital social percibido.

Tabla 38

Considerando tus habilidades, conocimientos y estudios, cuál sería un trabajo ideal para ti según capital social percibido

Categoría	Total	Capital social percibido		
		Bajo	Medio	Alto
Oficinista	8.8	4.2	2.5	2.1
Comerciante	13.4	4.6	3.4	5.5
Contratista	7.1	3.8	1.7	1.7
Profesional	48.3	13.0	16.4	18.9
Vendedor/a	2.9	1.3	1.3	0.4
Trabajador de la construcción	3.4	1.3	1.7	0.4
Asesora del hogar	0.4	0.4	0.0	0.0
Técnico superior	15.5	5.0	6.3	4.2
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2

b) *Percepción de capital social colectivo*

La percepción que poseen los jóvenes consultados sobre el *capital social colectivo*, corresponde a la opinión evaluativa sobre determinados soportes sociales con los cuales cuentan los jóvenes en perspectiva de la concreción de sus proyectos de vida, a partir de situaciones presentes y futuras, sea en el ámbito de ciertas relaciones cotidianas de índole amical y de relacionamientos con otros en su espacio más inmediato y territorial, como a su vez, las percepciones y evaluaciones que realizan sobre la institucionalidad pública, el vínculo social comunitario y sus entornos familiares.

En el plano de las relaciones sociales de tipo amical que establecen los jóvenes, aparece que desde sus opiniones consideran que sus principales amigos se encuentran o viven en la misma comuna, en

un sentido más extendido (36.6%), seguido de en el mismo barrio o población donde ellos habitan (31.9%). Se aprecia un mayor capital social percibido en los jóvenes que ubican a sus principales amistades en espacios más allá del mismo barrio donde habitan, sean en la comuna en general o en los espacios de estudio y trabajo de los jóvenes. Quienes expresan no tener amigos cercanos, exhiben los menores niveles de capital social percibido. Son las mujeres las que sus amigos principales se encuentran en sus lugares de estudio o trabajo, y los hombres señalan en la misma comuna.

Tabla 39
*Tus principales amigos se encuentran en,
según capital social percibido*

Categoría	Total	Capital social percibido		
		Bajo	Medio	Alto
El mismo barrio o población donde vives	31.9	12.6	11.3	8.0
En la misma comuna	36.6	10.1	11.3	15.1
En otras comunas o ciudades cercanas	12.2	4.2	4.6	3.4
No tienes amigos cercanos	6.3	3.8	1.3	1.3
El lugar de trabajo o estudios	13.0	2.9	4.6	5.5
Totales	100.0	33.6	33.2	33.2

Como espacios o lugares frecuentes de recreación o salidas habituales de los jóvenes, se diferencia del ámbito anterior, pues la primera opción se concentra en espacios de índole privado como son las casas de amigos que residen en el mismo barrio o población de ellos (37.8%) y luego se ubica la opción del centro de la ciudad (21%). Llama la atención que una quinta parte de los jóvenes (20.2%) señala que no sale o muy rara vez sale a lugares de recreación, representados principalmente por mujeres y del tramo etario superior, de 25 a 29 años de edad. De igual modo, se da la tendencia a que los hombres son quienes en mayor medida ocupan los espacios públicos como lugares de salida (plazas, calles), no obstante, en la opción de salida al centro de la ciudad, mayores preferencias son de mujeres que de hombres.

Tabla 40
*Tus lugares de recreación o salidas habituales son,
 según sexo y edad en tramos*

Categoría	Total	Sexo		Edad		
		Hombre	Mujer	15 a 19	20 a 24	25 a 29
Casas de amigos del barrio o población	37.8	23.1	14.7	19.7	10.5	7.6
Plazas, esquinas del barrio o población	9.7	7.6	2.1	6.7	2.1	0.8
Plazas, esquinas de otros barrios o poblaciones	6.3	5.5	0.8	3.8	0.8	1.7
Al centro de la ciudad	21.0	12.2	8.8	8.8	4.6	7.6
A otras ciudades cercanas	5.0	2.5	2.5	1.3	0.4	3.4
No salgo o muy rara vez salgo	20.2	9.7	10.5	9.2	3.8	7.1
Totales	100.0	60.5	39.5	49.6	22.3	28.2

El arraigo que presentan los jóvenes para con sus localidades y ciudades donde actualmente residen, fue consultado sobre la posibilidad y bajo qué circunstancias se irían o quedarían en donde viven, señalando en los extremos una cierta similitud, pues el 16% señala que no se iría nunca de la ciudad donde vive, y un 11.3% que no le gusta la ciudad donde vive y desea irse, ambas opciones señaladas en mayor medida por mujeres. Las opciones intermedias concentran las mayores frecuencias, quienes se irían por mejores ofertas de trabajo (51.3%), representadas en mayor medida por jóvenes de 25 a 29 años de edad; y por razones de estudio (21.4%), por los jóvenes de menor edad (15 a 19 años).

Tabla 41
*No siempre nos gustaría quedarnos en la ciudad o localidad
 en donde vivimos. En tu caso:*

Categoría	Frecuencia	Porcentaje
No te irías nunca de la ciudad donde vives	38	16.0
Te irías sólo si tienes mejores ofertas de trabajo	122	51.3
Te irías sólo si tienes mejores ofertas de estudios	51	21.4
No te gusta la ciudad donde vives y deseas irte	27	11.3
Total	238	100.0

La percepción y evaluación sobre la institucionalidad local y/o comunitaria, se refiere al contar con un tejido institucional que colabore en la atención de ciertas necesidades de la comunidad donde los jóvenes residen, expresada a través de los grados de confianza que se posee sobre las instituciones locales de la comunidad.

Tabla 42
*Grado de confianza que tiene en las siguientes instituciones
 de su localidad o comuna*

Afirmaciones	Mucha	Algo	Nada
Junta de vecinos	7.6	40.8	51.7
Escuela o liceo	45.0	42.4	12.6
Iglesias	29.0	33.6	37.4
Club deportivo	27.7	26.1	46.2
Grupo juvenil o cultural	48.7	29.0	22.3
Carabineros	17.6	39.1	43.3
Municipalidad	13.9	47.1	39.1
Consultorio de salud	20.2	48.7	31.1

Las instituciones mejor evaluadas en cuanto a grado de confianza es el centro juvenil o cultural con un 48.7% de mucha confianza, luego la escuela o liceo, con un 45% de mucha confianza. Las con menor grado de confianza aparecen la junta de vecinos con el 51.7%

de nada de confianza, el club deportivo (46.2%), Carabineros (43.3%) y la municipalidad (39.1%), porcentajes de nada de confianza en esas instituciones.

Aquellos jóvenes que exhiben un mayor nivel de capital social percibido, tienden a valorar con un mayor grado de confianza en instituciones de promoción o movilidad social, como es el caso de la escuela o liceo, representante local del sistema educativo; y también en instancias o espacios de participación para los jóvenes, en el caso del grupo juvenil o cultural. Y a la inversa, los jóvenes que presentan un bajo capital social percibido, valoran con mayor confianza hacia los instituciones de carácter más de servicios o beneficios sociales, como la municipalidad y el consultorio de salud; y también instituciones con un carácter de protección real o simbólica, como son las iglesias y Carabineros.

Otra dimensión considerada, como de la percepción y evaluación que poseen los jóvenes del vínculo social comunitario, referido a la calidad de las relaciones interpersonales y sociales más amplias entre vecinos dentro de la comunidad, nos arroja una cierta equiparidad entre los juicios presentados y sometidos a la opinión de los jóvenes entre acuerdos y desacuerdos sobre ellos. La mayor diferencia apreciada es el 69.7% de desacuerdo a la afirmación «cuando hay problemas en la comunidad, todos ayudamos a resolverlos», siendo en todas las otras afirmaciones un mayor nivel de desacuerdos sobre aspectos de convivencia entre vecinos, arraigo con la comunidad y de apoyo a iniciativas de tipo juvenil.

Tabla 43
*Manifiesta si estás de acuerdo o en desacuerdo
con las siguientes afirmaciones*

Afirmaciones	Acuerdo	Desacuerdo
La comunidad en la que vivo es solidaria	48.7	51.3
Los vecinos apoyan las actividades e iniciativas juveniles	41.6	58.4
Hay buenas relaciones de convivencia entre los vecinos	47.5	52.5
Me siento identificado con mi localidad o barrio	50.0	50.0
Cuando hay problemas en la comunidad, todos ayudamos a resolverlos	30.3	69.7

III. CONCLUSIONES

Con la indagación sobre ciertas dimensiones referidas a la percepción y valoración que presentan los jóvenes consultados sobre su participación en programas juveniles, como en ámbitos relativos a las nociones de capital social individual y colectivo, podemos señalar algunos aspectos que aparecen como más relevantes luego de la presentación de los principales resultados del cuestionario.

Siguiendo el orden de las tres partes que contempló la formulación del instrumento, en primer lugar, sobre el tipo de joven que participó en estos proyectos juveniles, éstos corresponden principalmente a hombres y con mayor frecuencia en jóvenes de menor edad, entre 15 a 19 años, lo que hace referencia en buena medida al tipo de oferta programática hacia los jóvenes, la que en mayor volumen va dirigida a jóvenes hombres y de menor edad. A su vez, son jóvenes escolarizados en un nivel medio, habiendo un porcentaje de ellos que aún se mantienen en la actividad de estudiantes y no han cerrado su ciclo educacional, estando en el nivel de enseñanza media. Poseen el estado civil de solteros en la mayor proporción y presentan un alto nivel de dependencia respecto de su familia de origen, es decir, viven mayoritariamente en el hogar familiar. Entre las principales actividades que realizan, se ubican el ser estudiantes como primera opción y el trabajar como segunda. Sus grupos familiares principalmente están constituidos por sus padres y hermanos, exhibiendo su padre y madre más bajos niveles de escolaridad que sus hijos y desarrollando actividades laborales de baja calificación laboral para el caso del padre, y la madre realiza básicamente labores de casa. Son jóvenes que perciben que los ingresos económicos del grupo familiar alcanzan justo o tienen déficit para satisfacer las necesidades familiares. Son jóvenes que exhiben un alto grado de participación en algún tipo de organización social del ámbito local y comunitario.

Desde el punto de vista de la evaluación y valoraciones sobre su experiencia de participación en un proyecto juvenil en particular, se aprecia un positivo impacto subjetivo de los jóvenes en su participación en este tipo de programas. Así como en el plano de las expectativas que poseían de su participación en el proyecto, éstas aparecen como altamente cumplidas en la mayoría de los casos. De igual modo, las evaluaciones sobre diferentes aspectos involucrados en el desarrollo de los proyectos, se evalúan en general como positivas, sea en las actividades mismas, en la convivencia entre los participantes y encar-

gados, y en sus propias participaciones. Sólo baja esta valoración en los aspectos de disponibilidad de infraestructura y recursos para el desarrollo de las actividades contempladas en los proyectos. En buena medida esta percepción se relaciona con la disponibilidad restrictiva de recursos comprometidos en los proyectos en general, y en algunos casos, de precarias instalaciones donde se llevaron a cabo estas experiencias. Conjuntamente con lo anterior, similar valoración y evaluación positiva hacen los jóvenes en cuanto al potenciamiento de la adquisición de nuevos conocimientos, destrezas personales y habilidades sociales obtenidas en su participación. Por tanto, debemos rescatar la alta valoración y evaluación positiva que realizan los jóvenes sobre el hecho de participar en estos proyectos.

En el abordamiento del capital social percibido, individual y colectivo, en primer lugar, es posible establecer una relación directa entre el nivel de capital social percibido y las dimensiones contempladas en éste, como fueron manejo del riesgo, percepción de autoeficacia, conducta prosocial, empoderamiento, percepción de vínculos y creatividad, lo que nos exhibe una consistencia interna dentro de la categoría formulada. A partir de ello, las dimensiones que estarían potenciándose en mayor medida corresponden a la de conducta prosocial y percepción de vínculos y apoyo social; y las menores serían manejo del riesgo y percepción de autoeficacia. Es decir, y con base en esas dimensiones, los ámbitos relacionados con conductas orientadas al ayudar a los demás, la solidaridad, la preocupación por los demás, el vínculo comunitario, son los ámbitos que exhiben mayores niveles de valoraciones positivas y de logro a nivel del impacto señalado por los jóvenes, pudiendo ubicarse en el espacio de la sociabilidad y de las diferentes formas de relacionamiento social, tanto con los grupos de pares como en el espacio comunitario.

Por otra parte, no se logra establecer una relación directa y recíproca entre la evaluación positiva realizada sobre los programas juveniles en que participaron los jóvenes y la dimensión de capital social percibido y la percepción de capital social colectivo. Es decir, no necesariamente quienes evalúan más positivamente la experiencia de participación en el proyecto, son quienes presentan un mayor nivel de capital social percibido, en el plano individual y colectivo. Lo que sí logra verificarse es una correspondencia entre el capital social percibido como dimensión individual, con la percepción del capital social colectivo, en específico, con las dimensiones referidas a evaluación de la institucionalidad local y/o comunitaria, y la evaluación del vínculo social comunitario.

De allí que la evaluación e impacto subjetivo del hecho de participar en programas sociales juveniles, no conlleva una percepción y evaluación del fortalecimiento de las capacidades individuales e interpersonales vinculadas al fomento y movilidad del capital social personal; pudiendo plantearse a nivel hipotético que la capacidad emprendedora y la adquisición de capital social individual y colectivo, corresponden a líneas de base, es decir, de un conjunto de capacidades que el joven trae consigo al momento de participar en algún programa juvenil, produciéndose algunas variaciones de acuerdo al tipo de proyecto, sobre todo en los cuales operan ciertos filtros de entrada o selectividad entre sus potenciales participantes, donde una de las variables que insiden en ello es la escolaridad alcanzada, como también en el caso de la actividad social de los jóvenes, las que podemos ubicar en el contexto de las trayectorias e itinerarios del ciclo vital de los jóvenes.

***Análisis y evaluación de resultados
entrevistas semiestructuradas
dirigidas a jóvenes***

I. INTRODUCCIÓN

LOS ANTECEDENTES QUE se presentan a continuación dan cuenta del análisis y evaluación de los datos obtenidos a partir de la aplicación de las entrevistas semi-estructuradas dirigidas a jóvenes. El propósito de tal instrumento fue establecer, desde la propia perspectiva de los jóvenes usuarios de la oferta programática pública y privada orientada a ese sector de la población, un juicio evaluativo sobre la misma. A la vez se propuso determinar cómo dicha oferta está utilizando las nociones de capital social y capacidad emprendedora, qué percepciones tienen los jóvenes respecto de ellas, específicamente el rol y valor que le están asignando en vinculación con la concreción de sus proyectos vitales y, desde este escenario, qué impactos identifican como logros de su participación en los distintos programas y/o proyectos.

De manera particular, respecto de la noción de capital social, se intentó explorar las ideas, contenidos y asociaciones relativas a los recursos o características personales ligados, desde la percepción del sujeto juvenil, a la consecución de su proyecto vital, al mismo tiempo que aquellas referidas a los recursos instalados en relaciones sociales específicas como las establecidas entre dicho sujeto y su familia y con el Estado. Desde esta perspectiva, se indagó sobre el rol que los jóvenes asignan a ambas instancias, y cómo evalúan su desempeño en el horizonte de viabilizar sus metas personales.

En este contexto, también se exploró sobre la eventual vinculación entre las nociones de capital social y capacidad emprendedora, y las posibles características que en ese sentido asumiría. A partir de

este marco, y en conjunto con las demás fuentes de información utilizadas, se busca aportar al debate sobre ambas nociones, su pertinencia teórica y metodológica en vista del diseño e implementación de la política pública dirigida a jóvenes y de la correspondiente oferta programática.

II. ANÁLISIS Y EVALUACIÓN DE RESULTADOS

1. Estructura del análisis entrevistas semi-estructuradas

a) Evaluación del proyecto: intenta dar cuenta de las percepciones subjetivas de los jóvenes usuarios de programas sociales públicos y privados dirigidos específicamente a ese rango etario, respecto de la manera en que funcionó el programa en su respectivo contexto o proyecto particular. Los aspectos evaluados se relacionan principalmente con el tipo de metodología y actividades, satisfacción de expectativas y necesidades personales, utilidad y beneficio, relación con ejecutores del proyecto, evaluación de la participación propia, debilidades y sugerencias de cambio. Los ejes de exploración para el análisis son los siguientes. i) *Evaluación general del proyecto:* alude a la impresión global que los jóvenes, desde sus percepciones subjetivas, tienen sobre cómo se desarrolló el programa y/o proyecto del cual participaron. ii) *Evaluación del proyecto por ámbitos específicos:* se refiere a la evaluación que, desde sus percepciones subjetivas, realizan los jóvenes en cada uno de los principales ámbitos que contempla la implementación y ejecución de un programa y/o proyecto. Éstas son: tipo de metodologías y actividades, satisfacción de necesidades personales, utilidad y beneficio, relación con los ejecutores del proyecto, evaluación de la participación propia, y debilidades del proyecto y sugerencias de cambio.

b) Percepciones sobre capital social individual y colectivo: se trata de un sondeo que intenta dar cuenta de una aproximación preliminar acerca de la manera en que la noción de capital social, tanto individual como colectiva, está contenida en las percepciones y opiniones subjetivas de los jóvenes usuarios de programas sociales públicos y privados. Si la noción está presente o no y específicamente de qué manera se relaciona (el contar con estos capitales o activos) con recursos que permitirán o facilitarán la concreción del proyecto vital.

c) Relación con la capacidad emprendedora juvenil: establece si las percepciones subjetivas de los jóvenes sobre capital social, indi-

vidual y/o colectivo contienen asociaciones referentes a la capacidad emprendedora, es decir, a determinadas características personales, actitudes y conductas que conformarían el perfil emprendedor (según definición que se deriva de variable *capital social percibido*) y de ser así, qué características asume su vinculación. Los ejes de exploración para el análisis son: i) *Recursos individuales ligados a la concreción del proyecto vital*: da cuenta de las actitudes y características personales que, desde la percepción subjetiva de los y las jóvenes, son las más importantes para desarrollar satisfactoriamente el proyecto de vida. A partir de ello se intenta establecer si la noción de capital social como recurso individual está presente y de ser así, si se relaciona con algunas características propias del denominado perfil emprendedor. ii) *Soportes sociales asociados a la concreción del proyecto vital*: da cuenta de los soportes sociales, entiéndase personas e instituciones que desde la percepción subjetiva de los jóvenes, juegan un rol fundamental en la concreción de sus proyectos de vida. Se intenta establecer especialmente el papel que en este sentido asignan tanto la familia como el Estado y, particularmente si ambas instituciones son identificadas como fuentes de capital social colectivo. En segundo lugar se trata de establecer si la noción de capital social, de ser contenida, se halla relacionada con la posibilidad de desarrollar la capacidad emprendedora juvenil. iii) *Impacto del programa en el proyecto vital*: intenta dar cuenta del impacto subjetivo que la participación en el proyecto tiene, en el horizonte de las metas y desafíos personales que conforman el proyecto vital de los jóvenes. En específico, se trata de develar si los jóvenes asocian su participación en el proyecto, con la obtención de mayores posibilidades de concretar sus planes o desafíos y, conocer si desde este escenario, está contenida la idea de capital social o más bien la percepción de la importancia y, por ende, la necesidad de contar con este recurso como activo movilizador del proyecto de vida.

III. PRINCIPALES RESULTADOS DE LA APLICACIÓN DEL INSTRUMENTO

1. Evaluación general del proyecto

En los diferentes grupos de discusión es posible observar una clara tendencia a evaluar positivamente los proyectos en los cuales participaron los jóvenes. Los principales aspectos que aparecen desta-

cados por los beneficiarios se refieren a tres ejes de desarrollo. Por una parte, a los aprendizajes adquiridos al interior de sus respectivos programas, entendidos como los conocimientos y destrezas proporcionados por la línea de capacitación (SERPAJ, SENCE, DOS, INJUV, Mineduc y Gendarmería). En segundo lugar, se releva la constitución de un espacio de socialización que permite a los jóvenes desarrollar y desplegar una serie de habilidades sociales: relaciones interpersonales (INDAP); interlocuciones con pares, profesores y agentes locales (DOS, San Carlos y SENCE); fortalecimiento de la asociatividad juvenil (San Carlos); construcción de espacios de acogida y de desarrollo de habilidades personales (Prodemu y Fondart); incremento de la autoestima y del cooperativismo (Mineduc-ACLE) y consolidación de la participación social (Mineduc-ACLE). La tercera línea de intervención destacada se refiere al fortalecimiento de las iniciativas microempresariales y de gestión económica. Al respecto los jóvenes destacan, la apropiación de conocimientos técnicos asociados a gestión empresarial (VPS), la posibilidad de independizarse económicamente (VPS), la apertura de alternativas para la inserción laboral (Gendarmería) y la contribución al desarrollo económico de la localidad (INDAP).

No obstante el alto grado de reconocimiento a los proyectos en los cuales se participó, los jóvenes tienden, también, a identificar tres problemas u obstáculos que impiden una adecuada concreción de las iniciativas implementadas. Ellas se refieren, a las dificultades que encuentran para encontrar empleo al concluir las capacitaciones (SERPAJ); a las complejidades mayores que enfrentan las iniciativas microempresariales, en comparación con los proyectos centrados en la formación de fuerza de trabajo dependiente (INJUV); y a la insuficiencia de los recursos y de programas destinados a fortalecer o complementar los proyectos de integración económica (SENCE).

2. Evaluación del proyecto por ámbitos específicos

Los grupos de discusión realizaron, además, la evaluación de seis ámbitos específicos: metodología y actividades, satisfacción de necesidades personales, utilidad y beneficio, relación con los ejecutores, evaluación de la participación propia y debilidades del proyecto y sugerencias. Si bien la evaluación de estos aspectos aparece, también, en con una connotación positiva, los beneficiarios señalan algunos criterios que permiten aproximar tensiones relevantes en las ejecuciones programáticas.

a) *Metodología y actividades*

Los procedimientos metodológicos utilizados de manera más frecuente son las reuniones de trabajo periódicas, la ejecución de talleres de formación y capacitación, actividades de terreno o de tipo práctico y el trabajo de evaluación. En general las opiniones de los participantes en relación con las metodologías utilizadas es positiva. Al respecto destacan los siguientes aspectos.

De manera recurrente se destaca la combinación efectiva de metodologías expositivas y prácticas en los cursos de capacitación y formación (SENCE, DOS, Mineduc-LAC y Gendarmería). También se hace referencia al seguimiento y acompañamiento de las experiencias diseñadas (INDAP). De la misma manera se releva que las metodologías diseñadas han sido construidas a partir de las opiniones e iniciativas de los beneficiarios y en consideración a sus necesidades (INDAP, VPS, (Fondart y San Carlos). Enfatizan el diseño de contenidos, metodologías y tipos de evaluación centrados en los procesos de aprendizaje, más que en el rendimiento (Mineduc-ACLE); y destacan que el tipo de actividades no se corresponde con un enfoque tradicional, ya que se introducen saberes y quehaceres propios de la experiencia juvenil (OMJ).

Los déficits percibidos en las metodologías aplicadas se relacionan con dos situaciones: la falta de algunos recursos materiales que dificulta la implementación de actividades prácticas (INJUV); la complejidad de algunas metodologías, excesivamente asentadas en recursos tecnológicos de escasa difusión entre los jóvenes de escasos recursos (Prodemu).

b) *Satisfacción de necesidades personales*

La viabilidad de los proyectos como espacio para la satisfacción de necesidades personales también aparece positivamente evaluado por los jóvenes participantes. Tienden a destacar como logros personales, la incorporación de nuevos aprendizajes y destrezas, como consecuencia de los talleres de capacitación y formación (SERPAJ, SENCE, DOS). De manera más específica relevan que el proyecto les permitió ampliar sus perspectivas sobre el oficio adquirido (DOS); para otros se convirtió en una plataforma desde la cual integrarse al mundo del trabajo (INDAP); también contribuyó al fortalecimiento de las organizaciones juveniles (San Carlos); contribuyó al reconocimiento

social de los jóvenes reconocidas (SENCE); amplió su campo de relaciones interpersonales (Prodemu); fueron incorporados sus intereses e inquietudes en el espacio escolar (Mineduc-ACLE); el programa se adecuó a las expectativas y necesidades particulares de cada uno de los jóvenes (VPS); contribuyó especialmente a la generación de espacios de sociabilidad y de buen uso del tiempo libre (Mineduc-LAC); y se accedió a un alto nivel de convocatoria para las actividades dirigidas a la comunidad (FOSIS). No obstante lo anterior, también se señala con énfasis, como el principal objetivo personal no alcanzado, la necesaria inserción laboral que se perseguía con la participación en el proyecto (SERPAJ, SENCE, INJUV y Gendarmería).

c) *Utilidad y beneficio*

La percepción de los jóvenes beneficiarios en relación con la utilidad de los proyectos a los cuales adscribieron es altamente positiva. El aspecto que se presenta mejor evaluado es el de los aprendizajes recibidos en los cursos de capacitación y formación, especialmente aquellos orientados a la consecución de empleo o al despliegue de iniciativas microempresariales (SENCE, INDAP, DOS, Mineduc-ACLE, VPS, Gendarmería y OMJ).

De manera particular, los jóvenes señalan como elementos que reportaron especial utilidad, el carácter integral de la formación dirigida a la resolución de los problemas de empleo (SERPAJ); los espacios abiertos en el liceo a las prácticas de sociabilización juvenil (San Carlos); el apoyo económico brindado por el proyecto (INJUV); la difusión de una mirada no sexista de las relaciones género (Prodemu); el fortalecimiento de la identidad y de la autoconfianza (Fondart); la generación de espacios para el encuentro entre pares (Mineduc-ACLE); la adquisición de valores asociados al respeto, la tolerancia y la capacidad para trabajar cooperativamente (Mineduc-LAC); y la posibilidad de dar a conocer sus saberes, sus inquietudes y quehaceres a la comunidad (FOSIS).

d) *Relación con los ejecutores*

La relación con los ejecutores es probablemente el aspecto que más connotaciones positivas adquiere en la evaluación realizada por los beneficiarios. Los aspectos que aparecen más frecuentemente en la caracterización realizada por los jóvenes son, la actitud facilitadora de los ejecutores y profesores respecto de los aprendizajes desa-

rollados (SERPAJ); la calidad de las interlocuciones construidas (SENCE); el acompañamiento, la disposición y la incorporación constante de los ejecutores en todas las etapas del proceso (INDAP y Mineduc-LAC); el respeto, la confianza y la valoración por el trabajo desplegado por los jóvenes (DOS y Mineduc-ACLE); el trato horizontal construido entre las partes (San Carlos); la permanencia de los vínculos una vez concluidos los proyectos (Prodemu); la actitud exigente, pero a la vez comprensiva de los profesores a cargo de los módulos (OMJ); y el clima de trabajo cálido y colaborativo que primó en el desarrollo de los proyectos (FOSIS).

El único aspecto negativo es destacado por los beneficiarios de INDAP, que dan cuenta del trato burocrático que recibieron de parte de algunos funcionarios de dicha repartición en situaciones formales como firma de documentos (INDAP).

e) Evaluación de la participación propia

Al igual que en el caso anterior, los jóvenes tienden a relevar los altos niveles de participación alcanzados en los proyectos. Sostienen que ello se expresó tanto en la asistencia a los módulos de formación como en el despliegue de las diferentes actividades consideradas en los proyectos respectivos. La opinión prácticamente unánime de los diferentes grupos consultados es que ello se debió al alto nivel de compromiso y motivación con el cual ellos concurrieron a los proyectos y al fortalecimiento de dichas condiciones de entrada en las diferentes actividades implementadas por los monitores. De esta manera, la disposición inicial manifestada por los jóvenes no sólo no se diluye sino que —por el contrario— se ve fortalecida al interior del proyecto (SERPAJ, INDAP, DOS, SENCE, Prodemu, Mineduc-ACLE, Fondart, VPS, Mineduc-LAC, Gendarmería, OMJ y FOSIS). Un aspecto peculiar lo señalan los beneficiarios del programa INJUV, los que sostienen que el incentivo económico fue un refuerzo importante para fortalecer la participación en el proyecto (INJUV).

f) Debilidades del proyecto y sugerencias

Llama la atención que, no obstante el carácter altamente positivo de las evaluaciones registradas en los acápite anteriores, los beneficiarios tiendan a identificar una serie de debilidades en los proyectos, que se relacionan directamente con los aspectos aludidos como positivos previamente. De esta manera, señalan que mientras los pro-

yectos pretenden habilitarlos para el desempeño de un oficio, los conocimientos adquiridos no les son útiles para integrarse al mundo laboral (SERPAJ y Gendarmería). Por otra parte dan cuenta que, la no inclusión de apoyo financiero (líneas crediticias especiales) a los proyectos, impide la concreción de los planes de negocios diseñados (SENCE).

También señalan que los programas de capacitación se llevaron a cabo en condiciones materiales precarias, especialmente en el plano de la infraestructura y del equipamiento necesario para una formación de calidad (INJUV, SENCE, Mineduc-ACLE). En esta misma línea de opinión algunos señalan que la carga horaria asignada a los módulos de formación fue escasa, en consecuencia no se cumplió con los objetivos originales (Prodemu).

Por último otros señalan que, la dependencia respecto del líder del grupo se convierte en un obstáculo para el adecuado desarrollo del programa, al punto que ello incluso pone en cuestión la sustentabilidad del mismo (Fondart). En el plano más institucional, los obstáculos burocráticos que imponen los municipios al despliegue de las iniciativas de las Oficinas Municipales de Juventud no sólo se convierte en un impedimento para la consecución de ciertos recursos materiales (salas, equipamiento, etc.), sino que, además, da cuenta de la escasa valoración que estas reparticiones le asignan al trabajo con jóvenes (OMJ).

Las sugerencias, en consecuencia, tienden a centrarse en aspectos específicos, sin cuestionar los aspectos de fondo que condicionan la no consecución de los objetivos. De esta manera se tiende a demandar, la inclusión de más horas prácticas en los módulos de formación (SERPAJ); la generación de más recursos para la implementación de los proyectos y en particular de aquellos vinculados a la habilitación de bibliotecas y módulos de aprendizaje (San Carlos, Mineduc-ACLE y Mineduc-LAC).

3. Recursos individuales ligados a la concreción del proyecto vital

El proyecto vital de los jóvenes discurre en función de dos planos que se desarrollan y superponen simultáneamente. Por una parte, las características estructurales que identifican el escenario social y laboral al cual pretenden adscribir; y por otra, el esfuerzo individual que cada uno pone para el logro de sus metas e intereses. No obstante, el primer aspecto, directamente ligado a las posibilidades

ofertadas por los agentes institucionales (empresarios y Estado), adquiere mayor relevancia a ojos de los beneficiarios (SERPAJ y San Carlos). En este ámbito, las percepciones subjetivas de los jóvenes pueden dividirse entre aquellas que otorgan esencial importancia al esfuerzo, la persistencia, la motivación personal y la proactividad (disposición constante a la acción, llevar a la práctica las ideas) en la concreción de su proyecto de vida, lo que parece tener un correlato en la práctica; y aquellas que si bien discursivamente son similares, no parecen ser coherentes con el accionar (SENCE).

No es extraño, en consecuencia, que los jóvenes releven principalmente el sentido de superación, la perseverancia, el esfuerzo personal, la solidaridad y la motivación por aprender, como recursos personales claves para hacer viable el proyecto individual (Prodemu, Mineduc-ACLE, VPS, Gendarmería, OMJ y FOSIS).

Si bien no aparece nítidamente una alusión a características personales necesarias para concretar el proyecto vital, los jóvenes perciben que el esfuerzo, ligado a aprovechar las oportunidades formativas de todo orden, constituye un elemento esencial para hacer viable los desafíos personales, tanto en el hogar como más allá de él. En el caso particular de ellas, el tema de la nivelación de estudios y la posibilidad de acceder a ofertas de formación en un oficio, configuran aspectos no sólo positivos individualmente, sino que también en el marco de las relaciones familiares, principalmente madre e hijos (SENCE).

Una mirada más amplia en relación con el proyecto vital ofrecen los jóvenes adscritos a los programas de INDAP. Ellos asocian inmediatamente el proyecto vital individual con una meta colectiva, cual es la microempresa que están conformando. Desde esta perspectiva, perciben que dentro de las cualidades personales necesarias para concretar el proyecto de vida, las esenciales son la perseverancia, el esfuerzo, estar atento a las oportunidades de capacitación y contar con un nivel de escolaridad que permita acceder a los conocimientos, información y nueva tecnología necesaria para llevar a la práctica la idea de negocios que desean impulsar (INDAP).

Por su parte los jóvenes pertenecientes a las Escuelas de Rock perciben que para hacer realidad su proyecto personal —el que vinculan estrechamente con ejercer la música como oficio— resultan fundamentales las actitudes y las conductas que despliegan. Entre ellas destacan, la constancia, la persistencia, la creatividad, el esfuerzo, la autoestima —sentir que se tiene las capacidades necesarias para lograr

la meta propuesta— y, el que la meta personal no sólo sea algo que satisfaga las expectativas personales, sino que aporte a otros. Además, relevan la capacidad de arriesgarse, de asumir riesgos importantes como actitud necesaria para lograr lo que desean. Opinan que si bien en toda materia es necesario asumir riesgos, en el caso personal y concretamente del oficio que desean desempeñar, esta capacidad debe ser más elevada (DOS).

Algunos jóvenes perciben que dada su situación particular, en que la inserción laboral es vista por medio del trabajo dependiente, la oferta de trabajo y los mecanismos reales de acceso a ella, cumplen un papel central. En este sentido, consideran que el hecho de ser jóvenes, aprendices en el oficio, y/o no contar con los contactos o influencias necesarias en las empresas que contratan este tipo de servicios, juega en contra de sus pretensiones de integración. Esto último genera gran desánimo entre ellos (SERPAJ). Por otra parte, relevan el rol que potencialmente pueden jugar otras personas en la concreción del proyecto vital. Es así, que desde sus propias experiencias, que los moviliza hacia un objetivo común, destacan y valoran un tipo de relaciones interpersonales teñidas por la confianza, el sentido de equipo y la motivación, situación atribuida al grado de conocimiento que existía entre ellos, previamente a la conformación de la microempresa (INDAP).

De esta manera y, pese a criticar el uso de las influencias como estrategia de búsqueda e inserción laboral, perciben que ello se está convirtiendo prácticamente en el único mecanismo en tal perspectiva. Por este motivo, consideran que los contactos o influencias son elementos esenciales para concretar sus desafíos personales. En este caso la atribución de causalidad sería más bien externa (SERPAJ).

Por otro lado, perciben y valoran el vínculo y los apoyos sociales como parte del proyecto vital y concretamente como condicionante positiva del éxito personal. De aquí que la noción de reciprocidad aparezca con claridad. De esta manera, la idea de conducta prosocial, implícita en las percepciones de los jóvenes, es identificada como un activo producido a partir de las mismas características o tipo de relaciones sociales que se establecen (OMJ).

Desde el punto de vista del capital social individual, el discurso de los jóvenes adscritos a los proyectos de SERPAJ presenta contenidos que vincularían la noción con un tipo de recursos depositado en las relaciones sociales. Dicho activo se asociaría con un tipo de vínculos sociales que, instrumental y estratégicamente, facilitan el acceso a las fuentes laborales. Los jóvenes perciben entonces, que contar con

estas relaciones, es un capital de suma importancia para concretar sus desafíos personales (SERPAJ). Por su parte entre los beneficiarios de los programas SENCE e INDAP, la noción de capital social individual no se presenta vinculada explícitamente a una identificación y valoración de las relaciones sociales más próximas como recurso significativo en la concreción del proyecto de vida. La sociabilidad es percibida y valorada sólo en su dimensión expresiva, o sin un objetivo determinado. Lo que sí se manifiesta con más claridad es una asociación con características personales relativas a la percepción de autoeficacia. En esta misma línea, la noción de capital social se presenta vinculada con un tipo de conducta proactiva y, en este sentido, de alguna manera asociada a la capacidad emprendedora juvenil (INDAP y SENCE).

Por su parte, para los jóvenes pertenecientes a las Escuelas de Rock, la noción de capital social individual, aparece relevando aspectos personales como la creatividad, el sentido de autoeficacia, la valoración del vínculo y apoyo familiar y social y la capacidad de riesgo. Por otro lado, el concepto se hallaría asociado a la noción de capacidad emprendedora, elemento que los jóvenes relevan en el contexto de su proyecto vital futuro (DOS).

En el caso de los jóvenes pertenecientes a la Oficina Municipal de la Juventud de San Carlos, la noción de capital social individual no se perfila con nitidez. Al menos en relación con el proyecto vital futuro, excepto en la línea de el sentido de autoeficacia, motivación de logro y atribución interna de causalidad. Hasta el momento parece ser que las vinculaciones más significativas están asociadas a la valoración de la sociabilidad propiamente tal y a sus funciones expresivas. Esto es, la posibilidad de compartir e intercambiar experiencias entre pares, ampliar el circuito de relaciones entre jóvenes. Como se puede observar, la dimensión más social, o de actitudes y conducta prosocial, elementos ligados al concepto, no se presentan con precisión. En esta misma perspectiva, no se presentan asociaciones significativas entre capital social y capacidad emprendedora juvenil en el horizonte del proyecto vital futuro (San Carlos).

De la misma manera, para las jóvenes beneficiarias de los programas de Prodemu, el desarrollo de conductas prosociales, como la solidaridad, no aportan al logro de los desafíos personales. De esta manera, la solidaridad es ejercida tan sólo de una persona a otra, siendo esta última la que utiliza la relación a beneficio individual. Es así, que la noción de capital social individual sólo se presenta asociada a dimensiones como el sentido de autoeficacia, la motivación de logro,

la creatividad y la capacidad de asumir riesgos, sin embargo, no aparece con claridad la valoración de la vinculación social como factor movilizador del proyecto personal (Prodemu). También en el caso de los beneficiarios de los programas de la Vicaría de la Pastoral Social y del FOSIS, la solidaridad aparece relevada como una vinculación de carácter instrumental-estratégico (VPS y FOSIS).

4. Soportes sociales asociados a la concreción del proyecto vital

Tres aspectos aparecen resaltados por los jóvenes al momento de evaluar los soportes sociales que contribuyen o complejizan la concreción de su proyecto vital: el rol de la institucionalidad pública, las oportunidades generadas por dicha institucionalidad y los espacios de sociabilización familiar.

Un primer antecedente a destacar es que el referente de primera mano que tienen los jóvenes, al momento de remitirse a los soportes sociales que juegan un rol significativo en la concreción de sus proyectos vitales, es el Estado (Fondart, Mineduc-LAC y VPS). No obstante lo anterior, los jóvenes acusan la escasa información con la que cuentan, acerca de las instituciones públicas y privadas y del quehacer que realizan éstas, lo que dificulta su visión del Estado, restringiendo sus estrategias de búsqueda de opciones para cumplir sus metas (SERPAJ).

Se asume, a su vez, que la responsabilidad específica de las instituciones públicas es entregar oportunidades en lo educativo y laboral. En la práctica, evalúan que tal papel lo desempeñan a medias, relevando especialmente los déficits de la gestión en el ámbito laboral. Perciben la existencia de un sesgo en la oferta programática y en el acceso a fuentes de financiamiento (SENCE).

También se tiende a vislumbrar la gestión del Estado con la acción de los gobiernos regionales y comunales como actores claves en el desarrollo productivo del país y concretamente de las localidades rurales y más pobres. Definen el rol de éste, como soporte del desarrollo productivo de dichas localidades, percibiendo que sus contribuciones no sólo se cristalizan a través de ayudas financieras o acceso a créditos especiales, sino que también por medio de lo que denominan «apoyo moral», noción que asocian a un tipo de actitud relacionada con la buena disposición y comunicación entre éstos y la población, particularmente con aquella que está desarrollando focos productivos en el sector (INDAP).

En este contexto, algunos mencionan entre los principales soportes sociales que deberían colaborar al desarrollo de sus proyectos vitales al municipio. Consideran que la figura del alcalde, el liderazgo que pueda ejercer al igual que toda su gestión, resulta esencial para impulsar la expresión juvenil en la comuna. Sin embargo, la evaluación que realizan del rol desempeñado es más bien negativa (DOS).

Un primer elemento, es que para estos jóvenes el concepto de soporte social está asociado inicialmente a la idea de institucionalidad pública y privada. En este contexto, perciben que entidades tales como el Municipio, la Oficina Municipal de Juventud, INDAP y los empresarios, juegan un rol fundamental en la concreción de sus proyectos vitales, particularmente en los ámbitos de educación y trabajo (San Carlos, FOSIS, Gendarmería y Mineduc-ACLE).

Resulta interesante señalar que para estos jóvenes, la representación de soporte social está estrechamente ligada con sus experiencias de vida. En este sentido, consideran que el INJUV juega un rol importante, proporcionando oportunidades como la relativa al proyecto. También identifican a la Oficina Municipal de Intermediación Laboral (OMIL) y la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), aunque la primera más bien como una central de información y contacto para acceder a la oferta programática y de actividades destinada a apoyar iniciativas juveniles en la comuna. La segunda es percibida como una entidad que debe apoyar el desarrollo de los pueblos indígenas (INJUV y SENCE).

El tema de la integración al mundo productivo, desde la percepción de las jóvenes es el rol o tarea nuclear del Estado. Plantean que ampliar el campo de opciones para las mujeres es la necesidad imperativa. Asimismo, consideran que una función central de las instituciones públicas es mantener informada a la población, refiriéndose en específico, a entidades más ligadas a su experiencia cotidiana, como son el Municipio, consultorio y medios de comunicación (Prodemu).

a) *Capital social colectivo*

Desde la perspectiva del capital social colectivo institucional, la imagen que se desprende es que los jóvenes establecen la necesidad de contar con una estructura de oportunidades académicas y laborales, pero que ésta no es suficiente por sí sola para hacer efectiva la integración en estas esferas. También relevan la importancia de colaboración entre Estado, sociedad civil y mundo privado en el ámbito labo-

ral. Perciben que la calidad de las relaciones sociales o de la sociabilidad a este nivel, es un componente que beneficia la integración laboral. En este sentido, la noción de capital social se presenta como un recurso importante que debe asentarse, como ya se mencionó, en un espectro de oportunidades pertinentes a las necesidades de la población y cuya distribución sea amplia y equitativa (SERPAJ, FOSIS y SENCE). No obstante, la relación entre institucionalidad y sociedad civil se vislumbra, aún de forma difusa como un elemento que podría ser importante para acceder a toda la oferta vigente. Por tanto, la imagen de capital institucional está asociada con una relación vertical (SENCE, Gendarmería, VPS, Fondart, Prodemu, INJUV y San Carlos).

Los énfasis, desde el punto de vista de los requerimientos planteados al Estado, se sitúan en una mayor dotación de recursos educativos y laborales por medio de un espectro de oportunidades atingentes. Por otro lado, vinculan dicha imagen con la idea de una gestión que involucre efectivamente a la población, que impulse su participación activa, tanto en el marco del acceso a información y recursos, como en el de actuación protagónica en el desarrollo económico de la zona (INDAP).

Excepcionalmente, la noción de capital social colectivo institucional aparece asociada a un tipo de relación de reciprocidad, en este caso con un énfasis más bien instrumental, en el que toda las partes implicadas pueden obtener beneficios individuales. Sin embargo, no se presenta ligada con la concreción del proyecto vital futuro, por lo que no podría estimarse su valoración en este contexto (Mineduc-LAC).

b) Otras instituciones (familia)

Respecto de otras instituciones o personas que deberían actuar como soportes para la materialización del proyecto vital, mencionan a la familia. Si bien el rol que le asignan a ésta no queda del todo perfilado, tienden a asociarlo con el ámbito de los estudios y en el óptimo del desempeño de su papel, lograr que los hijos alcancen un nivel de escolaridad que les permita acceder con mayor facilidad al mundo laboral y a condiciones de trabajo adecuadas (INDAP, Mineduc-ACLE y San Carlos). Desde esta perspectiva, la familia debe asumir como funciones fundamentales, el dar acogida, confianza y acompañamiento en la toma de decisiones (SENCE, Mineduc-LAC, VPS y Fondart). Desde el enfoque del capital social colectivo familiar, es posible indicar que la noción se halla vinculada a la identificación y valoración de un tipo de

relaciones interpersonales al interior del grupo familiar que, en la forma de soporte emocional, afectivo y material, motiva la concreción de los proyectos vitales de los hijos (DOS, OMJ y Gendarmería). En esta perspectiva, y en función de la evaluación del rol desempeñado, los jóvenes percibirían contar con tal recurso, al menos como condicionante o clima propicio para el logro de sus objetivos personales (SENCE).

No obstante algunos también consideran que se han sentido un tanto restringidos al momento de elegir alternativas post egreso de la enseñanza media, ya que la familia tiende a prefigurar un camino específico de formación, asociado a un tipo de inserción laboral (INJUV). De la misma manera, otros jóvenes señalan que el concepto de capital social no se hallaría presente en las relaciones familiares, ya que perciben que las características que asume la sociabilidad en el núcleo de coresidencia no configura un activo importante (FOSIS).

5. Impacto del programa en el proyecto vital

En términos generales los programas son percibidos por los jóvenes como factores de transformación de quehaceres y entornos. No obstante las valoraciones de la densidad de dicho impacto manifiestan distintos rangos de apreciación. Al respecto resulta particularmente interesante que especifiquen las diferencias que se producen entre aquellos jóvenes que participan en este tipo de programas y/o proyectos, y los que no lo hacen, específicamente en el contexto de la concreción del proyecto vital. Así, explicitan que dicha diferencia se expresa en la disposición constante de los primeros a buscar las oportunidades económicas y formativas para materializar sus desafíos. En este sentido el programa habría fortalecido sus características y capitales individuales (especialmente educativos y sociales). De esta manera, el impacto subjetivo que tuvo la participación en el programa, en la perspectiva de la noción de capital social, es asociada a la promoción de la capacidad emprendedora juvenil. Además, aunque indirectamente, se le atribuye a éste la ampliación de las relaciones sociales, con un carácter instrumental estratégico y expresivo, fundamentalmente una combinación de ambas. En esta perspectiva, los y jóvenes relevan la extensión de sus relaciones sociales tanto con la institucionalidad como entre pares (INDAP, Prodemu, Gendarmería y San Carlos).

En general consideran que su participación en el programa les ofrece mayores oportunidades para realizar su proyecto personal, por

cuanto los habilita en los conocimientos, capacidades y destrezas necesarias para ello. Si bien piensan que se trata sólo de un paso más allá en su formación integral, la califican de altamente relevante, pertinente y gatilladora de actitudes y conductas que les permitirán acceder a instancias formativas superiores, y potencialmente a redes de contactos que les pueden contribuir con aportes de experiencias, aprendizajes y conocimientos. Asimismo, perciben que la formación entregada, potencia actitudes y conductas personales que sirven de base a la consecución del proyecto personal, como son la persistencia, el sentido de identidad y pertenencia, la motivación, la responsabilidad y compromiso con lo que se está realizando, entre las más destacadas. En este contexto, la noción de capital social se presenta vinculada a la participación en el programa, tanto a nivel individual, potenciando el desarrollo de la autoconfianza y otras características personales de los participantes, como a nivel colectivo promoviendo de alguna manera el relacionamiento informal entre pares y la asociatividad formal. A la vez, la dimensión expresiva o la sociabilidad en sí misma es vista como un impacto subjetivo de la participación en esta experiencia formativa (DOS).

Otros jóvenes señalan que su participación en este tipo de programas los distingue de aquellos que no lo hacen, principalmente por su acceso a capacitación, aspecto que valoran como potencial recurso en el ámbito de la obtención de ingresos económicos. En este sentido perciben la eventual movilización de este recurso o capital formativo, en vista de sus desafíos personales. Por otro lado, identifican y valoran como impacto de la capacitación, el haber generado la vinculación con una entidad que en el futuro les puede seguir reportando beneficios en términos de dotación de recursos individuales. Asimismo, destacan la ampliación de sus relaciones sociales, especialmente entre pares, esto es enfatizan como logro, la adquisición de capital social desde su dimensión expresiva, aspecto que sin embargo no asocian con la consecución de sus proyectos personales (SENCE y VPS).

A nivel de aquellos jóvenes que desarrollaron experiencias en el ámbito escolar, se señala que las ACLES han generado tres repercusiones importantes en su experiencia de vida. Una de ellas se relaciona con que ésta les ha permitido acceder a un espacio de socialización más amplio y distinto al que conocían, lo que las ha instado a desplegar y desarrollar en profundidad sus habilidades sociales, recurso que valoran proyectando el contexto de inserción laboral futuro. En todo caso, el énfasis está puesto en la dimensión expresiva o de la sociabi-

lidad sin un fin en particular. En segundo lugar, consideran que la participación en el programa ha hecho posible el fomento y la valoración del trabajo colaborativo, habilidad social que también asocian a un recurso importante para desempeñarse exitosamente en el mundo del trabajo. Por otro lado, si bien no tan claramente, los discursos de los jóvenes aluden a la oportunidad que les ha brindado las ACLES para establecer una relación más estrecha con los directivos y la comunidad educativa en general, a la vez que con el Municipio, aspecto que homologan a un determinado recurso del que se podrían obtener beneficios y utilidades para llevar a cabo las iniciativas juveniles presentes. Todos estos logros sin embargo, no necesariamente constituirían recursos movilizados de sus proyectos personales futuros (Mineduc-ACLE y Mineduc-LAC).

Por su parte los jóvenes adscritos al programa de FOSIS perciben que su participación en el proyecto ha producido un impacto importante en algunos objetivos de tiempo presente como es el desarrollo de la comuna, particularmente en el ámbito de la convivencia entre vecinos. Consideran que esta instancia les ha permitido mejorar su propia relación con la comunidad. Inclusive perciben que ello ha redundado en la introducción de mejoras en el entorno físico local. Asimismo relevan como impacto del proyecto, la ampliación y profundización de las relaciones sociales en general, sin fines específicos, destacando con ello los aportes en términos del capital social en una dimensión expresiva, impacto no asociado a la movilización de capitales o recursos en pro del proyecto vital (FOSIS).

Por último, en la mayoría de los casos, los jóvenes manifiestan que el principal impacto del proyecto se sitúa en la ampliación y profundización de las relaciones sociales en general, sin fines específicos, destacando con ello los aportes en términos del capital social en una dimensión expresiva, impacto no asociado a la movilización de capitales o recursos en pro del proyecto vital (SERPAJ, San Carlos, OMJ, Fondart, Prodemu, INJUV y SENCE).

No obstante lo anterior, muchas de las experiencias programáticas evaluadas señalan que el impacto de la misma careció de relevancia o —al menos— no cumplió con las expectativas iniciales. Así, algunos jóvenes no perciben ninguna diferencia concreta entre ellos, y aquellos que no participaron del proyecto, salvo en el ámbito de los aprendizajes adquiridos. Sin embargo, en la perspectiva de sus proyectos personales y, concretamente en el ámbito de inserción laboral a corto plazo, meta que se trazaron como gran expectativa en relación a

la capacitación, perciben que la situación aún no se resuelve. Consideran que solamente en la medida que se haga efectiva tal expectativa, en un plazo no tan extendido, es posible evaluar que este tipo de programas y proyectos les puede colaborar en un futuro mejor, o en que puedan llevar a cabo las metas planteadas. En vista de lo anterior, la participación en el proyecto no habría generado un impacto en el capital social o en la movilización de recursos en el horizonte de las metas vitales, al menos aún no lo pueden definir de esa manera, aunque destacan la dotación de capital formativo o educativo (SERPAJ, OMJ, FOSIS y SENCE). En este mismo sentido, algunos enfatizan que su participación en el programa —no en todos los casos— tiene una relación directa con la posibilidad que les vaya bien en la vida. Consideran que aquello depende más bien de sí mismos y del proyecto personal, concretamente laboral, futuro. Es decir, el programa, desde sus perspectivas subjetivas, no habría generado un impacto en la movilización de recursos específicos en pro de la meta de inserción laboral, excepto y según corresponda, como adquisición de capital formativo o educacional por medio de la habilitación básica en algunos oficios y gestión de planes de negocios (INJUV y Fondart).

IV. CONCLUSIONES

A partir del análisis y evaluación de la información obtenida en función de la aplicación de entrevistas semi-estructuradas dirigidas a jóvenes usuarios de la oferta programática pública y privada, se pueden realizar algunas inferencias que se ubican en dos planos. Uno, basado en las percepciones evaluativas sobre el funcionamiento interno de los programas y otro, en las visiones subjetivas sobre de la noción de capital social individual y colectivo.

1. Evaluación de la oferta desde la noción de capital social

a) *Disociación entre oferta programática y las expectativas de integración social*

La evaluación general de los jóvenes del modo de funcionamiento interno de los programas es más bien positiva, sin embargo, específicamente en los programas de tipo productivo se observa una escasa conexión entre oferta y efectividad de los procesos de integración laboral, supuestos en sus orientaciones. Esta disonancia se constata

además en las percepciones sobre el rol del Estado en el proyecto vital, el que en general se vincula con la estructura de oportunidades y los mecanismos de distribución de las mismas y la correspondiente evaluación negativa que los jóvenes realizan. Esto se traduce en una tendencia a percibir un déficit de capital en ese contexto.

Al mismo tiempo, y si bien las percepciones de aquellos jóvenes que participaron de programas de tipo cultural o social comunitarios en términos de impacto, tienden a ser más positivas en relación con sus expectativas de integración, que en la mayoría de los casos refieren a ámbitos no vinculados a sus proyectos vitales futuros, en áreas más decisivas de la misma, también perciben un déficit de capital.

b) El principal impacto: la sociabilidad en sí misma

Los contenidos, ideas y significados más explícitos y directamente vinculados a la participación tanto en programas productivos como culturales o social comunitarios, en términos de capital social, son aquellos que lo asocian con la dimensión expresiva del mismo. Es decir, desde la perspectiva subjetiva de los jóvenes, dichos programas, habrían generado un impacto especialmente en el ámbito de su sociabilidad sin un fin en particular.

En este contexto, si bien la perspectiva del capital social resultaría importante de introducir como parte del diseño programático, no es menos cierto que se requeriría debatir en torno a sus distintos énfasis o dimensiones, identificando las lógicas comprensivas que los subyacen, así como también ponderando sus utilidades. Esto, no perdiendo del horizonte, por el contrario demarcando el objetivo de construir estrategias más pertinentes y efectivas de integración social juvenil. En vista de las percepciones juveniles, aquí hemos señalado al menos dos dimensiones o visiones del capital social, la expresiva y la instrumental-estratégica, a la vez que la utilidad que reportarían por separado e integradas en el contexto de la consecución de las metas personales. La interrogante evidente, como guía de reflexión es, si la sociabilidad por sí misma o el acento en dichos procesos, puede ser considerada por sí sola como elemento esencial y más relevante en la toma de decisiones y el diseño de la oferta programática dirigida a jóvenes y en este sentido, si es posible homologar esta perspectiva del capital social, con un tipo de recurso que puede colaborar decisivamente a la concreción del proyecto vital juvenil. Ello, particularmente en el ámbito de su integración social efectiva. Desde la óptica de los

jóvenes parece obvio que la estrategia no va por ahí, pues si bien destacan y valoran las intervenciones como espacio de encuentro y de intercambio de experiencias, asumen que ello no resuelve el gran desafío de su integración, donde destacan particularmente la laboral. Su demanda por tanto, va mucho más allá del funcionamiento interno de los programas y/o proyectos.

c) *Entre capital social y capacidad emprendedora*

La mayoría de los programas no vincula la noción de capital social con el concepto de capacidad emprendedora juvenil, especialmente aquellos de tipo productivo, excepto los mejor evaluados como son el Programa Servicio Rural Joven de INDAP y el Programa de Microemprendimientos Juveniles de la Vicaría de Pastoral Social. En este sentido, parece ser que la carencia de un enfoque integrado de capital social en su dimensión expresiva e instrumental estaría asociado a tal situación. De esta manera, la no incorporación de una visión instrumental estratégica del capital social, a gran parte de la oferta programática, si bien no puede entenderse como «el motivo» por el cual han fracasado o dificultado sus procesos de integración laboral una parte importante de los jóvenes usuarios de dicha oferta, desde sus perspectivas subjetivas, constituiría un déficit ligado de manera importante a estos resultados.

2. Algunas aproximaciones sobre el concepto de capital social juvenil

a) *La integración social juvenil como contexto del capital social*

Desde la perspectiva del proyecto vital, la inserción laboral satisfactoria se presenta como uno de los desafíos y aspiración centrales. Es así, que en el contexto de la integración social, los jóvenes vislumbran como sustrato, la estructura de oportunidades, su extensión y calidad. La noción de capital social y su significancia están asociadas más que nada a la gestión de la institucionalidad pública. En este sentido, algunos jóvenes perciben la vinculación entre Estado, mundo privado y sociedad civil. Otros, además relevan el rol que jugaría la sociabilidad en términos de reciprocidad, considerando que la acción conjunta de estos tres actores puede redundar en beneficios colectivos, a saber, desarrollo para todos. Esta última percepción, aunque no re-

representativa de la mayoría de los jóvenes entrevistados, estaría ligada a una particular visión sobre el sí mismo, la imagen de sujeto, actor y, por tanto, protagonista del desarrollo, al menos a nivel local.

b) *El capital social como relación*

Desde el punto de vista del capital social individual y colectivo, la noción estaría ligada a un tipo de relación que puede adoptar un sentido expresivo o de búsqueda del encuentro con otros, sin ningún otro objetivo, o bien un sentido estratégico-instrumental. Esta última relación busca algún beneficio o utilidad específica, ya sea individual o colectiva. Además ambos sentidos se pueden integrar en una misma relación. Los énfasis, más bien la relevancia que los jóvenes le atribuyen a una u otra dimensión del capital social, estaría dada por el tipo de meta personal trazada y la percepción sobre las posibilidades de injerencia en la concreción exitosa de la misma.

Es así, que en el caso de los desafíos relativos a la integración social vía la escolaridad y el trabajo, los jóvenes otorgarían mayor importancia al Estado y la familia, especialmente al primero. El contar o estar implicado en relaciones sociales que, tanto desde la institucionalidad pública como a partir del núcleo familiar, posibiliten la dotación de recursos individuales, así como también las oportunidades necesarias, es considerado por la mayoría de los jóvenes, el contexto y las condicionantes principales para la integración. Las características personales si bien juegan un rol significativo en la concreción del proyecto personal, desde la visión subjetiva de los jóvenes entrevistados, sólo ejercen influencia en la medida que los otros dos factores se dan. Sin embargo, para otro grupo de jóvenes, aunque no mayoritario, ambas condicionantes, Estado y familia no son tan determinantes en este sentido, relevando el papel que juega el propio sujeto en la materialización de sus metas personales, especialmente a la luz del clima de incertidumbre que caracteriza el contexto social actual, específicamente en el terreno de lo laboral. Para estos jóvenes, la perseverancia, el esfuerzo, la creatividad, la capacidad de arriesgarse y la búsqueda constante de oportunidades son características claves que favorecen tal proceso.

En una primera aproximación a la noción de capital social familiar, éste estaría asociado e identificado como una determinada dinámica relacional interna que sirve de soporte emocional, motivacional y material en la concreción del proyecto vital. Esto, por supuesto

mediatizado por la edad, la etapa vital y las experiencias de vida particulares de los jóvenes entrevistados. Aquí el término estaría más ligado con un tipo de relación que actuaría como contexto del proceso de desarrollo de los jóvenes, sin un objetivo específico.

En una perspectiva más directa que intenta vincular capital social familiar y proyecto personal, los y las jóvenes asocian y valoran la noción como un tipo de dinámica relacional interna que promueve la adquisición de recursos individuales, dentro de los que destacan el capital educacional, activo que se percibe como uno de los mecanismos más efectivos de integración social. En consecuencia, la noción estaría más conectada con un tipo de relación dirigida a un fin específico u orientada a colaborar en la resolución de un desafío concreto del desarrollo, cual es la autonomía e independencia personal por medio de la inserción laboral exitosa.

c) *El capital social como sustrato y recurso movilizador de la capacidad emprendedora juvenil*

Si bien la mayor parte de las percepciones subjetivas de los jóvenes usuarios de la oferta programática no vinculan las nociones de capital social y capacidad emprendedora juvenil, los que sí lo hacen, identifican el primero con un recurso que moviliza y nutre constantemente la capacidad emprendedora, a la vez que favorece la consecución exitosa de los emprendimientos juveniles en diferentes ámbitos. Esto, enfatizando específicamente el carácter instrumental-estratégico de las relaciones sociales que se establecen. En un contexto ideal, dichos vínculos permitirían acceder con mayor facilidad a aquellos recursos específicos ligados a la viabilidad de la iniciativa a desarrollar; como serían nuevas tecnologías, fuentes de financiamiento, conocimiento, recursos humanos y materiales.

d) *El capital social y los procesos de individualización y autonomía juvenil*

Las ideas, contenidos y significados asociados a la noción de capital social —de una u otra manera— expresan las visiones y valoraciones del vínculo social por parte de los jóvenes, desde su condición de tales y en el marco social actual. Por tanto, en parte importante, también dan cuenta de cómo se están desarrollando sus procesos identitarios y de autonomía personal. Esto, porque la construcción y

valoración de la imagen individual siempre se realiza en función de otros sociales, al igual que el logro de la plena independencia que no sólo se sustenta en la adquisición de recursos personales, como las habilidades sociales, la autoconfianza, el capital cultural y educativo, sino que de manera significativa, en la capacidad del sujeto para vehicular dichos recursos en pro de su integración social efectiva. En vista de esto, se constata una conexión entre las percepciones que tienen los jóvenes, sobre los recursos individuales y capital social colectivo —familia y Estado— y la visión subjetiva acerca del sí mismo y las posibilidades de incidir en la consecución del proyecto vital. La ponderación de estos tres elementos en conjunto y, el peso relativo que se le asigna a cada uno, estaría proporcionando elementos importantes sobre la perspectiva desde la cual los jóvenes están elaborando e intentando llevar a cabo sus metas personales, aspecto central a considerar en el debate teórico y metodológico sobre el concepto.

En vista de lo previamente expuesto, el enfoque de capital social no constituiría «la fórmula o estrategia» para el diseño e implementación de la oferta programática dirigida a jóvenes. Esto, porque no existiría una vinculación de causalidad entre dicha noción y la posibilidad efectiva de integración social. Los jóvenes son muy precisos cuando hablan de la necesidad de contar inicialmente con un espectro amplio de oportunidades, así como también de mecanismos de distribución que aseguren la igualdad. Además relevan las características y recursos personales que se colocan en juego al momento de llevar a cabo exitosamente las metas propuestas. En este escenario, lo que sí se desprende de sus percepciones y opiniones, es que la perspectiva puede colaborar en el sentido que permite establecer que un tipo de relaciones específicas, de confianza, colaboración y solidaridad en distintos contextos, desde el mismo sujeto hasta los vínculos familiares y con la institucionalidad pública, permite hacer más viable y sustentable el proyecto personal.

Capítulo 3

LA POSIBILIDAD DEL CAPITAL
SOCIAL JUVENIL EN LA POLÍTICA SOCIAL
DIRIGIDA A JÓVENES

EN EL PRESENTE capítulo de síntesis se desarrollan cuatro tematizaciones posibles de establecer en la relación constituida entre las líneas programáticas evaluadas en el estudio y las categorías de capital social y capacidad emprendedora en el mundo juvenil. El análisis se despliega sobre la base de una lectura integrada de los diversos hallazgos identificados, considerando para ello el nivel de los diseñadores de programas, los ejecutores de éstos y los beneficiarios de los proyectos estudiados; como también teniendo a la vista y contrastación con los antecedentes conceptuales expuestos.

I. CAPITAL SOCIAL Y EMPRENDIMIENTO JUVENIL

El presente apartado se propone discutir críticamente la pertinencia y sentido del uso de la dupla «capital social-emprendimiento» en la fundamentación operacional de una política social juvenil. Para ello, se somete a debate la propuesta que la noción de emprendimiento constituye una dimensión eficaz para la operacionalización del concepto de capital social, argumentando que resulta discutible el grado de coherencia conceptual que se puede establecer entre ambas dimensiones al interior de la política social juvenil.

La noción de emprendimiento nos remite a la idea genérica de crear o inventar, siendo definida como «toda acción innovadora que, a través de un sistema organizado de relaciones interpersonales y la combinación de recursos, se orienta al logro de un determinado fin. Este último puede ser de índole económica, cultural, religiosa, política u otra» (INJUV, 1999:5). En un sentido específicamente económico,

emprender nos refiere a la capacidad de implementar acciones destinadas a la transformación de los recursos materiales existentes, con miras a crear nuevos y más diversos recursos.

Desde esta perspectiva, la noción de emprendimiento nos remite a una visión racionalista del sujeto, donde la acción de emprender aparece como una acción racional situada en las posibilidades cognitivas e intencionales que un individuo tiene para innovar en su vida cotidiana, y donde el individuo emerge como un actor capaz de decidir sus acciones sobre la base de los niveles de habilitación psicosocial que posee. El emprendimiento aparece como un atributo individual de aquellos sujetos capaces de resolver sus problemas en forma racional, creativa y eficaz, centrando el *locus* de la explicación del fenómeno, en las características psicológicas de un sujeto emprendedor.

Los intentos por establecer un perfil de los sujetos emprendedores han tendido a agrupar las principales variables en algunas categorías fundamentales, tales como: rasgos de personalidad, capacidades intelectuales, habilidades y talentos, conductas, actitudes y conocimientos específicos (INJUV, 1999). En estas categorías generales destacan algunas variables en forma transversal, indicándonos algunos rasgos que pueden resultar críticos para la construcción de un perfil del emprendedor ideal, entre este tipo de variables destaca la autonomía, la creatividad, la autoconfianza, la disposición al riesgo y la persistencia ante las situaciones difíciles. Sin embargo, a pesar de su aparente diversidad, todo este conjunto de categorías y variables nos remite al mismo conjunto de capacidades y habilidades psicológico-interpersonales que los sujetos son capaces de poner en funcionamiento al resolver problemas de la vida cotidiana.

De este modo, la noción de emprendimiento nos conecta con una perspectiva de la acción racional, en la cual cada actor controla determinados recursos sobre la base de determinados intereses y con el fin que se produzcan unas determinadas consecuencias. La base conceptual de una teoría de la acción racional nos remite a una idea extraordinariamente descontextualizada de la acción del sujeto, y desdibuja radicalmente el análisis de las condiciones de posibilidad que tiene la acción en el marco de una comunidad y una historia de relaciones con los demás. El problema es que cuando imaginamos a un sujeto enfrentando una tarea, no podemos concebir que este sujeto resuelva dicha situación sólo sobre la base de un procedimiento racional, sino que también debemos considerar que en aquella toma de decisión, se hace presente un conjunto de relaciones socialmente es-

estructuradas y subjetivamente activadas, que nos obliga a trascender una pura explicación racional de la acción.

Aquí radica la dificultad conceptual de la asociación propuesta entre capacidad emprendedora y capital social, ya que si aceptamos que el emprendimiento puede constituir una operacionalización eficaz de la noción de capital social en la política juvenil, estaríamos aceptando el reducir la noción misma de capital social a una dimensión individualista propia de las teorías de la acción racional, postergando varias de las dimensiones estructurales y subjetivas que hacen de este concepto una categoría mucho más compleja que la de emprendimiento.

La noción de capital social nos refiere a dimensiones relacionales que pueden ser estructurales o simbólicas, es decir, nos ubica en el territorio de la integración, la asociación, la participación, sea en ámbitos materiales o simbólicos de la sociedad, de modo que trasciende una visión estrecha de este fenómeno como un tipo particular de recurso o disposición del actor individual. Como señala Parker, el concepto de capital social alude a las redes sociales, a las relaciones de confianza y a las instituciones que conforman un determinado tejido social, en último término refiere a la forma «cómo individuos y/o comunidades se insertan y participan en dichas estructuras interrelacionales y cómo ese tipo de inserción redundan en la obtención de oportunidades para la acción individual o colectiva» (Parker, 2002:10). De este modo, el capital social constituye un rasgo de las relaciones que establecen los sujetos, una característica de las redes sociales, y por lo tanto, requiere de una operacionalización más amplia que la propuesta en las líneas programáticas del emprendimiento juvenil.

Sin embargo, como señalamos anteriormente, la representación prototípica del emprendedor es el sujeto próspero que logra dar con aquel negocio que lo moviliza socialmente. Ésta es la imagen con la que opera una parte importante de los proyectos juveniles considerados en este estudio, privilegiando inversiones y metodologías capaces de habilitar a jóvenes para constituirse en sujetos racionales, creativos y esforzados. El problema está en que los actores de estos mismo proyectos se explican las dificultades que presenta este proceso de habilitación a partir de la falta de capacidades generales en los jóvenes. En el caso de los ejecutores de los proyectos, estas dificultades aparecen como una falta de recursos educacionales y culturales en los beneficiarios, mientras que para los propios jóvenes las dificultades se refieren a una falta de relaciones y vínculos significativos con la familia y la escuela. De este modo, a pesar que los proyectos se definan

al nivel de la promoción de habilidades individuales para emprender económicamente, los actores de estos proyectos, se remiten a la estructura de relaciones y vínculos de confianza social para explicar sus propias experiencias, nociones más cercanas al concepto de capital social que a la idea de emprendimiento.

Si consideramos la percepción que los jóvenes tienen de las dimensiones del capital social individual nos indica que para éstos resultan más relevantes aquellas dimensiones vinculadas al asociacionismo —como los vínculos y las conductas prosociales—, que aquellas dimensiones más relacionadas con las habilidades emprendedoras clásicas —como autoeficacia y conducta de riesgo—. Estos resultados no significan que las dimensiones más operativas e individuales del capital social individual no resulten relevantes para una política juvenil, sino que más bien nos sugieren que estas dimensiones hacen parte de unos procesos más complejos vinculados a las posibilidades de inserción de los jóvenes en relaciones sociales significativas.

Siendo así, resulta una asociación poco afortunada la dupla entre capital social y emprendimiento, especialmente cuando nos referimos a la fundamentación operativa de una política social juvenil. El problema no está con la noción de capital social, cuya acumulación resulta relevante para las posibilidades de integración social de los jóvenes, sino con el concepto de emprendimiento, el cual no aparece como una categoría conceptual lo suficientemente compleja como para desarrollar las diversas dimensiones del concepto de capital social.

Pero también hay dificultades contextuales de la realidad de los jóvenes que hacen poco aconsejable la asociación entre capital social y emprendimiento. Los jóvenes destinatario de las líneas programáticas analizadas constituyen un grupo social con grados diversos de desintegración biográfica y estructural, de modo que la transferencia de habilidades emprendedoras y recursos básicos no resulta suficiente para compensar la exclusión de las vías de socialización escolar o los déficit de apoyo familiar, ya que estos jóvenes aparecen como sujetos estereotipados por relaciones y visiones de futuro marcadas por la desintegración. En este contexto, las líneas programáticas centradas en la promoción del emprendimiento juvenil, pueden llegar a constituir una nueva práctica de exclusión, ya que al requerir para su ejecución niveles de habilitación que estos jóvenes no poseen por sus trayectorias de desintegración social, se transforman en proyectos compensatorios de las necesidades urgentes de los jóvenes excluidos, o se terminan centrandose en una población juvenil distinta, con mayores niveles de integración social.

De ahí que resulte cuestionable conceptual y empíricamente la asociación que se propone entre emprendimiento y capital social en algunas líneas programáticas de la política juvenil, ya que esta asociación puede representar una tendencia peligrosa a la disminución de la complejidad programática de los proyectos destinados a los jóvenes, y a una reducción de la diversidad de los posibles objetivos a alcanzar por la política juvenil.

Si la fundamentación de una política juvenil se busca en las múltiples dimensiones del concepto de capital social, resulta urgente proponer otras categorías distintas a la noción de emprendimiento para su implementación en una política social de largo aliento destinada a los jóvenes. Como ya hemos señalado, la acumulación de capital social resulta pertinente para la promoción de acciones asociadas al emprendimiento, pero también a acciones colectivas que pueden resultar más integrales a la hora de formular una política juvenil.

Si consideramos las dos dimensiones clásicas del capital social, aquella que refiere a la dimensión *estructural* de las relaciones estables de una comunidad, y aquella que releva la dimensión *disposicional* o valórica de las creencias de una comunidad, podemos pensar que el capital social nos refiere a una noción cívica compleja, en la cual se integra tanto los requerimientos de integración social con los elementos de identificación y pertenencia subjetiva de una comunidad. En el caso de este estudio, esta doble dimensión del capital social, nos invita a problematizar por un lado, la eficaz inclusión de los jóvenes en las vías de socialización que en el largo plazo garantizan un proceso de integración social, y por otro lado, los niveles de capitalización simbólica necesarios para que los jóvenes sean parte de una comunidad cívica de iguales.

A partir de estos requerimientos conceptuales de la noción de capital social, resulta interesante explorar si una perspectiva compleja como el *discurso de la ciudadanía*, puede constituir o no, una vía de asociación efectiva para una política social de largo aliento centrada en la promoción y acumulación de capital social en los jóvenes. Efectivamente, la noción de ciudadanía nos refiere al imaginario de la integración social y al discurso de los derechos y la participación, cuestión que permite ampliar significativamente el ámbito de operación de una política social, abriéndose la posibilidad de vincular hechos de clara resonancia estructural, con procesos de un relevante valor subjetivo.

La categoría de la ciudadanía refiere fundamentalmente a una «relación social» que se establece entre un individuo y una comunidad

determinada, por medio de la cual, el individuo se hace miembro de pleno derecho de esa comunidad y se compromete a una lealtad permanente a su forma de vida. Como se anota en el diccionario de sociología de Giner, Lamo de Espinoza y Torres: «la ciudadanía es aquel conjunto de prácticas que definen a una persona como miembro de pleno derecho dentro de una sociedad. La ciudadanía formal implica la posesión de un pasaporte conferido por el Estado, mientras que la substantiva define el conjunto de derechos y obligaciones que tienen los miembros de una comunidad política» (García, 1998:107).

Desde una perspectiva general, el estatus de la ciudadanía tiene que ver con el reconocimiento oficial de la integración de un individuo en el sistema de derechos y deberes compartidos por una comunidad determinada, constituyendo un discurso que pretende integrar las exigencias de la justicia y la libertad individual con la pertenencia comunitaria a un Estado nacional de derecho. Sin embargo, a pesar de esta definición inicial, la noción de ciudadanía constituye una categoría histórica cuyo contenido empírico está en constante transformación, debido a que su significación en cada escenario histórico ha dependido de las condiciones culturales en las cuales se ha desarrollado.

En la actualidad, la noción de ciudadanía emerge con un grado de generalidad interesante para la reflexión de este apartado, ya que si bien resulta un concepto excesivamente *plástico* para acotar el debate desarrollado en este punto, representa un terreno óptimo para discutir la multidimensionalidad de una política social centrada en la promoción del capital social. El asumir el debate de la ciudadanía y situarlo en el ámbito del capital social tiene —a lo menos— dos consecuencias relevantes para el presente análisis, a saber: que el debate sobre la existencia de distintas generaciones de derechos de ciudadanía puede constituir una posibilidad para compatibilizar en una misma noción conceptual los requerimientos estructurales y subjetivos de la noción de capital social; y que el debate sobre la crisis de las bases sociales de la ciudadanía puede servir para problematizar una política de largo plazo centrada en la reconstrucción de los soportes estructurales y subjetivos de los sujetos como ciudadanos.

La primera consecuencia tiene que ver con las posibilidades que ofrece el discurso de los derechos sociales y culturales de última generación, en la tarea de formular una política social capaz de insertarse en la diversidad de tiempos y procesos del mundo juvenil. La ampliación de derechos en la noción contemporánea de ciudadanía ofrece la posibilidad cierta de constituir a jóvenes y niños en sujetos

de derechos, superando la visión *asimilacionista* de las políticas juveniles centradas en dimensiones como emprendimiento y empleabilidad, y proponiéndose reconocer objetivos más complejos que permitan realizar las necesarias distinciones al nivel del capital social simbólico de los jóvenes, en la línea de la sociabilidad, la identidad o la pertenencia.

La segunda consecuencia refiere a los efectos que puede tener la llamada crisis social de la ciudadanía en la formulación de una política social juvenil que se propone la integración estructural en el largo plazo. Del mismo modo como la ampliación de la noción de ciudadanía abre la posibilidad para el reconocimiento de nuevos sujetos de derecho, la restricción de las bases sobre las cuales se constituye la ciudadanía como una experiencia empírica, demuestra la necesidad de transferir capital social estructural y simbólico a los jóvenes, como una manera de reconstruir soportes de identidad en aquellos sujetos que se ven afectados de manera más radical por la desintegración de la institucionalidad protectora de los derechos sociales. Así, el debate sobre la llamada crisis de la ciudadanía nos lleva a problematizar las reales posibilidades que pueden tener los jóvenes de constituirse en ciudadanos a partir de los beneficios de una política social puramente compensatoria.

En síntesis, la asociación entre capital social y ciudadanía nos posibilita la problematización de dimensiones relevantes a la hora de formular una política juvenil de largo plazo que se proponga integrar a los jóvenes en los estándares de desarrollo y bienestar de la población históricamente más integrada. No es que la noción de ciudadanía constituya una alternativa del nivel de operatividad que tiene la noción de emprendimiento, pero en esta falta de tecnificación radica precisamente su mayor potencia, al desvincular a la política juvenil de una mirada de corto plazo, y al abrir el debate a dimensiones estructurales y subjetivas que hagan de la política social juvenil una propuesta de desarrollo estratégico de nuestro país a partir de unos de sus principales actores: los jóvenes.

II. CAPITAL SOCIAL Y SOPORTES PROGRAMÁTICOS

Mientras el diseño teórico construido devela que la noción de capital social es un constructo teórico complejo, producto de un largo proceso de investigación y debate intelectual, su operativización en el marco de las propuestas estratégicas elaboradas por la política pública,

presentan una carencia de rigurosidad conceptual e incluso improvisación en los modelos de intervención. Ello, a nuestro juicio, se relaciona con que la oferta programática hacia jóvenes, desde la perspectiva de la acumulación de capital social y desde el diseño e implementación de estrategias de emprendimiento, ha carecido hasta el momento, de soportes teóricos y metodológicos homogéneos. Lo anterior, evidentemente, se convierte en un importante obstáculo para el abordaje sistemático de los problemas de equidad e inclusión social, que se encuentran a la base de la oferta programática dirigida a los jóvenes.

Esta situación tiende a generar a nivel local una multiplicidad de percepciones respecto de las categorías de capital social y emprendimiento, lo cual si bien no invalida, sí a lo menos complejiza y dificulta la intervención programática. De esta manera, los ejecutores tienden a privilegiar iniciativas microempresaria —la mayoría de ellas asentadas en metodologías de carácter individual—, que descansan en débiles soportes analíticos y proyectivos. No es extraño, en consecuencia, que se tienda a privilegiar una forma de intervención —y subsecuentemente a valorar—, que privilegia las prácticas de sociabilización y la optimización de las interlocuciones, por sobre la activación de las identidades y los dispositivos sociales y culturales que poseen las comunidades locales.

Consecuente con lo anterior, los beneficiarios de dichas intervenciones se manifiestan —en perspectiva evaluativa— altamente satisfechos con los programas y/o proyectos en los que están o han participado, ello en función del relevamiento de aspectos como la convivencia grupal, la participación propia y la relación con los monitores. De esta forma se construye una suerte de «circuito de la desorientación». Los diseñadores abordan con falencias los modelos teóricos y metodológicos asociados a capital social; los diseñadores implementan estrategias de intervención que privilegian aspectos secundarios o periféricos a los requerimientos globales de la política social; y los beneficiarios tienden a manifestarse satisfechos con los resultados de la ejecución.

A la base de esta percepción se encuentra la aproximación que realizan los intermediarios de los programas: los ejecutores. Para ellos, los procesos de vinculación e integración que despliegan los jóvenes adscritos a los programas se convierten en un parámetro fundamental del éxito de la ejecución. Ello por cuanto tienden a valorar los ámbitos y los procesos de sociabilización como condiciones fundamentales para la implementación —en un futuro incierto— de estrategias mejor

cualificadas de integración social. La ecuación tiende a ser simple. A mayor sociabilización, mejores interlocuciones sociales; con mejores interlocuciones sociales mayores expectativas de integración.

No es extraño, en consecuencia, que se tienda a privilegiar modelos de intervención que colocan en el centro del diseño la capacitación de los sujetos en aspectos asociados al despliegue de sus potencialidades individuales: como la autoeficacia, la motivación de logro, el manejo del riesgo y la creatividad. En este diseño, las interlocuciones colectivas se convierten en soporte de apoyo para la implementación de técnicas de desarrollo individual. De esta forma, el proyecto vital queda circunscrito a las capacidades que cada sujeto se encuentra en condiciones de desplegar en un escenario, en general adverso —el mercado— recurriendo a las dimensiones más colectivas de la formación social sólo como núcleo cognitivo que refuerza las capacidades personales.

Es particularmente interesante observar que tanto diseñadores como ejecutores sostengan que resulta estratégico privilegiar la capacitación de los jóvenes en el despliegue de habilidades para formular y administrar proyectos de carácter empresarial. De ahí el énfasis en módulos asociados a este tipo de tópicos, tales como factibilidad y sustentabilidad, administración financiera, gestión y planificación, etc. Al mismo tiempo los participantes sostienen que los principales beneficios obtenidos al interior de los proyectos, se relacionan con la adquisición de aprendizajes y conocimientos asociados a la gestión de negocios y de habilidades y experiencias en el ámbito del desarrollo personal y de la formación social.

De esta manera el emprendimiento, asociado a iniciativas de carácter económico, adquiere una centralidad estratégica, tanto en los diseños programáticos como en las intervenciones locales. Básicamente es posible observar dos connotaciones. Por una parte, aquella asociada al territorio, aspecto en el cual la gestión y la administración se revelan como los soportes fundamentales y, por la otra, las habilidades psicosociales, como la flexibilidad y la autoeficacia, que potencian las condiciones para el emprendimiento. Ambos dispositivos, relevantes en la construcción de los proyectos vitales, no necesariamente aparecen potenciados por un tercer factor, débilmente tratado en las ejecuciones, como son las biografías y trayectorias personales de los jóvenes. En ellas se encuentran condicionantes que, eventualmente anulan o estimulan una acción emprendedora. Al respecto resulta imprescindible hacerse cargo que la relación entre emprendimiento y

proyectos juveniles se encuentra intermediada —a la baja— por los procesos de precarización material y educacional que viven muchos de los beneficiarios.

En consecuencia se implementan iniciativas de tipo minimalista —«paradigma bonsai»—, asentadas en redes muy cercanas y estrechas, que poseen un débil impacto económico y escasa proyección en el tiempo. Se trata de programas que no logran afectar, de manera importante, el nivel de vida de los jóvenes que habitan localidades pobres, aisladas o atrasadas. Cabe consignar que, si bien los jóvenes realizan evaluaciones positivas con estos programas, no dejan de reconocer que la vinculación directa entre formación en habilidades asociadas a empleabilidad e integración al mundo productivo es más bien escasa.

Por el contrario, los proyectos que se definen en función de su énfasis en áreas de trabajo de tipo cultural-comunitario, no explicitan de manera precisa las dimensiones de capitalización susceptibles de ser alcanzadas por los beneficiarios. Se limitan, en general, a promover iniciativas de tipo cultural y a fomentar la participación. En este contexto, los ámbitos de *divertimento* o recreación y las lógicas asociativas se configuran como los principales recursos a alcanzar. En ellos se constata, al igual que en los de emprendimiento empresarial, que alcanzan un alto nivel de valoración positiva. Se reivindica, en particular, su incidencia en materias tales como la autonomía e independencia personal. De esta manera se estaría generando un impacto, especialmente, en la dimensión expresiva e instrumental del capital social.

En ambas circunstancias, ya sea que se trate de proyectos con énfasis en el microemprendimiento o aquellos de tipo social-comunitario, las actividades de capacitación desplegadas poseen un patrón común. Se realizan clases de tipo expositivo, se organizan trabajos en grupo y se lleva a cabo trabajo de campo. No obstante, prácticamente se desconocen las estrategias de intervención y formación de carácter personalizado. No sorprende, en consecuencia, que las áreas de intervención específicas de los proyectos se orienten hacia la capacitación en las habilidades personales, particularmente en el ámbito de la gestión. Para ello se definen ámbitos formativos centrados en mejorar la confianza en sí mismo, mejorar la autoestima y la habilitación en destrezas comunicativas y de integración interpersonal.

Por su parte ejecutores y beneficiarios perciben y valoran la sociabilidad, básicamente, en dos dimensiones. Como recurso de integración, asociada a situaciones tales como la acogida, el intercambio de experiencias y los aprendizajes formales e informales. De esta ma-

nera la relación se convierte en un fin en sí mismo, con lo cual su desempeño aparece evaluada positivamente prácticamente en todas las experiencias. Emerge, de esta forma, el vínculo social como el recurso de capitalización más significativa para los jóvenes beneficiarios. Son precisamente las vinculaciones sociales los dispositivos que motivan y potencian las habilidades y capacidades de los sujetos. No obstante el carácter restrictivo de las relaciones sociales construidas al interior de los proyectos y el carácter temporal de las ejecuciones, es percibido con preocupación por los beneficiarios. Las habilitaciones obtenidas, al parecer, operan sólo al interior del grupo de ejecución, con lo cual el desarraigo tiende a ser postergado y las destrezas aparecen cuestionadas.

En este contexto las objeciones o críticas principales, al momento de la evaluación, no apuntan a los diseños, o a la pertinencia de las estrategias y metodologías utilizadas, sino que fundamentalmente, a la pertinaz problemática de los recursos disponibles. En definitiva: al financiamiento central que se percibe como precario. Sin lugar a dudas dicha crítica posee un fuerte asidero en la realidad material con la cual operan los proyectos, pero tampoco es posible dejar de señalar que las formulaciones generales y las ejecuciones de campo tienden a reproducir intervenciones con escasa capacidad de transformación de los escenarios en los cuales se aplican y, además no modifican, en lo sustancial, las condiciones de entrada de los beneficiarios.

Una segunda dimensión, que hemos denominado instrumental-estratégica, se perfila también como tributaria de los mecanismos de sociabilización. En este caso las vinculaciones sociales alcanzadas por los sujetos permitirían activar mecanismos de optimización de los recursos personales, cualificar la capitalización previa y facilitar procesos de integración social, particularmente por la vía laboral. En esta dimensión los recursos existentes en la comunidad operan como «depósitos» a los cuales se concurre para recabar los insumos necesarios al proyecto individual.

Es posible, de esta manera, hacerse cargo que los jóvenes adquieren la capacidad de mejorar sus condiciones de acceso a la red de ofertas de servicios y proyectos que el Estado dirige hacia ellos. En consecuencia, los habilita para gestionar iniciativas que operan con recursos públicos, los cuales, hasta la fase previa a la ejecución estando disponibles, no aparecían como accesibles. De ahí que aparezca de manera reiterada en el discurso de los jóvenes beneficiarios, la demanda ante el Estado de una plataforma o base, fundamentalmente de

carácter material (recursos) y en cierta medida institucional (legislación) que permitan efectivamente acceder a condiciones equitativas de integración social.

No obstante lo anterior, los jóvenes no realizan una discriminación clara y explícita de las dos dimensiones previamente aludidas. Por el contrario, tienden a reconocerlas y representarlas en un espacio integrado. De acuerdo con lo anterior, la familia y el grupo de pares se configuran como los dispositivos gregarios más pertinentes a la definición e implementación de un proyecto vital. En consecuencia, como los principales soportes de las dinámicas de capitalización. Efectivamente, la familia se convierte en una dimensión relevante en la generación de activos para los jóvenes populares. Por una parte la familia opera como soporte emocional, particularmente en aquellas circunstancias en las cuales los jóvenes buscan un repliegue ante condiciones adversas, mientras que por otro lado se transforma en un soporte para el cumplimiento de estrategias colectivas de subsistencia. Mirado desde esta perspectiva, suele ser común que la familia proporcione los primeros rudimentos formativos en el plano de los aprendizajes laborales.

Por último, cabe destacar que las estrategias implementadas para llevar a cabo el seguimiento de los proyectos son diferentes. En algunos casos —como en los Proyectos INDAP— es posible observar pautas de control y seguimiento muy complejas, mientras que otros prácticamente prescinden de los mismos. Este aspecto, absolutamente subvalorado en las experiencias asociadas a capital social, posee una particular incidencia en la reevaluación de los diseños programáticos. La inexistencia de las mismas no sólo impide establecer el impacto efectivo que tiene la intervención programática entre jóvenes de escasos recursos, sino que además no permite retroalimentar la política pública con antecedentes más rigurosos de las ejecuciones y beneficiarios.

Resulta especialmente necesario reinstalar una noción de capital social que se asiente en nuevas coordenadas. Por una parte, profundizar la reflexión teórica en torno al paradigma de capital social; en segundo lugar reconocer en los jóvenes a sujetos capaces de realizar cambios en su propia vida; y tercero, generar condiciones institucionales y materiales objetivas que permitan, efectivamente, potenciar los recursos individuales y colectivos de los jóvenes en una perspectiva integrativa. Elementos claves en el quehacer y en el saber juvenil, como el asociacionismo, la solidaridad y la expresión cultural, deben ser puestas en sintonía con los recursos materiales y sociales existentes en la localidad, con la institucionalidad educacional, con las unidades de empleabilidad, a objeto de dise-

ñar escenarios y estrategias que permitan desplegar la creatividad juvenil y absorber sus demandas de formación y empleo.

III. LA RELACIÓN ENTRE CAPITAL SOCIAL Y POLÍTICA SOCIAL JUVENIL

El propósito aquí es discutir acerca de la pertinencia del uso de la categoría capital social, como fundamento de una política social juvenil y específicamente en perspectiva de la oferta programática evaluada. A partir ello se intenta debatir en torno a la pertinencia y sentido de proponer la idea de un capital social juvenil en función del mismo objetivo.

En gran parte del contexto mundial, y en especial al interior de la teoría económica sobre el desarrollo, el enfoque de capital social se instala y adquiere dinamismo, principalmente en el marco de estrategias de política y programáticas destinadas a la reducción y alivio de la pobreza, si bien la imprecisión conceptual y metodológica en que aún se encuentra la noción. Es así, que a pesar que el desarrollo teórico-conceptual muestra atisbos de nitidez respecto de relevar un cierto potencial imbricado en las relaciones sociales, en perspectiva o al servicio de mejorar en forma significativa la calidad de vida de la población, no logra generar una definición propia y/o que pueda distinguir con claridad los límites entre los beneficios que otorga la sociabilidad en sí misma —aspecto ampliamente abordado por la teoría sociológica— y la de un recurso, que en la forma de un capital, al integrarse a otros capitales —capital humano, financiero, cultural— incrementa efectivamente las posibilidades de desarrollo e integración social de individuos y/o colectivos.

Pese a lo anterior, y en paralelo a la emergencia del concepto dentro del debate más amplio sobre el desarrollo, el enfoque se inscribe en el escenario de un nuevo lenguaje y apuesta en el campo de las ciencias sociales y también en el de la intervención social. Se trata del relevamiento de las capacidades y potencialidades de las personas, perspectiva denominada desarrollo humano. Lo nuclear aquí es promover la calidad de vida de los sujetos, por medio de ciertas actitudes y comportamientos —como la confianza, cooperación y reciprocidad— cuya génesis, permanencia y sustentabilidad, se hallaría vinculada a las relaciones sociales, aspecto que todavía la literatura sobre el tema trata en forma difusa, asociándolo con mayor o menor énfasis a los niveles vertical (de la estructura social, de las instituciones) u hori-

zontal (asociacionismo formal e informal comunitario, local) donde dicho recurso se manifestaría. De esta manera, se plantea como una nueva mirada que se diferencia de los criterios exclusivamente asistenciales aplicados tradicional y mayoritariamente por políticas y programas.

En esta misma línea reflexiva, y siendo enfáticos en las restricciones que imponen las dificultades mencionadas, el enfoque de capital social se evalúa positivamente como la introducción de una nueva y hasta ahora descuidada dimensión en las investigaciones y política que intenta cualificar las condiciones de vida de los sujetos, aunque cabe no convertirlo en otro término de moda o considerarlo una panacea para resolver los problemas de integración social de éstos. Asimismo resulta peligrosa tal adscripción, particularmente cuando se trata de posturas radicalizadas en que se traspasa prácticamente toda la responsabilidad de su desarrollo y bienestar, al propio individuo y/o colectivos, intentando con ello invisibilizar o —al menos— restar importancia a la influencia que sigue ejerciendo la estructura social y las posibilidades ciertas dadas por ésta. Este último punto de vista puede legitimar discursos que sitúan al sujeto como «el factor causal o explicativo» de distintas situaciones de vida, atribuyendo tanto éxitos y fracasos en los procesos integrativos, a competencias o déficit adaptativos en él.

En función del panorama descrito, la situación chilena y las orientaciones de política dirigidas al segmento juvenil, no constituyen la excepción. Actualmente y manifestando un significativo nuevo énfasis, las políticas sociales dirigidas a dicho sector estarían incluyendo la perspectiva a partir de comprensiones y metodologías diversas. De hecho se constata esta situación, en el contexto de los propios proyectos evaluados, donde es posible distinguir dos ámbitos de acción e intervención que de alguna u otra manera estarían incorporando el término: el productivo y el social/comunitario y/o cultural, si bien en ambos tal vinculación aún resulta bastante laxa, correspondiendo más bien a un tipo de producto emergente, y no a una apuesta intencional y sistemática en su diseño e implementación.

En este marco, la incorporación del concepto capital social a la oferta programática dirigida a jóvenes, se presenta más bien como correlato de la lógica de las apariencias o supuestos —la explosiva presencia en la literatura y el debate sobre políticas y programas sociales que muchas veces sobredimensiona las «virtudes» de este activo, llamado capital social, atribuyéndole beneficios en todo ámbito—

que obedeciendo a una lógica más reflexiva y crítica que pueda estimar con mayor precisión su pertinencia o no —conceptual y metodológica— en este mismo escenario. Es aquí, donde en nuestra opinión la discusión puede hacerse más fructífera, estableciendo tanto las limitaciones como las posibles potencialidades de un enfoque de tales características. Desde esta óptica, y pensando en los requerimientos a cumplir por la política social dirigida a jóvenes, en vista del ejercicio de un rol ideal, consideramos que ésta debería abocarse fundamentalmente a la promoción de la integración social de estos sujetos, incorporando como mirada y eventualmente como categoría analítica, la noción de *proyecto vital juvenil*. Mejorar las condiciones de vida desde esta perspectiva puede ser una apuesta más atingente en virtud de la definición que le es propia: como instrumento que justamente busca provocar transformaciones, cambios en situaciones, sistemas, prácticas y comportamientos.

Esto por cuanto en la etapa juvenil es donde se colocan en juego al máximo, y con más fuerza todo tipo de recursos con los que cuenta el sujeto, donde existe la mayor parte de temas a resolver en función de llevar a la práctica este desafío: el proyecto vital; es aquí donde se visibiliza el enfoque del capital social como una oportunidad para relevar la importancia de contar con este activo como parte de otros capitales. Al mismo tiempo es posible considerar que dicho recurso permitiría vehiculizar con mayor posibilidades de éxito, la acumulación de otros capitales como el cultural y educativo, así como también promover el desarrollo integral del individuo en distintas dimensiones de su experiencia vital, como la cognitiva, sociocultural, afectiva, entre otras. En ningún otro período y particularmente con respecto al mundo adulto, resulta tan esencial estar suficientemente equipado en diversas áreas, para enfrentar con mejores posibilidades, tanto la construcción, como la viabilidad del plan de vida.

Afirmamos lo anterior puesto que resulta necesario que la política y correspondiente oferta programática, contextualice su accionar en función de las características y desafíos centrales que se le plantean al sujeto a la que va orientada, de acuerdo a la etapa de vida en la que se encuentra y a los entornos socioculturales y momentos históricos que mediatizan su experiencia y prácticas sociales. Es así, que para efectos de la población juvenil, nos parece relevante la introducción del enfoque de capital social como una dimensión que se sume e integre a las lógicas con las que se está construyendo e implementando la política orientada a este actor, insistiendo en ello, por cuanto ampliar su utilidad, transformándolo

en «la estrategia» para el trabajo en esta materia, consideramos puede resultar inclusive perjudicial. Esto, por cuanto limita los ángulos de observación y reflexión, extiende en demasía el potencial explicativo del término, así como también inhibe la incorporación de nuevos aportes.

De esta manera, y en el horizonte del proyecto vital, nos parece que la noción de capital social puede ser útil en la medida que se ajuste a una oferta programática con énfasis en áreas que se configuran como claves en los procesos de integración social juvenil: como educación, empleo y ciudadanía. Aquí, la noción debería incluirse en el contexto del ámbito específico al que va dirigida la misma, operacionalizándose de la manera más precisa posible en vista a una utilización más sustantiva.

La reflexión, el análisis y la evaluación de las potencialidades de la sociabilidad juvenil en un contexto bien acotado como éste, puede hacer del concepto de capital social juvenil, una noción pertinente, por construir y sobre la cual cimentar, como una línea comprensiva y metodológica más, las orientaciones de política y programáticas.

Consideramos que los planteamientos de autores que intentan situar la discusión teórica e instrumental en los cambios que ha experimentado la vinculación social, en el marco de las transformaciones sociales más generales como la globalización y el desarrollo tecnológico, constituye una pista interesante, aunque no del todo acabada, a propósito de la pertinencia del enfoque de capital social en materia de las políticas sociales dirigidas a la población juvenil. Ello porque permite volver la atención a los procesos que acompañan la meta de construir el proyecto vital: la construcción de la identidad y autonomía personal y delimitar las potencialidades del capital social como recurso que permitiría optimizar capacidades y habilidades individuales y colectivas en perspectiva de la integración social efectiva.

La inclusión específica del concepto capital social juvenil, hace replantearse la definición de criterios para una toma de decisiones más acertada en el ámbito de orientaciones de política y composición de la oferta programática dirigidas a este actor. Esto, en tanto coloca el acento en aquello que efectivamente puede colaborar a la consecución de este desafío. La construcción de la noción de capital social juvenil es pertinente, en la medida que es viable señalar que existiría un cierto tipo (o diversos tipos) de sociabilidad juvenil que se conectaría más directamente —y que por lo tanto, puede ser promovida y/o potenciada— con miras al desarrollo pleno del sujeto juvenil y de su integración social. Conocer y validar estas formas de sociabilidad juvenil en

perspectiva de los canales clásicos de integración social, así como también de los nichos y alternativas integrativas definidas desde el propio mundo juvenil, creemos puede constituir un insumo relevante para el diseño de política y orientaciones programáticas.

En virtud de lo anteriormente expuesto, y en forma paralela, esta discusión nos retrotrae a la pregunta por las funciones que debería cumplir la política social dirigida a jóvenes y las expectativas que en este escenario se tienen de la misma. Es así, que volviendo al referente dado por la evaluación de la oferta programática, a nuestro juicio ésta, al dar cuenta de la incorporación del concepto capital social de una manera más bien agregativa, como «resultado inesperado», o de forma bastante imprecisa conceptualmente, devela la existencia de un tipo de política difusa respecto de los jóvenes. Se trata de una política que parece más pensada desde la oferta ya instalada y los servicios disponibles, que de las necesidades particulares de la población a la que se está orientando, restándole el protagonismo requerido. En esta línea argumentativa, pensamos que la noción puede justamente colaborar a resituar al sujeto juvenil como núcleo central de la misma, reiterando que para que ello sea posible es necesario perspectivar su implicancia en el marco de la consecución de los proyectos vitales de los y las jóvenes.

Por otro lado, el debate teórico sobre el capital social ha definido planteamientos bastante diversos, en función de puntos de vista también distintos. Uno, como ya se ha señalado, es el que distingue un tipo de recurso social instalado en las instituciones, en la estructura social más amplia —tipo de gobierno, sistema judicial— de aquel que tiñe las relaciones sociales más cercanas —familia, grupo de pares, organizaciones comunitarias—, denominándole respectivamente capital social vertical y horizontal. Consideramos que efectivamente es posible identificar formas de sociabilidad que en ambos casos pueden contribuir a la materialización del proyecto personal juvenil, aunque respecto de la primera, pensamos debería estar asociada a un marco más general: *una estructura de oportunidades amplia* y que avance al desarrollo pleno de los criterios de diversidad y equidad social. No basta la mera y óptima gestión de la institucionalidad, se requiere como antesala, su sustento en una estructura con tales características. De lo contrario, estamos ante políticas de mitigación, acompañamiento o rectificación de las desigualdades sociales, pero de un alcance muy restrictivo.

Desde otro prisma, los abordajes teóricos sobre el concepto han distinguido entre capital social de tipo instrumental-estratégico y

expresivo, considerando el primero como aquel recurso instalado en relaciones sociales cuyo fin es funcional, en perspectiva de un objetivo individual o colectivo que se desea alcanzar. Se trata de vinculaciones que por ejemplo son útiles como contactos para ingresar a un trabajo, como posibilidad de acceder a nueva tecnología que permita mejorar los procesos productivos de la propia empresa. Y el segundo, como un activo ligado a vinculaciones sociales gratuitas o sin un propósito específico, se trata de las relaciones interpersonales que autores como Lechner (2002) denomina «sin fines de lucro».

Siguiendo esta perspectiva de debate sobre la categoría de capital social juvenil y del proyecto juvenil como eventual marco comprensivo de las políticas y orientaciones programáticas dirigidas a jóvenes, resultaría más pertinente recoger la primera aproximación. Esto siempre y cuando lo instrumental se entienda asociado a una óptica en que no sólo se releva al sujeto y sus recursos en la consecución del proyecto vital, sino que es viable, e inclusive más útil como estrategia de desarrollo colectivo, el incluir a otros sectores sociales, dando y recibiendo los beneficios que potencialmente pueden aportar las relaciones sociales a todo nivel. Es en este escenario, donde en la medida que actitudes y comportamientos como la solidaridad, la confianza y la reciprocidad se encuentren fuertemente internalizadas en el sujeto, y/o constituyan objeto de promoción en la oferta programática dirigida a ellos, pueden cobrar especial sentido y utilidad estratégica.

Contrariamente a lo dicho en el párrafo precedente, el concepto capital social de tipo expresivo es homologable a la sociabilidad en sí misma, lo que en nuestra opinión extiende demasiado los alcances de éste, con el consiguiente riesgo de abusar del mismo en ese contexto. Esta situación se verifica en la oferta programática evaluada; en ella y desde las percepciones subjetivas de los y las propios jóvenes, la potenciación y/o fortalecimiento de los procesos de socialización de tales características —básicamente sociabilidad entre pares— constituyeron uno de sus principales impactos, y en algunos casos, como para casi la totalidad de los programas y/o proyectos culturales y social/comunitarios, prácticamente el único efecto más tangible. Siendo este antecedente muestra de cómo han operado dichos instrumentos de intervención con jóvenes, nos parece que constata la afirmación anterior en cuanto a los riesgos de adherir a un enfoque impreciso del capital social, o de igual manera inarticulado en función de un horizonte nítido de integración social para ellos. Con esto último nos referimos a lo que ya hemos venido insistiendo, sobre la necesidad de

repensar una política, como herramienta de alto impacto y por lo mismo, sobre la cual sea posible cifrar expectativas atingentes. En virtud de esta situación, es que emerge entonces la pregunta por la composición de la oferta programática y las decisiones que subyacen a ella y, específicamente por la pertinencia de contar con un ámbito cada vez más amplio de programas y/o proyectos orientados sólo a potenciar la sociabilidad entre pares. Con esto no queremos decir que sea un aspecto irrelevante, pero al mismo tiempo creemos que no puede llegar a transformarse en una tendencia que invisibilice la misión más propia de la política como herramienta de desarrollo juvenil.

Incentivar los procesos de sociabilidad juvenil sin un objetivo claro o en miras a equipar suficientemente al segmento juvenil —especialmente a aquel más desfavorecido o vulnerable socialmente, el que constituye mayoritariamente la población usuaria de la oferta programática— en ámbitos como educación, empleo y ciudadanía, nos parece una apuesta escasamente provechosa o al menos restrictiva, que más bien daría cuenta que la política y orientaciones programáticas dirigidas a jóvenes no logra configurarse como un instrumento estratégico de desarrollo para estos sujetos.

Al mismo tiempo se ha definido el capital social, diferenciando entre capital social individual y colectivo, el primero como un recurso personal que alude a cantidad y calidad de relaciones sociales que posee el sujeto y que potencialmente pueden aportar a la materialización de sus objetivos; y el segundo a un tipo de recurso que poseen grupos o contextos sociales más amplios como puede ser una asociación, organizaciones sociales, o inclusive la familia. En este sentido ambas aproximaciones pueden ser pertinentes, siempre y cuando asuman la sociabilidad juvenil como referente. En el ámbito de las políticas, constituiría un necesario elemento a considerar, en vista de los objetivos que se persiguen y de la situación particular de las poblaciones destinatarias.

También se ha hablado de un capital social acumulable históricamente, versus uno que a la manera de un flujo, puede construirse en cualquier momento, siempre y cuando se den las condiciones para ello, como la presencia en la población objetivo de programas y/o proyectos, de actitudes, comportamientos y situaciones como la propensión al trabajo colaborativo, la solidaridad, experiencias asociativas anteriores exitosas, entre otras. Particularmente ambos tipos de capital social son pertinentes, y principalmente el segundo en el caso de los jóvenes, dado lo breve que aún son sus trayectorias vitales como para contar con un acumulado importante de dicho recurso.

Otro abordaje, aunque no del todo desarrollado, ha sido el del capital social positivo, versus el negativo, aludiendo en el primer caso a un cierto tipo de sociabilidad que efectivamente permite mejorar las condiciones de vida de los sujetos y/o colectivos, en tanto remite a los contextos socioculturales, el momento histórico y otras características particulares del entorno donde ésta tiene lugar. La categoría de capital social negativo sería la contracara del anterior, refiriéndose a un tipo de sociabilidad que atomiza grupos, y colectivos de distinta índole en pro de propósitos ilícitos o que simplemente no colabora, y a la inversa, obstaculiza la movilización de otros recursos o capitales individuales y/o colectivos en pro del bienestar también personal o grupal. La consideración de esta distinción en el diseño e implementación de la política dirigida a jóvenes, nos parece muy relevante, por cuanto permitiría un acercamiento más preciso al tema y por lo mismo aumentaría las perspectivas de que la utilización del capital social juvenil, como categoría analítica y metodológica, pudiera ser efectivamente un aporte.

Finalmente y retomando lo enunciado en la primera parte, sobre las posibilidades que brinda este enfoque en el ámbito de la superación del acento en lo compensatorio o asistencialista de buena parte de las políticas de desarrollo, legitimando sólo estrategias de «sobrevivencia» o «precariedad»; estamos de acuerdo en que éste debería dejar de ser la mirada universalista con la que se piensa dicho instrumento. Un enfoque más pertinente en vista de los proyectos vitales juveniles es uno de carácter promocional, en tanto entiende y se aproxima al sujeto en cuestión, en este caso, los jóvenes a partir de una visión positiva y desde las potencias más que de las carencias. De esta manera, el concepto de capital social juvenil se incorpora, entendiendo a los jóvenes como actores protagónicos y estratégicos del desarrollo y al mismo tiempo en el contexto del necesario fortalecimiento del rol que al Estado le compete en esta materia.

Con esto no estamos señalando que las políticas asistenciales deban extinguirse por completo, pero al menos no debieran seguir siendo la tendencia para enfrentar un tema tan complejo como la integración social de los mismos. De aquí que una apuesta por esta vía, implique en el mejor de los escenarios, incrementar las valoraciones y el consiguiente nivel de expectativas o lo que se le está pidiendo a la política dirigida a jóvenes en términos de impacto.

IV. POLÍTICA SOCIAL DE JUVENTUD Y NUEVOS DESAFÍOS

Interesa discutir el problema de la evaluación de los proyectos juveniles y el rol que juega este tipo de estrategias en la reproducción de una política social y sus posibles vinculaciones con las necesidades estructurales del mundo juvenil. La idea central que subyace es el abordar el problema de que los objetivos y sentidos de la política juvenil se centran en una perspectiva de lo «minimalista», lo que baja las expectativas de los proyectos, renunciando a la posibilidad de impactar significativamente en las condiciones de vida de los jóvenes. Por ello, resulta relevante el analizar las políticas juveniles en la perspectiva de los objetivos estratégicos que a largo plazo se propone desarrollar la política social chilena.

A partir de la necesaria contextualización de cómo, bajo qué premisas y qué tipo de rol ha asumido el Estado en los diferentes períodos en que han operado las políticas sociales en el caso chileno, interesa plantear y situar ciertas características del campo específico de las políticas sociales propiamente juveniles, para luego trazar algunas conexiones de carácter prospectivo sobre los desafíos que han de generarse para avanzar en la definición de nuevas orientaciones que pudiesen tener estas políticas específicas para un grupo social como los jóvenes y que pueda constituirse e impactar positiva y eficientemente en las condiciones de vida —materiales e inmateriales— de éstos, en especial de quienes presentan mayores niveles de desventaja social.

Al contextualizar las políticas sociales y haciendo una breve cronología histórica de las políticas sociales en Chile, diversos autores (Arellano, 1985; Martínez y Palacios, 1996; De los Ríos, 1997; MIDEPLAN, 1991), en general, han coincidido en caracterizar determinados períodos y procesos que influyeron en la definición de la noción de políticas sociales, desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Para ello se han definido cinco períodos dentro de esta reseña histórica de las políticas sociales. A partir de los posibles orígenes del concepto de políticas sociales, se asoció a dos grandes ámbitos de intervención, o tenía relación con dos grandes dimensiones: i) una primera de ciertos indicadores de calidad de vida de la población, como pueden ser la educación, la salud, la vivienda y la seguridad social; y, ii) lo relacionado con la dimensión del trabajo, sea la organización del mercado laboral, las condiciones de trabajo y las remuneraciones por concepto de él (Arellano, 1985:19-20).

Pero sin duda que la conceptualización y los componentes que podríamos asignar a las políticas sociales, son construcciones sociales que se van adecuando a los niveles de desarrollo de las sociedades, donde algunas permanecen como dimensiones centrales, y otras dejan de cobrar la relevancia que en un momento histórico la tuvieron; en buena medida aquello se debe a los avances experimentados en las legislaciones laborales y sociales adoptadas por los países. Pero de manera global, estas dimensiones han transitado y permanecido a lo largo de un siglo. Más bien lo que ha variado son los mecanismos y formas de dar cuenta de ellas, ya sea desde el punto de vista de derechos sociales, como desde las respuestas experimentadas por el Estado y la forma que adquieren las relaciones sociales entre diversos actores. Tengamos en cuenta lo que significó las relaciones laborales entre empleador y empleado, previo y posterior a la dictación del Código del Trabajo en 1931, que recogía las leyes sociales de la década de 1920.

En relación a ciertas fases en las cuales pueden enmarcarse las políticas sociales chilenas, una primera se visualiza desde fines del siglo pasado hasta la década de 1930, particularmente signada en 1931 con la dictación del Código del Trabajo en ese año. Es la fase correspondiente a enfrentar por parte del Estado y las élites dirigenciales de la época «la cuestión social», como una forma de dotar a los obreros de mejores condiciones de relacionamiento con sus patrones, en materias laborales de remuneraciones, contratos de trabajo, horarios y descansos, trabajo infantil y de las mujeres, condiciones de seguridad, y también algunas prestaciones sociales como vivienda, y otras leyes de carácter social. En ese contexto, algunos problemas sociales «dejan de ser vistos como asuntos de caridad y pasan a ser considerados cuestiones de justicia» (Arellano, 1985:28). Esta fase define al Estado en su rol de *Estado Protector* de las clases trabajadoras y proletarias, dejando la constancia del supuesto de la relación desigual entre los representantes del capital y los del trabajo.

Un segundo período, denominado como del *Estado Benefactor*, en alusión a la expansión de los grupos medios de la sociedad chilena (más o menos entre 1932 y 1955), donde la fase anterior de la «cuestión social» favoreció fundamentalmente a la clase obrera; durante esta etapa, los grandes beneficiados serían los sectores medios que comienzan a configurarse como un sector social con amplia capacidad de negociación y presión hacia las esferas del Estado (Arellano, 1985). Corresponde al proceso de industrialización en lo económico, y a la democratización del país en lo político; donde el Estado «promo-

vió el desarrollo industrial y creó las condiciones e instituciones necesarias para ello (entre ellas, la CORFO en 1939), lo que implicó a su vez un importante proceso de urbanización: la industrialización y la urbanización del país fueron acompañadas de fuertes procesos de integración y de democratización social y política» (Martínez y Palacios, 1996:181). De igual modo, se instauran otros beneficios e instituciones que favorecen a los trabajadores en materias sociales, como será las instancias que propician la construcción de viviendas para trabajadores, la medicina preventiva para trabajadores y sus familiares (y la posterior creación del Servicio Nacional de Salud), la ampliación de la seguridad social, el beneficio de la asignación familiar. Y además, uno de los rasgos más definidores del período lo constituye la ampliación significativa de la cobertura educacional, tanto primaria, secundaria y universitaria, y se «destaca durante este período, en términos de estructura social, un importante auge de la clase media, la que se conformó con los significativos contingentes de profesionales egresados de la “expandida” educación superior y los empleados de la creciente burocracia estatal y privada del país» (Martínez y Palacios, 1996:181).

Un tercer período, lo constituye la incorporación de los sectores populares entre 1964-1973, período ajustado a los gobiernos de la Democracia Cristiana y a la Unidad Popular. La premisa subyacente en este período, como rol del Estado, fue la de lograr ciertas tendencias que avanzaran hacia una mejor redistribución del ingreso, en beneficio de los sectores más desfavorecidos. Importantes avances se dieron en la salud y la seguridad social, como también en la tenencia de la tierra por parte de campesinos mediante la reforma agraria, y la tenencia de la propiedad urbana por el camino de la creación del área de propiedad social de las industrias. Puede definirse el período en base a un *Estado Redistribuidor*, haciendo la distinción entre la redistribución de la riqueza en cuanto a bienes y servicios de la sociedad (gobierno DC), para llegar más lejos aún en la redistribución del poder (gobierno UP), tanto económico como político (Martínez y Palacios, 1996). También pueden reconocerse significativos avances en la participación sociopolítica y gremial de los sectores populares y trabajadores, representados en la dictación de la ley de juntas de vecinos y la sindicalización campesina.

El cuarto período comienza con un quiebre en la continuidad histórica que habían tenido las políticas sociales en Chile desde principios de siglo, período largo de cerca de siete décadas que tuvieron

como denominador común el principio de la expansión y perfeccionamiento de las políticas sociales, como también la incorporación de sectores sociales que hasta ese entonces se encontraban excluidos de ellas, y desde una ausencia del Estado a una mayor presencia en la definición y aplicación de políticas sociales. Arellano califica el período como *la retirada del Estado* (1974-1982, hasta el año que abarca su estudio), o también podría denominarse como del *Estado Ausente*, para caracterizar a todo el período del gobierno militar (1973-1989), e incluso cabría la calificación de *Estado Protector Patronal*. De cualquier modo, la acepción más precisa en cuanto al rol que definió el Estado en relación a la implementación de las políticas sociales, sería el de *Estado Subsidiario*. De allí que el «principio de subsidiariedad» adoptado por el gobierno militar, se concretizará en dos orientaciones y principios básicos: i) la focalización del gasto social dirigido a los sectores y personas más desfavorecidas, inaugurando la discusión (permanente hasta nuestros días) entre políticas sociales de carácter universal v/s focalizadas; y, ii) la privatización de ciertas áreas de la política social, desligándose el Estado de ellas y traspasándolas a la empresa privada y al mercado su asignación, como fueron la educación, salud, previsión, vivienda (cf. MIDEPLAN, 1991). Con estos principios y su aplicación, no existe ningún acuerdo en cuanto a los logros que pudiesen experimentar las políticas sociales en la disminución de la pobreza, ya que al término del gobierno militar los niveles de pobreza y extrema pobreza eran muy superiores a los exhibidos durante 1970; ni tampoco habría acuerdo en que los beneficiarios de las políticas sociales fueran realmente los más pobres, pues en cierta medida algunos subsidios fueron destinados de preferencia a la clase media (el ejemplo más claro fue el subsidio habitacional), constituyéndose en muchos casos en políticas regresivas de acuerdo a sus objetivos iniciales.

El quinto período viene a corresponder al momento postdictatorial o de recuperación de la democracia en el país, pudiendo hacerse complejo la definición para el rol del Estado en esta fase, teniendo en consideración que los tres gobiernos de la concertación (1990 hasta la fecha), continuaron con la definición de un *Estado Subsidiario* en materia de políticas sociales, pero poniendo el énfasis en una política de crecimiento económico con equidad social. Durante la década de los noventa no se alteraron los dos principios centrales del discurso neoliberal del gobierno militar, en orden a mantener los criterios de políticas sociales focalizadas y la permanencia de agentes privados en

la implementación de éstas. No hubo alteraciones en materia de salud, educación, vivienda, previsión social, subsidios, entre otras. Lo que sí puede diferenciar a la política social de la anterior, es la selectividad de ciertas políticas, privilegiando algunos sectores sociales considerados como más vulnerables (niños, jóvenes, jefas de hogar, discapacitados, minorías étnicas, tercera edad); como a su vez, puede apreciarse un notorio aumento en el gasto social, llegando en algunos sectores a duplicar éste durante la década. A ello habría que agregar los logros en la disminución de la pobreza. Pero el énfasis y motor de la política social ha sido el paradigma del crecimiento económico y la mantención de ciertos equilibrios en los indicadores macroeconómicos.

El rol del Estado en la definición de políticas sociales y la caracterización que éste hace de los sujetos destinatarios de sus políticas, es un tema que continúa en discusión, no lográndose una completa claridad en cuanto al tipo de sujetos destinatarios de las políticas sociales estatales, ni tampoco a través de qué canales y estrategias serían las más adecuadas para lograr generar e implementar una política pública que pueda ser eficiente y efectiva. Este debate es muy actual y se encuentra en la agenda pública, de cara a alcanzar mayores niveles de igualdad entre los diferentes sectores sociales y los medios para su logro.

A modo de síntesis de la evolución que ha experimentado el concepto y la práctica del cómo han operado las políticas sociales en Chile, en grandes períodos, pueden sintetizarse en un primero caracterizado por las políticas sociales en expansión (1920-1973), un segundo de focalización de las políticas sociales (1973-1989), y un tercero de políticas sociales selectivas (década de los noventa) (De los Ríos, 1997:42ss.).

En esta reseña breve sobre políticas sociales y sus orientaciones a través de la historia, queda por problematizar el carácter que ella puede adquirir, tanto en general, como en específico hacia el sector juvenil, de cara a los cambios sociales y culturales por los que han atravesado importantes sectores sociales del país. Como señalábamos, la orientación de las políticas sociales no ha variado sustancialmente en los últimos años, como tampoco el rol asumido por el Estado en esta materia, identificadas aquéllas como políticas selectivas, con énfasis en ciertos sectores sociales más vulnerables, y teniendo como principios orientadores el rol subsidiario del Estado y la focalización de las políticas hacia estos sectores. Desde esas constataciones, nos parece de relevancia el adentrarnos en el ámbito particular de las políticas y sus expresiones programáticas dirigidas a los jóvenes.

Un primer elemento al respecto, se encuentra la dimensión específica de lo juvenil en las políticas sociales, donde diferentes esfuerzos se han desplegado desde la política pública durante los años noventa y actuales, en orden a configurar un campo específico dentro del ámbito de las políticas sociales, que pudiese tener como sujeto de preocupación el mundo juvenil, entendiéndose ese campo específico como una visión común y fundamentos teóricos, conceptuales y metodológicos, que vayan encaminado a generar con grados altos de coherencia y consistencia interna el ciclo de vida completo de las políticas sociales dirigidas a los jóvenes. Aquellos esfuerzos han resultado infructuosos, manifestándose sólo en algunas expresiones de corte programático sectorial, quienes de manera desconectadas de esa visión común, han diseñado y ejecutado ofertas programáticas hacia los jóvenes desde sus particulares soportes y fundamentos. Es decir, no ha habido una configuración de un campo específico en lo juvenil que articule determinadas políticas sociales; lo que podríamos definir como la ausencia de una política genérica en materias de juventud. Sí podemos reconocer la presencia de una multiplicidad de programas y proyectos sociales juveniles o que tienen como destinatario principal el y la joven (cf. Dávila, 2001).

Aquello redundando en una desconexión y descoordinación de este cúmulo de ofertas programáticas juveniles, donde cada una de ellas y separado exhiben diferentes grados de logro en los propósitos y objetivos asignados; sumado al hecho de la inexistencia de determinados órganos e institucionalidad rectora de las acciones que van dirigidas a jóvenes. De allí no es sorprendente que al recoger las valoraciones y evaluaciones desde los propios jóvenes, exista ese particularismo en sus juicios hacia el proyecto en el cual participaron, sin referencias claras a un contexto de política hacia jóvenes mayor, donde sea posible insertar aquellas evaluaciones en un quehacer y acciones sistemáticas desde una perspectiva que pudiésemos denominar como *campo de políticas juveniles*. Los contornos de esas ofertas programáticas son muy estrechos y acotados. Con todo, y ya lo hemos mencionado, esas evaluaciones y juicios de los jóvenes son altamente positivos sobre los programas y proyectos en los cuales se involucraron.

Estamos en presencia de una suerte de disyuntiva y tensión en la relación signada por la política social en genérico, por una parte; y lo juvenil, por el otro; donde no logran encontrarse esas dos dinámicas de manera vincular y complementaria, siendo ese punto de encuentro el campo específico de las políticas sociales juveniles. Esta disyuntiva se ha expresado en que la oferta programática general dirigida a jóve-

nes o ha intervenido en su dimensión de política social en su definición más clásica, o ha intervenido «en lo juvenil» por separado. La primera con un énfasis y pretensión de abordar programáticamente en aquellas variables y dimensiones que puedan impactar objetivamente en las condiciones de vida de los jóvenes y sus trayectorias vitales, comúnmente asociado a influir positivamente en determinadas condiciones de materialidad a través del impacto en las variables de tipo estructural y de integración, como pueden ser educación, empleo, entre otras relevantes. Y la segunda, la dinámica centrada en «lo juvenil», independizada o autónoma de la anterior, direccionada bajo nociones de orden más asociadas a la inmaterialidad, reflejadas con mayor fuerza en las dinámicas tendientes a la socialización de los jóvenes en acciones colectivas entre pares. Este desencuentro entre ambas facetas ha tendido a la diferenciación de ofertas programáticas, no logrando avanzarse en ese campo particular para su formulación en un carácter integrativo y sintético de ambas dimensiones.

Por otra parte, queda pendiente determinadas explicaciones sobre la paradoja planteada: por qué se produce una buena evaluación y valoración, como a su vez, un alto grado de cumplimiento de las expectativas iniciales presentadas por los jóvenes participantes de la oferta programática dirigida a ellos; pero de igual modo, se presenta una percepción de bajos resultados de esas acciones en torno a impactar en sus proyectos vitales o trayectorias juveniles en perspectivas integracionales. Ya se han planteado algunas posibles explicaciones, las que podemos sintetizar haciendo referencia a una suerte de adecuación de expectativas de los jóvenes de cara a una valoración «minimalista» de la oferta entregada. En otras palabras: ante ofertas de relativa baja calidad e impacto, no experimento expectativas más allá de las posibles de alcanzar o satisfacer. *La oferta está regulando la demanda en el plano de las expectativas.* Desde otra lectura, bien vale el señalar el cambio en las característica y visiones que pueden estar teniendo el tipo de sujeto joven, quien podría estar presentando una condición de mayor adecuación o acomodo a lo dado, orientando su accionar y decisiones con mayores grados de instrumentalidad y pragmatismo, donde estaríamos en presencia lógicas de acción y actuación diferentes a las de generaciones jóvenes pasadas.

Una de las características distintivas para este sector de jóvenes que se relaciona —más o menos permanentemente— con la política social de juventud, sería la *ausencia de demanda* a ésta y buenos grados de aceptación y satisfacción con la oferta recibida. Esto es un cambio res-

pecto a otras formas de relacionamiento del mundo juvenil más popular con esas políticas, donde la capacidad de demanda y negociación correspondía a una faceta importante de desplegar con la pretensión de ser acogida. Y no sólo se pueden visualizar cambios en los jóvenes en su dimensión expresiva y/o de relacionamiento con otros agentes, sino que es posible avisorar la constitución gradual de una nueva generación de jóvenes, que se diferencia ampliamente de la generación de los ochenta, que incluso alcanzó a la primera mitad de la década de los noventa, y de la «no generación» de los jóvenes de los noventa; siendo la actual la que comienza paulatinamente a configurarse como la «generación cero», recogiendo esos cambios en el mundo juvenil desde la segunda mitad de la década de los noventa y que ahora comienza a mostrar las primeras señales de su existencia. Eso lógicamente en las dimensiones que nos ocupan en esta temática. En resumidas cuentas: los jóvenes van expresando cambios acelerados en sus lógicas de actuación en materia de participación en la oferta generada hacia ello, pero no se perciben los cambios de igual manera a nivel de las políticas. Los jóvenes cambian y las políticas permanecen un tanto inmutables.

Esto debe plantearnos el desafío de situar la discusión sobre el cómo avanzar hacia una política social juvenil que pueda articularse de manera integrada, coordinada y que además produzca un alto impacto —objetivo y subjetivo— en los jóvenes con los cuales interlocuta y se relaciona; y que a su vez, no sea por la vía de una adecuación minimalista de las expectativas involucradas en esos procesos. Debíamos interpelar a la política social de juventud en orden a un *elevamiento de los estándares* con los cuales se trabajan, es decir, se requiere elevar la calidad y cantidad de las prestaciones consignadas como políticas sociales, que lleve consigo una mayor pretensión en sus impacto, pues con políticas mínimas, sólo se obtienen beneficios mínimos, que terminan siendo espúreos y no sustentables en el tiempo.

Estrechamente ligado a lo anterior, es posible afirmar la necesidad de plantearse la pertinencia de avanzar en la constitución del campo específico de políticas sociales dirigidas a los jóvenes; pero junto a ello, y de acuerdo a los hallazgos del estudio, hay signos de un agotamiento de los diseños y expresiones programáticas en que se ha abordado la oferta hacia los jóvenes, lo que debiera llevar a un cuestionamiento y problematización de la necesidad de pasar hacia un nuevo tipo de política social juvenil, la que tenga como principio orientador el elevar la calidad de aquélla y la definición de visiones comunes en el ciclo de vida del proceso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARELLANO, JOSÉ PABLO (1985): *Políticas sociales y desarrollo. Chile 1924-1984*. Santiago: CIEPLAN.
- ARLEGUI, MARIA ALEJANDRA et al. (1998): «El capital social y el mercado del trabajo». En *Materiales de Trabajo. Estudios Metodológicos, Serie 1*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- ATRIA, RAÚL (2000): «Desarrollo y equidad social en América Latina». *Estudios Sociales* N°105. Santiago: CPU.
- y MARCELO SILES (compiladores) (2003): *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe*. Santiago: CEPAL y MSU.
- BARRERA, MANUEL (2000): «En el camino hacia una nueva época. ¿Qué es la globalización?». *Estudios Sociales* N°105. Santiago: CPU.
- BARROS, PAULA (1997): «Exclusión social y ciudadanía». En: *Lecturas sobre la exclusión social*. Equipo Técnico Multidisciplinario N°31. Santiago: OIT.
- BECK, ULRICH (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BOIS-REYMOND, MANUELA DU et al. (2002): «Transiciones modernizadas y políticas de desventaja: Países Bajos, Portugal, Irlanda y jóvenes inmigrantes en Alemania». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- BOURDIEU, PIERRE (1998): *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.
- (1979): «Los tres estados del capital cultural». *Sociológica*, 2:5. México: UAM.
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN (1997): «Los cambios en la cultura y la civilización emergente». *Revista Universum* N°12. Talca: Universidad de Talca.
- CACHÓN, LORENZO (2002): «Las políticas de transición, entre las biografías individuales y los mercados de trabajo. Estrategia de los actores, lógicas y políticas de empleo juvenil en Europa». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6 al 8 de junio.
- CASTILLO H. ALICIA (1999): «Estado del arte en la enseñanza el emprendimiento». Estudio realizado para INTEC-CHILE en el

- marco del proyecto «Emprendedores como creadores de riqueza y desarrollo regional».
- CENTRO DE ESTUDIOS REGIONALES (S/F): «Proyecto GEL Tintal». Bogotá: Publicaciones Universidad de Los Andes.
- CEPAL (2001): «Capital Social y Pobreza». Documento preparado en el contexto de la «Conferencia Regional sobre Capital Social y Pobreza». CEPAL y Universidad del Estado de Michigan. Santiago de Chile, 24 al 26 de septiembre.
- CONTRERAS, RODRIGO (2002): «Contribuciones para una sociología del poder y de la riqueza en Chile». *Persona y Sociedad* N°16. Santiago: ILADES.
- DÁVILA LEÓN, OSCAR (2002a): «Biografías y trayectorias juveniles». *Última Década* N°17. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- (2002b): «Políticas públicas de juventud en Iberoamérica». Exposición presentada en el Encuentro Internacional «10 años de políticas públicas de juventud: análisis y perspectivas». OIJ y CEULAJ, Málaga, España, 17 al 21 de junio.
- (2001): «¿La década perdida en política de juventud en Chile; o la década del aprendizaje doloroso? Hacia una política pública de juventud». *Última Década* N°14. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- DE LAIRE, FERNANDO (2001): «¿Identidad juvenil? La insoportable levedad del ser. (Aportes para renovar el marco teórico de los estudios sobre juventud)». *Persona y Sociedad* N°15. Santiago: ILADES.
- DE LA MAZA, GONZALO (2000): «Sociedad civil y construcción de capital social en América Latina: ¿hacia dónde va la investigación?». Ponencia presentada a la Cuarta Conferencia de la International Society for Third Sector Research (ISTR), Dublín, 5-8 de junio.
- DE LOS RÍOS, DANAE (1997): «Exclusión social y políticas sociales: Una mirada analítica». En: *Lecturas sobre la exclusión social*. Equipo Técnico Multidisciplinario N°31. Santiago: OIT.
- DURSTON, JOHN y FRANCISCA MIRANDA (compiladores) (2001): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen I. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.
- ECHEGARAY, ALBERTO (1995): «Coincidencias y divergencias en torno al trabajo “Habilitación, pobreza y política social”». *Estudios Públicos* N°59. Santiago: Centro de Estudios Públicos.

- ESPINOZA, VICENTE (2001): «Indicadores y generación de datos para un estudio comparativo de capital social y trayectorias laborales». En JOHN DURSTON y FRANCISCA MIRANDA (compiladores): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen I. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.
- et al. (2000): «Ciudadanía y juventud. Análisis de los perfiles de oferta y demanda de las políticas sociales ante la nueva realidad juvenil». Santiago: USACH.
- FAZIO, HUGO (2000): «Una mirada braudeliana a la globalización». *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 7:21. Santiago.
- FOSIS (2002): «Nuevas realidades y paradigmas en la exclusión juvenil». Santiago: FOSIS.
- FRANCO, ROLANDO (1996): «Los paradigmas de la política social en América Latina». *Revista de la CEPAL* N°58. Santiago: CEPAL.
- FRAZAO LINHARES, CÉLIA (1996): «La reinención de la juventud». *Nueva Sociedad* N°146. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- GINER, SALVADOR et al. (1998) (editores): *Diccionario de sociología*. Madrid: Alianza. Entrada: Ciudadanía.
- GIROUX, HENRY (1996): «Educación posmoderna y generación juvenil». *Nueva Sociedad* N°146. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- GOICOVIC, IGOR (2002): «Educación, deserción escolar e integración laboral juvenil». *Última Década* N°16. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- GTI (1999): «Caracterización y análisis de la política social dirigida a los jóvenes». Santiago: GTI.
- HERNÁNDEZ BECERRIL, LUZ MARÍA (2000): «La transnacionalización de capitales en la globalización y las alternativas sociales». *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 6:19. Santiago.
- INJUV (2002): *La eventualidad de la inclusión. Jóvenes chilenos a comienzos del nuevo siglo. Tercera encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (1999): *Los jóvenes de los noventa. El rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (1996): «Ejes de análisis para la construcción de una política integral de juventud». *Documento de Trabajo* N°1. Santiago: INJUV.

- KLIKSBERG, BERNARDO y LUCIANO TOMASSINI (compiladores) (2000): *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- KNACK, S. y P.KEFFER (1997): «Does social capital have an economic pay-off? A cross country investigation». En *Quarterly Journals of Economics*, vol. 112, N°4.
- LECHNER, NORBERT (2002): «El capital social como problema cultural». *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, N°2. México: UNAM.
- LOURY, GLENN (1977): «A Dynamic theory of racial income differences». En WALLACE y LA MOND (comps.): *Women, Minorities, and Employment Discrimination*. Lexington: Heath.
- (1981): «Intergenerational transfers and the distribution of earnings». *Econometrica* N°49.
- LÓPEZ BLASCO, ANDREU (2002): «De los itinerarios lineales a las trayectorias yo-yo». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6 al 8 de junio.
- MACHADO PAIS, JOSÉ (2002a): «Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (jóvenes portugueses)». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- (2002b): «Praxes, graffitis, hip-hop. Movimientos y estilos juveniles en Portugal». En CARLES FEIXA et al. (editores): *Movimientos juveniles en la Península Ibérica: graffitis, gri-fotas, okupas*. Barcelona: Ariel.
- MANSILLA, HUGO CELSO FELIPE (2001): «¿Es posible combinar lo tradicional y lo moderno?». *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 8:26. Santiago.
- MARTÍN SERRANO, MANUEL (2002): «La prolongación de la etapa juvenil de la vida y sus efectos en la socialización». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- MARTÍNEZ, JAVIER y EDUARDO VALENZUELA (1986): «Juventud chilena y exclusión social». *Revista de la CEPAL* N°29. Santiago: CEPAL.
- y MARGARITA PALACIOS (1996): *Informe sobre la decencia. La diferenciación estamental de la pobreza y los subsidios públicos*. Santiago: Ediciones SUR.
- MIDEPLAN (1991): «Evaluación de las políticas sociales en Chile, 1920-1991». *Documentos Sociales*. Santiago: MIDEPLAN.
- MIRANDA DO NASCIMENTO, HUMBERTO (2000): «Capital social e desenvolvimento sustentável no sertão baiano. A experiência

- de organização dos pequenos agricultores do Município de Valente». São Paulo: Universidade Estadual de Campinas.
- MORCH, MATILDE et al. (2002): «Sistemas educativos en sociedades segmentadas: 'trayectorias fallidas' en Dinamarca, Alemania Oriental y España». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- OTTONE, ERNESTO (1996): «De como estar sin dejar de ser. Notas acerca de competitividad, educación y cultura». *Nueva Sociedad* N°146. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- PARKER, CRISTIÁN (2001): «Capital social y representaciones socio-culturales juveniles. Un estudio en jóvenes secundarios chilenos». En JOHN DURSTON y FRANCISCA MIRANDA (compiladores): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen II. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.
- PÉREZ ISLAS, JOSÉ ANTONIO (2002): «Integrados, movilizados, excluidos. Políticas de juventud en América Latina». En CARLES FEIXA et al. (editores): *Movimientos juveniles en América Latina: pachucos, malandros, punketas*. Barcelona: Ariel.
- PNUD (2000): *Desarrollo humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago: PNUD.
- (1998): *Desarrollo humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago: PNUD.
- PORTES, ALEJANDRO (1999): «Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología aplicada». En JORGE CARPIO e IRENE NOVACOVSKY (compiladores): *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, SIEMPRO, FLACSO.
- PUENTES, ESTEBAN (2000): «Relación entre salarios y tipo de educación, evidencia para hombres en Chile 1990-1998». Santiago: MIDEPLAN.
- PUTNAM, ROBERT D. (editor) (2002): *Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*. New York: Oxford University Press.
- (1996): *Comunidade e Democracia. A experiência da Itália moderna*. Rio de Janeiro: Editora Fundação Getulio Vargas.
- (1993): *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- RACZYNSKI, DAGMAR (2001) «Equidad, inversión social y pobreza. Innovar en cómo se concibe, diseña y gestiona las políticas y

- los programas sociales». En RACZYNSKI y SERRANO (editoras): *Descentralización. Nudos críticos*. Santiago: CIEPLAN y Asesorías para el Desarrollo.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, ROSA MARÍA (2000): «Razón y racionalidad. Una dialéctica de la modernidad». *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 7:21. Santiago.
- RIST, GILBERT (2000): «La cultura y el capital social: ¿cómplices o víctimas del ‘desarrollo’?». En BERNARDO KLIKSBERG y LUCIANO TOMASSINI (compiladores): *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires: FCE.
- RODRÍGUEZ, ERNESTO (2002a): «Juventud, desarrollo social y políticas públicas en América Latina y El Caribe. Oportunidades y desafíos». En CARLOS SOJO (editor): *Desarrollo social en América Latina: temas y desafíos para las políticas públicas*. San José: FLACSO y Banco Mundial.
- (2002b): *Actores estratégicos para el desarrollo. Políticas de juventud para el siglo XXI*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- RUA, MARIA DAS GRAÇAS (1998): «As políticas públicas e a juventude dos anos 90». En CNPD: *Jovens acontecendo na trilha das políticas públicas*, Vol. 2. Brasília: Comissão Nacional de População e Desenvolvimento.
- SALAZAR, GABRIEL (1998): «De la participación ciudadana: capital social constante y capital social variable (Explorando senderos trans-liberales)». *Proposiciones* N°28. Santiago: Ediciones SUR.
- (1996): «Descentralización y sinergia histórica local: fracasos y desafíos». En Departamento de Ciencias Históricas (editor): *Bases históricas del desarrollo regional*. Santiago: Universidad de Chile.
- SALGADO MENCHACA, CLARA (1998): «Mediación y pobreza. Un camino para re-mediar la pobreza». *Estudios Sociales* N°96. Santiago: CPU.
- SANTISO, JAVIER (1999): «Desarrollo y capital social a la luz del pensamiento de Albert Hirschman: sobre el arte de los traspasos y las autosubversiones». Documento de trabajo preparado para el Foro «Desarrollo y Cultura», Sesión Anual de la Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, París, 11-12 de marzo.
- SELAMÉ, TERESITA et al. (1999): «Informe final de estudio emprendimiento juvenil». Santiago: INJUV.

- SERBÍN, ANDRÉS (1997): «Globalización y sociedad civil en los procesos de integración». *Nueva Sociedad* N°147. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- SERRANO, CLAUDIA (2002): «Pobreza, capital social y ciudadanía». Documento parte del proyecto sobre Integración social, pobreza y ciudadanía realizado por Asesorías para el Desarrollo.
- SUDARSKY, JOHN (1998): «El capital social en Colombia. La medición nacional con el BARCAS». Bogotá: Uniandes.
- TEDESCO, JUAN CARLOS (1996): «La educación y los nuevos desafíos de la formación del ciudadano». *Nueva Sociedad* N°146. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- TOHÁ MORALES, CAROLINA (2000): «Jóvenes y exclusión social en Chile». En ESTANISLAO GACITÚA y CARLOS SOJO (editores): *Exclusión social y reducción de la pobreza en América Latina y Caribe*. San José: FLACSO y Banco Mundial.
- TOURAINÉ, ALAIN (1996): «Juventud y democracia en Chile». *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1. Madrid: Organización Iberoamericana de Juventud.
- (1988): «Un mundo que ha perdido su futuro». En VV. AA.: *¿Qué empleo para los jóvenes?* Madrid: Tecnos y UNESCO.
- y FARHAD KHOSROKHAVAR (2002): *A la búsqueda de sí mismo. Diálogo sobre el sujeto*. Barcelona: Paidós.
- VARGAS FORERO, GONZALO (2001): «Hacia una teoría del capital social». Este artículo se basa en la tesis titulada «El concepto de capital social y su incorporación al pensamiento económico», elaborada por el autor para obtener el título de Magister en Economía de la Universidad Nacional de Colombia.
- WEST VIRGINIA, STATE DEPT. OF EDUCATION (1916): *Evening classes for West Virginia elementary schools*. Charleston.
- WOOLCOCK, MICHAEL (1998): «Social capital and economic development: toward a theoretical synthesis and policy framework». *Theory and Society* 27:2.
- (1999): «Managing Risk, Shocks, and Opportunity in Developing Economies: The Role of capital Social». Washington: World Bank.
- YAÑEZ, ERNESTO (1999): «Capital social, pobreza y políticas públicas». Toronto: Universidad de Toronto.
- ZUMBADO, CARLA (1998): «Desarrollo y capital social: Redescubriendo las riquezas de las naciones». Barcelona: Instituto Internacional de Gobernabilidad de Cataluña.

